



Dios es Amor

Por G.E.Fifield



DIOS ES AMOR

POR

G. E. Fifiield

Impreso originalmente en 1897

“Porque de tal manera amó Dios al mundo
que dio a su Hijo unigénito,
para que todo aquel que en él cree,
no se pierda, mas tenga vida eterna.” - Juan 3:16

“Nadie tiene amor más grande que este,
que uno ponga su vida por sus amigos.” - Jesús

Reimpreso por
Maranatha Media
maranathamedia.com

Diciembre 2017

Traducido por Carlos Hernández

Diseño y Portada: Leandro Pena

Impreso en Argentina Por NARDO PURO (denardopuro@gmail.com)

ÍNDICE

ÍNDICE	3
DEDICATORIA	5
PREFACIO	6
INTRODUCCIÓN DE LOS EDITORES	7
1. CONOCIENDO A DIOS	9
2. LOS ATRIBUTOS DE DIOS	14
3. EL AMOR ES LA FUENTE DE LA JUSTICIA	19
4. EL ESFUERZO DE SATANÁS POR OCULTAR EL AMOR DE DIOS DE LOS CORAZONES HUMANOS HAMBRIENTOS	25
5. LA PATERNIDAD DE DIOS	33
6. LA GLORIA DE DIOS	38
7. LA UNIDAD DE LA LEY Y EL EVANGELIO	44
8. LA NATURALEZA DEL GOBIERNO DIVINO.	49
9. LA LEY DEL AMOR	56
10. LOS DOS CAMINOS	63
11. EL DISEÑO DE LA LEY.	69
12. CÓMO EL HOMBRE MALINTERPRETÓ A SU HACEDOR	76
13. LA EXPIACIÓN	83
14. LA EXPIACIÓN VICARIA	91
15. LOS MILAGROS Y SU SIGNIFICADO	98
16. EL SACRIFICIO DE CRISTO HONRA LA LEY DE DIOS	105
17. EL TRATO DE DIOS CON LOS MALVADOS	112
18. ¿POR QUÉ SE HA PERMITIDO EL PECADO DURANTE TANTO TIEMPO?	121

19. ¿HABRÁ GANANCIA?	128
20. EL CIERRE DE LA GRACIA	137
21. "SU OBRA EXTRAÑA"	145
22. LAS PLAGAS DE EGIPTO	150

DEDICATORIA

A los amigos cuyo amor y confianza han alegrado y glorificado sus días; y a los muchos corazones afines, que, aunque aún desconocidos, todavía están, a través de experiencias afines, siendo conducidos a lo largo de los caminos convergentes centradas en el trono, para unir sus vidas para siempre en la gloria y el gozo de la inmortal amistad, este librito está cariñosamente dedicado por el AUTOR

1 de enero de 1897

PREFACIO

Estos capítulos aparecieron por primera vez hace unos cuatro años, publicados como una serie en uno de nuestros diarios religiosos semanales. Desde entonces, el escritor nunca ha dejado de recibir solicitudes de que se les diera una forma más permanente. Este librito es el resultado. El autor es muy sensible a sus imperfecciones y limitaciones.

De los muchos temas tocados, ninguno es tratado exhaustivamente, sino que todos son sólo usados por el momento, como Dios usa las nubes del atardecer, o la nieve en la cima de la montaña, simplemente para reflejarse en los ojos oscurecidos, abajo en el valle, la gloria de su bondad.

Nacidas del corazón, se espera humildemente que estas palabras puedan hablar al corazón; y que algunas pobres almas, impulsadas por la duda y vagando fatigosamente por el pecado, puedan contemplar aquí revelada la escalera mística que conduce desde la piedra de Betel de su presente hambre y soledad a la luz y el calor de la abundancia de la Casa del Padre.

G. E. F.

INTRODUCCIÓN DE LOS EDITORES

En este pequeño volumen se expresa una serie de pensamientos avanzados con respecto al carácter de Dios. Se basa en algunos de los principios del mensaje de 1888. El enfoque en Dios como nuestro Padre y la naturaleza relacional del reino de Dios abre una puerta a la comprensión espiritual de la ley.

Los pensamientos expresados acerca de la Expiación y el derramamiento de sangre son profundos y dignos de meditación. El hermano Fifiel presenta un principio relacional a la expiación directamente opuesto a un marco penal o legal de Expiación entendida por gran parte del cristianismo.

Las ideas con respecto al cierre de la gracia se construyen sobre el tema de que la misericordia de Dios es eterna y es el hombre quien cierra su propia gracia.

El hermano Fifiel no pudo extender estos pensamientos al proceso de la destrucción de los impíos y explica estas cosas en términos de los principios de amor que toma la vida para salvar al pecador de la miseria continua mientras provee protección para los justos. Aunque estas ideas son compren-

sibles en el contexto de la época, todavía están lejos de la revelación más completa del carácter de amor de Dios. El libro sigue siendo un asombroso avance del pensamiento de un ministro adventista de fines de la década de 1890.

Recomiendo mucho los capítulos sobre la Expiación y el cierre de la gracia así como el diseño de la ley.

Adrian Ebens

Maranatha Media

I. CONOCIENDO A DIOS

"El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es Amor". 1 Juan 4:9

Dios es amor." Estas tres palabras de sólo diez letras contienen una revelación de Dios más grande que lo que los hombres o los ángeles jamás podrán comprender plenamente. De hecho, Conocer más de su significado, estar constantemente aprendiendo más de su significado, será la obra y la sabiduría, el placer y la poesía, de los redimidos a lo largo de la eternidad. Comprender el significado de estas palabras es conocer a Dios y a Jesucristo, y conocerlos es vida eterna. (Juan 17:3) En verdad, fuera de ellos no hay conocimiento, porque en ellos están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento, y fuera de este conocimiento sólo hay ignorancia y oscuridad. (Col 2:3)

Esto no es una forma de hablar, es la simple declaración de un hecho. Decir que cualquier hombre ha tenido un pensamiento de la verdad o un elemento de conocimiento que Dios no tenía antes que él, es decir que en ese aspecto el hombre está en ventaja de su Hacedor; y eso sería negar la omnis-

ciencia de Dios. Aunque no pueden guiar a las malas acciones en él como lo hacen en nosotros, sin embargo, incluso nuestros malos pensamientos son conocidos por Dios antes de que los pensemos. El salmista dice: "Oh Señor, tú me has escudriñado y conocido. Tú sabes mi sentarme y mi levantarme, *desde lejos comprendes mi pensamiento.* (Sal. 139:1,2) Y Job Respondió al Señor y dijo: Sé que todo lo puedes, *y que ningún pensamiento puede ser retenido de ti.*" (Job 42:2) David es aún más audaz, porque dice: "El Señor escudriña *todos los corazones* y entiende todas las *imaginaciones de los pensamientos.*"

No es de extrañar que el gran Kepler, mientras observaba los movimientos de los planetas, hasta que, una tras otra, las leyes sublimes del movimiento planetario estallaron sobre su mente desconcertada, no es de extrañar que, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón palpitante, exclamó: "¡Oh Dios, pienso tus pensamientos tras de ti!" Lo mejor que cualquier astrónomo puede hacer es pensar con reverencia los pensamientos de Dios después de él, y quizás rastrear el funcionamiento de algunos de esos pensamientos a través de los maravillosos caminos del cielo llenos de estrellas. Todo lo que el estudiante de zoología puede hacer es rastrear los pensamientos de Dios a través de las variadas formas de vida animal, descubriendo a cada paso las evidencias de la Mente infinita que le ha precedido a él.

El botánico rastrea la misma Mente a través de las órdenes y familias de los reinos vegetales, encontrando en cada hoja y en cada flor una infinidad de belleza revelada, incluso con la ayuda de todos sus microscopios, no puede comprender, y sin embargo sabe y siente que la Mente infinita ha pensado todo antes que él, y que cada pensamiento era un pensamiento de amor. Los mismos brotes de los árboles crecen de acuerdo con una ley matemática, y ve que Dios los ha contado a todos antes de que existieran.

La fe ve sólo un pequeño paso de todo esto en la verdad que Jesús enseñó cuando dijo: "Hasta los mismos cabellos de tu cabeza están todos conta-

dos. No temáis, pues. ¡Qué maravilla que David dijera: “Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo. ¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová! Muy profundos son tus pensamientos.”

Del sol más poderoso que se balancea en el espacio a la flor más pequeña que florece a mis pies, hay una infinidad en todo; y si leemos bien, pronto descubriremos que es una infinidad de un amor que todo lo comprende y todo lo abarca, porque Dios es amor. Así pensamos los pensamientos de Dios en pos de él, hasta que nuestros propios corazones se llenen de un amor inefable.

El alma del poeta nunca se estremeció con una emoción pura, pero captó el pensamiento de Dios, revelado en algún lugar en la obra de su palabra. La poderosa armonía cuyo primer pulso lleno casi revienta el corazón del músico extasiado, descendió a través de tenues distancias del coro de ángeles, su oído sensible solo lo captó y lo reprodujo aquí. Así que todo estudio es el estudio de Dios, todo conocimiento está incluido en conocerlo, y conocerlo es conocer el amor, porque “Dios es amor”.

El visitante en Washington, mirando desde la cúpula del capitolio, descubre que todas las calles conducen hacia él. El capitolio es el centro desde el cual todas las calles se difunden hacia la ciudad y hacia la nación. En el gran imperio de Roma, se decía que todos los caminos conducen a Roma. Así que Dios se sienta en el centro de su poderoso universo, y cada camino del conocimiento es una magnífica avenida que conduce a su trono, una avenida en la que el que camina hace bien en detenerse y maravillarse para adorar al ver cada objeto pasado, incluso como el antiguo viajero en la orilla del camino, preguntándose y adorando, viendo a Dios en todo, sólo cuidando para mantener su rostro hacia el trono y estar preparado para una mayor gloria más adelante.

El panteísta y el paladín agnóstico de una falsamente llamada ciencia, pueden caminar hacia atrás admirando la gravilla del camino, y persistentemente se niegan a ver otra cosa que lo que ya han pasado, pero la fe prefiere dejar lo que queda atrás, y avanzar hacia lo que está adelante, contemplando cada nuevo objeto, y todo camino que queda por delante, en la magnífica luz del trono. "Para tal persona", bien dice Carlisle, "el universo no es simplemente una cocina y un establo de ganado, sino un oráculo y un templo también." Para él el misterio no se desvanece con las explicaciones superficiales de la ciencia, pero a través de estos ve todos los misterios ampliándose y profundizándose, y resolviéndose en el gran y dulce misterio de Dios, y Dios es amor. No es extraño que esto sea así. Así es con Dios, un Dios que conduciría a todos los hombres a él, si tan solo quisieran ser guiados.

Lo mismo vemos en su palabra como en su obra. El primer mandamiento incluye todo el decálogo, el mensaje del primer ángel del Apocalipsis 14 incluye los tres mensajes, el primer sermón de Cristo incluye todo el evangelio. ¿Por qué? Porque Dios lo dispuso de manera que la mente lógica, recibiendo los primeros destellos de la verdad, pudiera ser conducida paso a paso hacia la verdad completa, y a sí mismo, el Dios de la verdad. Esto es porque Dios es amor. Así también en su obra, si nos limitamos a rastrear su pensamiento, encontraremos desde el más pequeño insecto estudiado bajo la lupa más poderosa, hasta los más grandes soles y obras, peldaños hacia arriba, sí, una magnífica escalera que conduce a él.

Esto es lo que Pablo quiere decir cuando afirma: "Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que [los paganos] no tienen excusa." Y David dice la misma verdad: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, Y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, Y una noche a otra noche declara sa-

biduría. No hay lenguaje, ni palabras, Ni es oída su voz.” (Sal 19:1-3) Todo el conocimiento está en él, por lo que de noche a noche lo revela. Su gloria es su bondad. Por eso los cielos declaran su bondad, y para el que tiene ojos para ver, y oídos para oír y corazón para comprender, los cielos y la tierra, el día y la noche, se unen en variadas y armoniosas voces, para proclamar en toda tierra y en toda lengua que Dios es amor.

2. LOS ATRIBUTOS DE DIOS

*"No sé dónde se levantan sus islas
Sus palmas frondosas en el aire, sólo sé que no puedo ir a la deriva
Más allá de su amor y cuidado". – Whittier*

Dios es Amor." El estudio de estas palabras es el estudio de Dios, en quien se esconden todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento. Dios se ha revelado tanto en su obra y en su palabra, y estas revelaciones coinciden en esta verdad. Todo lo que la ciencia más amplia puede hacer es comprender algo del plan de la creación, y toda esta creación no es más que la materialización del pensamiento divino. El plan es de Dios, una parte de la Mente infinita.

Lo que la palabra de Dios trata de hacer es revelar en lenguaje humano el plan divino de la redención, un plan que revela una profundidad de amor tan infinita que incluso hasta los ángeles desean contemplarlo. Incluso ellos, que habitan constantemente en la plena luz del amor, sin que el pecado o el dolor los nublen, incluso ellos contemplan aquí extensiones desconocidas

extensiones y profundidades insondables, y si se les pregunta qué es lo que más les parece que revela el amor de Dios por sus criaturas, responderían sin duda, "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

"Dios es amor". ¿Qué significan estas palabras? ¿Qué pueden significar sino que el amor es la característica que controla la mente de Dios, el único atributo de la Deidad de la que surgen todos los demás atributos, y en los que todos los demás atributos pueden ser rastreados? Las Escrituras no dicen que Dios es poder; dicen que es poderoso, todopoderoso. Vemos su poder manifestado en la creación y el sostenimiento del universo; pero su poder separado de su amor no haría más que revelarle nuestra debilidad hasta hacernos despreciables a sus ojos. Los dos no deben ser separados.

Lo que el alma, cansada de su propia lucha desesperada contra el pecado, necesita ver, no es que sea menos poderoso, sino que su poder es su amor. ¿Cuál es el poder moral del universo sino el poder del amor? Dijo Napoleón mientras se encontraba exiliado en la roca estéril de Santa Elena, "Alejandro, Julio César y yo mismo fundamos reinos con el poder de nuestras armas, y hoy ¿quién se preocupa por nosotros? Pero Jesucristo fundó un reino con el poder de su amor, y hoy millones morirían por él".

Satanás no tiene poder para obligar a un hombre a hacer el mal arbitrariamente. Si tuviera ese poder, el mal estaría únicamente en él, y no en ese hombre así forzado. Todo el mal, como todo el bien, reside en la mente que dirige la acción. Si al agarrar a uno que es más débil que yo, lo obligo a clavar un puñal a su vecino, fue mi mente, y no la suya, la que dirigió el golpe, y en mí reside exclusivamente el pecado. Si él consiente en mi acto, se convierte en cómplice de la culpa. Si pudiera forzar su mente en cada tema, poniendo mi mente en el lugar de la suya, él dejaría de tener una existencia separada de la mía, y por lo tanto no tendría ningún carácter, ni bueno ni malo. Así que Dios

no puede forzar la mente arbitrariamente para dictar acciones buenas. Hacerlo sería destruir la identidad individual, y convertir a todos los hombres en máquinas para manifestar la mente de Dios.

El poder de Satanás es, por tanto, únicamente el poder de conducir a los hombres que someten sus mentes a él, hacia el mal. Y el poder de Dios para redimir al mundo es únicamente el poder de su amor para llevar a los hombres que sometan su mente a la justicia. El poder de Dios es, pues, su amor. Tampoco puede limitarse al mero poder moral. ¿Cuál es el poder que creó y que sostiene el universo? La ciencia agnóstica puede hablar eruditamente de la evolución y la gravitación, pero la fe ve el mismo Amor infinito, sin el cual ni un gorrión cae a la tierra, creando y sosteniendo soles y mundos, para que haya luz, y calor, y hogar para todas sus criaturas. Así, el poder de Dios es su amor, ¿y por qué debemos temer? El amor perfecto echa fuera el temor al revelar el hecho de que la reserva infinita de la fuerza omnipotente se mantiene al dictado de ese amor que recoge a los corderos en sus brazos y los lleva tiernamente en su seno.

¿Y qué hay de la sabiduría de Dios? Vemos su maravillosa sabiduría revelada en la armoniosa revolución de los planetas en sus órbitas, cada uno de los cuales, con la precisión de un reloj, completando su revolución en el momento justo, aunque con cientos de años; todos se cruzan y vuelven a cruzarse en los cielos, pero sin chocar nunca entre sí. Esto revela su sabiduría, y también su amor por sus criaturas, si miramos con otros ojos que no sean ciegos. Su sabiduría separada de su amor no haría más que enseñarle nuestra debilidad y necesidad.

Encerrados tras el futuro impenetrable, y contemplando sólo con visión defectuosa el pasado mal comprendido, lo que el alma, así dolorosamente consciente de sus propias limitaciones, quiere saber es que la sabiduría de

Dios es su amor, y que todo el futuro, por muy oscuro que sea, está en manos del Amor.

Al fin y al cabo, ¿qué es la necedad del mundo sino su rebelión contra la sabiduría de la ley de Dios, que es el Amor... Una rebelión y una insensatez que han dado origen a todos los latidos del dolor humano y a todos los lamentos de la angustia humana. La eternidad demostrará que la sabiduría de Dios no era sino la sabiduría de un amor paternal que vio el final inevitable de cada acción desde el principio, y sólo prohibió lo que llevaría a la miseria.

¿Y qué es la justicia, esa justicia de Dios, sino otro nombre para su amor? Nuestro amor parcial puede hacernos injustos. Si amo más a A que a B, puedo ser injusto con B, pero su injusticia no es el resultado de mi amor por A, sino de la imperfección en mi falta de amor hacia B. En el momento en que concebimos un amor infinito y omnímodo, en ese momento vemos que ese amor incluye la justicia. ¿Puede el que ama a todos sus hijos ser injusto con alguno de ellos? Así pues, la justicia es amor, y él, ese temible Uno, que tiene la balanza en sus manos, es aquel más allá de cuyo amor y cuidado no podemos desviarnos, aunque a menudo podamos contrariar a su Espíritu.

¿Y qué diré de la ira de Dios, de la que se habla tantas veces en la Escritura? Jesucristo vino a revelar al Padre. Nunca hubo un ser en esta tierra que amara al pecador como él, y nunca uno que odiara tan perfecta y completamente el pecado. Su amor por el pecador era tan infinito como su odio al pecado. En él se revela un Dios que siempre y por completo hace separación entre el pecador y el pecado. Él odia el pecado, porque es el enemigo del pecador, al que ama. Si tengo un amigo, y sé de un asesino que está al acecho de su vida, la medida de mi amor por ese amigo es la medida de mi odio hacia ese asesino.

El pecado es el único enemigo de la raza humana. Acecha insidiosamente detrás de diez mil bellas formas de placer, y siempre acecha con intención asesina. Todo el odio de Dios es su odio al pecado. Toda su ira es su ira contra el pecado. El odio y la ira son simplemente su amor por el pecador, a quien el pecado busca destruir. El plan de redención es el esfuerzo de Dios, revelando su infinito amor, para separar el pecado del pecador, para que el pecado sea destruido, la miseria desaparezca, y el universo quede limpio, y sin embargo el pecador se salve.

Sólo aquellos que se conectan final e inseparablemente con el pecado, de modo que Dios no puede destruir el uno sin destruir el otro, tendrán que beber de la ira de Dios contra el pecado. El amor no se complace en el hecho. "Vivo yo, dice el Señor Dios, no me agrada la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva; convertíos, convertíos de vuestros malos caminos ¿porque moriréis?".

Así, todos los atributos de Dios se remontan al único atributo, y "Dios es amor." "El amor es de Dios; y todo el que ama es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor." No hay nada en Dios sino amor, pues el amor incluye todo lo bueno. Su amor llega hasta el último rincón de su poderoso universo, y toma en su constante cuidado a todas sus criaturas, sin dejarlas ni un momento, por mucho que le duela el corazón.

3. EL AMOR ES LA FUENTE DE LA JUSTICIA

"Todos tus mandamientos son justicia". - David

"El amor es el cumplimiento de la ley". - Pablo

El amor es el único atributo de Dios, del que surgen todos los demás atributos, el todo en el todo de Dios; y por eso el pasado, con sus faltas y fracasos, y el futuro, con sus temores, si confiamos en él, descansan con seguridad en las manos del Amor. Pero, dice uno, ¿por qué es tan importante saber esto?

Como no decir nada acerca de la indecible alegría de este conocimiento; todo el poder del Evangelio de Cristo para transformar el alma y obrar en nosotros la justicia, depende de ello. Toda la justicia de Dios se resume en los Diez Mandamientos, por lo que David dice: "La ley del Señor es perfecta"; y, "todos tus mandamientos son justicia". Dios dice, "Escuchadme, los que conocéis la justicia, el pueblo en cuyo corazón está mi ley". Así se ve que tener la justicia de Dios en el corazón es simplemente tener la ley de Dios escrita allí. Jesús resume toda la ley, y por consiguiente, todo el deber moral del hombre,

en los dos principios del amor a Dios y el amor al hombre. Juan reduce estos principios a uno solo: el amor a Dios, mostrando que si amamos a Dios, el Padre, amaremos al hombre, su hijo, nuestro hermano. Así, Pablo resume todo el deber del hombre y toda la justicia de Dios en una sola palabra, diciendo: "El amor es el cumplimiento de la ley", y Juan corrobora esta proposición diciendo: "El que guarda su palabra, en él se perfecciona el amor de Dios". Así, el amor que habita en el corazón del hombre es el cumplimiento de toda justicia, y el odio que habita en él es la iniquidad, y todo el conflicto de los siglos es simplemente el conflicto de estos dos principios en los corazones de las criaturas de Dios.

Pero, ¿qué es lo que va a cambiar nuestros corazones que están tan llenos de odio, en corazones que estén llenos de amor? ¿Cuál es la fuente de todo este amor? Juan responde diciendo: "El amor es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios". Y así es; lo que es semejante engendra lo que es semejante, este poderoso, constante y omnipresente amor de Dios, que nos sostiene, nos envuelve, y nos abraza con él, engendra un amor similar que nos lleva a extender las manos en un amor compasivo y solidario a todas sus criaturas. Y esto es justicia, la justicia de Dios, y ninguna otra cosa es justicia.

Supongamos que fuera posible para el hombre hacer el bien simplemente para ganar el cielo. Ese mismo deseo acariciado persistente e irreflexivamente, cuando tantos otros descienden a la muerte, sería en sí mismo egoísmo y pecado. Cristo Jesús renunció al cielo, considerando que no era una cosa a la que había que aferrarse cuando el hombre estaba perdido. Supongamos que fuera posible hacer el bien por miedo al infierno; eso, en el mejor de los casos, sería una especie de cobardía. que no se atreviera a ir donde creía que iban tantos otros. Todo esto no sería más que una justicia externa, una limpieza exterior de la copa y del plato. El verdadero principio de justicia, que es el amor mismo, faltaría, y así no habría justicia de Dios, sino

sólo la justicia propia, que es como trapos de inmundicia ante sus ojos. Hay verdad y belleza en la vieja leyenda de un ángel con una regadera en una mano y un incensario en la otra, vertiendo agua sobre las llamas del infierno, mientras hacía subir el humo y oscurecía la gloria del cielo para que los hombres hicieran el bien simplemente por amor al bien.

Recordemos que el amor al bien y el amor a Dios son una misma cosa, porque en la concepción de todos los hombres fieles Dios es la encarnación de lo supremamente correcto, el bien supremo. Si, pues, el amor a Dios es el alma y la sustancia de toda justicia, ¿cómo debemos amarlo?

Mejor preguntemos: "¿Por qué, siendo él tan amoroso, lo amamos tan poco? ¿Por qué tanta filosofía fría y tan poca religión de corazón afectivo? ¿Por qué hemos llegado a pensar que la misma palabra amor, cuando se aplica a Dios, significa una cosa diferente de la cálida extensión de las simpatías del corazón que sentimos hacia un amigo?". Tal vez, cuando se aplica a él, significa una mezcla de temor y reverencia que se acerca más al miedo e incluso al terror que al amor. ¡Ah! Todo esto viene de tener ideas falsas y paganas acerca de Dios; aún no hemos visto que Dios es amor. Cuando lo hayamos visto, el amor perfecto echará fuera el temor, porque el temor es un tormento.

Pero uno dice: "¿Cómo voy a amar a Dios? Lo he intentado una y otra vez". ¡Pobre alma! No lo intentes más. El amor no viene de esa manera. No es empujado desde dentro por ningún tipo de resolución; es atraído desde fuera, por la visión de lo que es precioso y amable. Detente; deja de luchar y de intentar; *míralo a Él* tal como se revela en su obra y en su palabra. ¿No es él el más hermoso entre diez mil, la Rosa de Sarón, el Lirio de los Valles, el más bello de todos? ¿Acaso no contemplan ahora tus ojos al Rey en su hermosura? Dios sabe muy bien que toda justicia es simplemente amor para él, y sabe que es imposible para nosotros llegar a amar lo que no nos inspira amor; por eso

la creación y la redención son esfuerzos gemelos del Divino para revelar su poderoso amor al alma que se detenga a mirar y a vivir. Es su amor el que pintó para tus ojos el rubor de belleza en la mejilla de la rosa. Para regalar a tus sentidos dio a esa rosa su perfumado aliento. Los delicados tintes y trazos de las mil formas de la belleza en tu camino son las muchas evidencias de su amoroso cuidado, un cuidado que, abarcando todo se inclina desde las alturas de las estrellas y los soles para notar la caída del gorrión. Ah, él es quien amontona las nubes del atardecer en formas tan maravillosas de templo y lugar y pirámide, derramando sobre todo tales torrentes de luz dorada, para iluminar el mismo borde de la oscuridad, que a través de estos portales mágicos casi imaginamos que se encuentra la ciudad de nuestras esperanzas y sueños, y todas nuestras aspiraciones y anhelos parecen no estar lejos de realizarse. ¿No te habla su voz en todo esto, diciéndote que en el mismo cierre de la noche del dolor y la oscuridad y la muerte puede llegar a ti el estallido del día más hermoso?

¿No es su amor del que cantan los pájaros? Y del murmullo del pino sacudido por el viento, ¿no rompe su simpatía suspirante en tu alma? El incesante rompimiento del océano en la playa rocosa, ¿qué es sino el palpitar de su poderoso corazón contra las barreras del egoísmo y del pecado que te alejan de él? Escucha. ¿No late el corazón en simpatía con la tristeza y el dolor humanos? ¿No se extienden esos poderosos brazos para envolver y abarcar a toda la tierra? "¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas, oh Israel, que mi camino está oculto del Señor, y mi juicio ha pasado de largo ante mi Dios? ¿No lo has sabido? ¿No has oído que el Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra, no se cansa ni se fatiga? No hay búsqueda de su entendimiento." No debemos limitar su cuidado ni poner límites a su amor.

El que tiene los mundos en el hueco de su mano, el que "saca y los llama a todos por su nombre, por la grandeza de su poder, pues es fuerte en poderío; ninguno desfallece", él es quien dice, "Consolad, consolad a mi pueblo". Él es quien pone nuestras lágrimas en su botella y las escribe en su libro. Ojalá que los hombres miren y escuchen hasta que el pensamiento de Dios se revele en las innumerables formas de la naturaleza, y hablándoles a través de sus variadas voces, pudiera estremecer sus propios corazones con su amor divino. Entonces la soledad y el aislamiento del alma hambrienta desaparecerán, y por encima y por debajo y alrededor de nosotros, nos envolveremos con él, hasta sentir y conocer la presencia simpática de esa mente cuyo poder sostiene el universo, pero cuyo amor escucha el más suave suspiro de dolor. Entonces, con Carlisle podríamos decir: "Ah, más dulce que la voz de la madre para el niño que se extravía desconcertado en el mundo sin caminos, llega este evangelio a mi corazón. El universo ya no está muerto y endemoniado, un mausoleo poblado de espectros, sino divino, y de mi Padre."

¿Y qué podemos decir aquí de la revelación del amor de Dios en la redención? ¿Con qué palabras hablaremos, incluso de lejos, de lo indecible? Esto podemos decir con Pablo: ¿Quién nos separará del amor? "¿Acaso la tribulación, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Más aún, en todas estas cosas somos *más que vencedores* por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura *podrá separarnos* del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, nuestro Señor." Sino que, habitando Cristo en nuestros corazones por la fe, estemos arraigados y cimentados en el amor, y seamos capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento, *para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios.*

Sí, conocer ese amor de Dios es estar lleno de su plenitud, porque Dios es amor. Toda la bondad, toda la justicia, es amor, y el amor nace del amor, lo humano de lo divino; así que lo más importante que hay que saber es que Dios es amor. Conocer esto es la vida eterna.

4. EL ESFUERZO DE SATANÁS POR OCULTAR EL AMOR DE DIOS DE LOS CORAZONES HUMANOS HAMBRIENTOS

*Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso,
y padre de mentira... Juan 8:44*

Toda la verdadera justicia es simplemente la morada del amor divino en el corazón humano y su consecuente manifestación en la acción humana. Es totalmente imposible que alguien ame algo simplemente por proponérselo o tratando de hacerlo. El amor nace del amor; se enciende en el alma al contemplar y conocer a Aquel que es amoroso.

Por lo tanto, todo poder redentor, todo poder de hacer justicia, es el poder de engendrar amor en el alma humana, y como esto sólo puede hacerse mediante la manifestación de un amor mayor, se deduce que todo el poder de Dios para redimir el mundo es simplemente su poder para manifestar su poderoso amor a la humanidad. Esto concuerda con lo que dice Juan: "Le

amamos porque él nos amó primero", y "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito", etc. Debido a esto, hemos visto que tanto la creación como la redención son esfuerzos de Dios para manifestar su amor a sus criaturas.

Ahora bien, la contrapartida de todo esto es que el poder de Satanás para derrotar la obra de Dios en el alma humana es simplemente su poder para derrotar la manifestación del amor de Dios; y así como la proposición original se demuestra por todo el trato de Dios con la humanidad, así también lo prueban todos los esfuerzos de Satanás por frustrar el plan divino. Toda falsa doctrina y todo falso sistema de culto introducidos en el mundo por Satanás, veremos, si los examinamos cuidadosamente, que han tenido como único objetivo hacer que sea una mentira toda la historia del amor de Dios.

En el principio Satanás dijo a Eva: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" En el original este "conque" es simplemente una expresión de desprecio. Cuando Eva respondió: "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Pero del fruto del árbol que está en medio del jardín ha dicho Dios: "No coman de él ni lo toquen, no sea que mueran." Satanás volvió a decir, despreciando a Dios: "Ciertamente no morirán. Es que Dios sabe que el día que coman de él, los ojos les serán abiertos, y serán como Dios, conociendo el bien y el mal." Esto fue una negación directa del amor de Dios. Dios había puesto ese árbol allí por amor, para el bien de sus hijos, para proporcionarles una oportunidad para el desarrollo del carácter, que de otro modo, en su estado, en aquel momento sería imposible. Por amor había dicho No debéis comer de él, como el padre le dice al hijo: No debes comer de estas bayas, hijo mío, *son veneno*. Satanás sabía todo esto, pero lo negó, para hacer creer que Dios, por envidia o por temor celoso, negaba a sus hijos algo que era para su bien, y que los elevaría a una posición de igualdad con él. Satanás

mintió, y con la mentira trajo del propio Cristo la denuncia indignada de ser "mentiroso desde el principio, y padre de mentira".

No es mucho decir que toda religión falsa es un desarrollo lógico de la mentira, aunque no podemos aquí tomar tiempo y espacio para mostrar esto definitivamente. No importa cuántos dioses hayan adorado, cada nación pagana civilizada ha tenido una tradición, más o menos vaga y fantasiosa quizás, - una tradición olvidada por la multitud, tal vez, y sólo apreciada por la *élite*, los pocos educados, y una tradición aún, -- que hay un Dios detrás de todos estos dioses, que los hizo y que hizo todas las cosas. ¿Por qué no lo adoraron? -- Porque no creían que él se preocupara por ellos. Lo consideraban tan grande y tan lejos de ellos que el alma humana estaba por debajo de su atención, que el aplastamiento de toda la raza humana no sería para él más de lo que el aplastamiento de un gusano sería para nosotros.

Y como este Dios estaba tan lejos, siguieron insertando dioses y semi-dioses, reyes y sacerdotes entre él y el corazón humano, hasta que ningún alma doliente y sufriente jamás pensó ni se atrevió a levantar la temblorosa mano de la fe para recibir el toque calmante y comprensivo de aquel que era verdadero y realmente divino. A un mundo como este, Jesús vino a revelar al verdadero Dios, y el Dios que reveló fue Emanuel, *Dios con nosotros*; y a un pueblo como este Pablo enseñó la sublime verdad de que Dios "*no está lejos de cada uno de nosotros*, porque en él vivimos, nos movemos y existimos, pues también somos su descendencia."

Lo mismo que Satanás logró en el paganismo también lo ha logrado en el papado. Para los papistas, Dios es el severo, el juez distante, incapaz de simpatía o amor humano, y Cristo el mediador e intercesor, cuyo deber es, si es posible, tocar el corazón de Dios con un sentimiento de nuestras necesidades y despertar su compasión. Pero ni siquiera Cristo es tocado con los sentimientos de todas nuestras dolencias, por lo que hay que acercarse a él a tra-

vés de la mediación de la Virgen, su madre, y del santo canonizado, y del papa vivo, y del obispo y sacerdote. Así, una vez más, se coloca a Dios lejos, y se niega el hecho hermoso y vivo de su amor. Ya no es "nuestro Padre", que se deleita en dar buenas dádivas a sus hijos.

Toda religión pagana tiene su sacrificio, y este sacrificio se deriva del Sacrificio verdadero por el que el mundo ha de ser redimido, por degeneración del verdadero tipo de aquel sacrificio que Dios dio al hombre en la puerta del Edén perdido. Pero Satanás lo ha hecho girar para que el sacrificio pagano signifique justo lo contrario del verdadero. El significado del verdadero sacrificio es éste:

"Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito". Cada sacrificio verdaderamente ofrecido era una revelación, una expresión de ese gran sacrificio por el que Dios debía dar a todas sus criaturas inteligentes de todos los mundos la promesa *de que las amaba tanto que, si era necesario, daría su vida para redimirlas.* Pero el sacrificio pagano habla de un dios de ira y cólera, cuya ira debe ser apaciguada de alguna manera, con la sangre de un cordero, o sólo con la sangre de una hermosa doncella, o de un niño inocente, o de alguna otra víctima humana. Cuando él huele la sangre recién derramada, ellos creen que su venganza será satisfecha, que será propiciado.

¿Qué diremos de la falsa idea de la expiación, sostenida incluso por muchos en las iglesias protestantes populares de hoy, y expresada en una última confesión de fe con estas palabras: "Cristo murió para reconciliar al Padre con nosotros?" Este no es el lugar para entrar en una discusión de ese tema; basta con decir que es la idea pagana del sacrificio aplicada al cristianismo. Dios, piensan, estaba enojado; debe derramar su ira sobre alguien. Si fuera sobre el hombre, lo condenaría eternamente, como se merecía; pero esto interferiría con el plan y el propósito de Dios en la creación de los mundos, por lo que esto no debe ser. Y sin embargo, Dios no debe ser burlado en su

venganza; por eso la derrama sobre Cristo, para que el hombre sea libre. Así que cuando Cristo murió, fue realmente asesinado por la ira y la cólera del Padre. Esto es paganismo.

La verdadera idea de la expiación hace que Dios y Cristo sean iguales en su amor, y uno en su propósito de salvar a la humanidad. "Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo." La vida de Cristo no fue el precio *pagado al padre* por nuestro perdón, sino que su vida fue *el precio que el Padre pagó* para manifestar su poder amoroso para llevarnos a esa actitud de arrepentimiento en la que podía *perdonarnos libremente*. El contraste entre las ideas verdaderas y las falsas está expresado tajantemente por el profeta en estas palabras: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; *y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido*". Así, Satanás ha transformado la verdad del amor de Dios en una mentira, e incluso infundió esta mentira en la misma doctrina de la expiación de Cristo.

Estos son sólo ilustraciones de la naturaleza y la tendencia de todos los sistemas falsos. Son los diseños del diablo para frustrar el poder y el propósito del amor divino. La doctrina de la inmortalidad inherente - "ciertamente no moriréis" - en la que se apoyan todos estos falsos sistemas para su esperanza de futuro, llega a cumplimiento legítimo en la terrible creencia de la miseria consciente eterna para toda la multitud de los perdidos.

De nuevo: Satanás transforma la gloriosa verdad reveladora de amor del propósito eterno de Dios

en la creación en la severa doctrina de los "decretos absolutos", la cual acusa a Dios de crear las multitudes para el infierno, y sin darles ninguna posibilidad de escapar, llevándolas sin remedio al lugar que Satanás ha inventado para ellas, siendo los pocos que se salvan también por decreto absoluto de Dios, y así, por supuesto, a pesar de ellos mismos. Estas dos doctrinas, la

inmortalidad inherente y los decretos absolutos, se combinan para hacer de la teología del mundo lo que ha sido y es, y esta combinación encuentra su desarrollo más completo en la enseñanza de lo que puede llamarse el "ultra calvinismo de la Iglesia escocesa". Lo que eso era, Buckle, en su "Historia de la Civilización", afirma lo siguiente: --

"El clero se jactaba de que su misión especial era hacer tronar la ira y las maldiciones del Señor. A sus ojos la Deidad no era un ser benéfico, sino un tirano cruel y despiadado. Declaraban que toda la humanidad, excepto una pequeña parte, estaba condenada a la miseria eterna. Y cuando llegaron a describir en qué consistía esa miseria, su imaginación oscura se deleitaba y regodeaba en el prospecto. En las imágenes que dibujaron, reprodujeron e intensificaron las imágenes bárbaras de una época bárbara. Se deleitaban diciendo a sus oyentes que serían asados en grandes fuegos, y colgados por sus lenguas. Ellos serían azotados con escorpiones, y verían a sus compañeros retorciéndose y aullando a su alrededor. Iban a ser arrojados en aceite y plomo hirviendo. Un río de fuego y azufre, más ancho que la tierra, en el que debían ser sumergidos; sus huesos, sus pulmones y su hígado debían hervir, pero nunca consumirse. Al mismo tiempo, los gusanos debían hacer presa de ellos, y mientras estos roían sus cuerpos, serían rodeados de demonios, burlándose y divirtiéndose con sus dolores. Tales fueron las primeras etapas de su sufrimiento, y eran sólo las primeras; porque las torturas, además de ser incesantes, iban a ser gradualmente peores.

"Tan refinada era su crueldad que a un infierno le sucedía otro; y para que el sufriente no se insensibilizara después de un tiempo, era trasladado para que pudiera sufrir nuevas agonías en nuevos lugares. Todo esto era la obra del Dios del clero escocés. No sólo era su obra, sino que era su alegría y su orgullo; porque, según ellos, el infierno fue creado antes que el hombre viniera al mundo.

El todopoderoso, no tenían escrúpulos en decir, había gastado su tiempo libre en preparar y completar este lugar de tortura para que, cuando apareciera la raza humana, estuviera listo para recibirla. Sin embargo, por muy amplios que fueran los preparativos, eran insuficientes y el infierno, al no ser lo suficientemente grande para contener las innumerables víctimas que incesantemente se vertían en él, en estos últimos días había sido ampliado. Pero en aquella vasta extensión no había ningún vacío, pues todo él reverberaba con los gritos y alaridos de una agonía imperecedera."

Todo esto y mucho más podría decirse, y, por increíble que parezca, cada expresión está tomada de sermones y libros realmente predicados o leídos en aquel tiempo. A ningún cristiano verdadero hay que decirle que esto es obra de Satanás para cegar a los hombres al amor de Dios, que es el único poder que puede atraerlos hacia él y hacerlos justos. En contraste con todo esto, ponga las hermosas palabras de Whittier:

"Pero todavía mis manos humanas son débiles para sostener vuestros credos de hierro;

Contra las palabras que me pedís que diga, Mi corazón dentro de mí suplica

"Camino con los pies desnudos y callados por el suelo, que pisáis con audacia;

No me atrevo a fijar con medida y límite, El amor y el poder de Dios.

"Vosotros alabáis su justicia; incluso así, considero su amor compasivo;

Buscáis un rey, y yo me atrevería a tocar, el manto que no tiene costura.

"No es mío mirar donde los querubines y los serafines no pueden ver;

Pero nada puede ser bueno en aquel cuyo mal está en mí.

"El mal que duele a mi alma abajo, no me atrevo a tronar arriba;

No sé de su odio, -- conozco su bondad y su amor.

*"No sé lo que el futuro tiene de maravilla o sorpresa,
Sólo sé que la vida y la muerte se basan en su misericordia.
"No sé dónde sus islas levantan sus palmas frondosas en el aire;
Sólo sé que no puedo ir a la deriva más allá de su amor y cuidado".*

5. LA PATERNIDAD DE DIOS

"Así pues, orad: Padre nuestro que estás en los cielos". - Jesús

en Mateo 6:9

Dios es amor; todos sus atributos son atributos del amor. Su justicia, su sabiduría, su poder, su misericordia, e incluso su ira y su cólera, son solo diferentes caras del amor polifacético, pero omnipresente y eterno. De ello se desprende que el motivo de la acción de Dios debe ser siempre el propio del amor. El amor no tiene motivos de política o de orgullo; de hecho, sólo tiene un motivo, que es el amor mismo. Todo lo que hace el amor es por amor, para dar placer al objeto amado, y así recibir placer a cambio. Teniendo en cuenta estos pensamientos, nos preguntamos ¿Por qué creó Dios este mundo y puso al hombre en él? ¿Por qué creó en primer lugar, y por qué, habiendo comenzado, continuó su obra hasta que los infinitos abismos del espacio insondable están todos "vibrando y palpitando" con soles y mundos girando?

El apóstol inspirado da la respuesta: "Eres digno, Señor, de recibir gloria, el honor y el poder; porque tú has creado todas las cosas, *y para tu placer son y fueron creadas*". Alguien puede decir: "Sí, Dios es egoísta como nosotros; lo hizo todo por su propio placer." Pero hay que recordar que el placer del amor nunca es egoísta. El placer del amor es amar y ser amado, -- se manifiesta de tal manera que trae el retorno del amor. Si la imaginación puede atreverse a tales vuelos, concibe a Dios antes de que comenzara la obra de la creación. Dios es amor; entonces era amor, pues es el mismo ayer, hoy y siempre. Él habita la eternidad. Él era amor, pero estaba solo, y el amor solo es solitario. El corazón infinito, con toda su ternura, su simpatía, su poder de afecto, estaba solo, encerrado sin otro medio de expresión posible, *para su placer*, para el placer del amor, para que el amor se expresara de tal manera que trajera consigo el retorno del amor.

El hombre fue hecho a imagen de Dios. Esta imagen se perdió en gran medida por el pecado, y ha de ser restaurada mediante la redención, pues hemos de ser "renovados a la imagen del que nos creó." Así vemos que esta imagen no consiste solamente en la forma exterior, sino también en el hecho interior de sentir, pensar y conocer.

¿Qué es lo que hay en el corazón humano que crea todos nuestros hogares, y construye y une a todas las familias verdaderas? Lo llamamos el deseo de tener descendencia, pero ¿qué es el deseo de descendencia, sino el deseo de que el amor se exprese de tal manera que traiga el retorno del amor de manos amorosas, y ojos amorosos, y voces amorosas?

Este es tal vez el deseo inherente más fuerte del corazón humano. ¿De quién fue heredado? -- De Dios, cuando nos hizo a su imagen y semejanza. A menudo se ha dicho que el verdadero hogar es un pequeño mundo en sí mismo. Es este deseo en el corazón humano que crea estos pequeños mundos en todas partes, y los convierte en centros de luz, de amor y de alegría, hasta

que esta vieja tierra, a veces pareciera, se asemeja al cielo. Fue este deseo en el corazón del Amor divino el que creó este mundo, y todos los mundos, y los pobló de seres inteligentes, capaces de apreciar su amor y devolverle un servicio amoroso y gozoso.

Hizo el mundo para su placer. Su corazón amoroso y solitario buscó la expresión por su único medio, la creación, y el universo no es sino la materialización de ese pensamiento divino de amor. Esto es lo que entendemos por la Paternidad de Dios. Cristo se detuvo en esto más que en cualquier otra verdad. Fue él quien nos enseñó a decir: "Padre nuestro que estás en el cielo". Oh, hay algo en esas palabras, "Padre nuestro," que parece traer a Dios tan cerca que sabemos y sentimos que él escuchará el más débil grito de dolor y necesidad de la fe, y verá la más pequeña señal de angustia. "Padre nuestro", ¿qué significan estas palabras? ¿Qué significa sino que, como nosotros somos los padres de nuestros hijos, él es el Padre de todos nosotros, sólo que es más dispuesto y más tierno.

El placer del padre está en la felicidad y el éxito de sus hijos. Con cada paso que da el hijo o la hija hacia una nueva prosperidad y utilidad, el corazón del padre se alegra cada vez más. Así que el "placer" de Dios es idéntico a la mayor felicidad posible de todas sus criaturas. Mientras en un mundo haya un solo individuo que no haya llegado aún a la cúspide de la felicidad de la que es capaz, mientras haya una alegría de la que Dios es capaz, que aún no ha alcanzado. Así, el amor une los intereses del hombre y los intereses de Dios, y la felicidad del hombre y la felicidad de Dios, en uno; y paso a paso, a lo largo de las edades del futuro, a medida que la raza de los seres inteligentes avanza a través de un mayor conocimiento hacia mayores alegrías, Dios mismo los guiará y participará con ellos en esa felicidad superior. "Ya no tendrán hambre, ni sed; ni el sol les alumbrará sobre ellos, ni tendrán ningún ca-

lor. Porque el Cordero que está en medio del trono los alimentará, y los conducirá a fuentes de agua viva; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos".

Hasta aquí el futuro; pero aquí es reconfortante recordar que el mismo amor que se regocija en nuestra alegría sufre también en nuestro dolor. Jesús fue el varón de dolores y experimentado en quebranto, porque llevó nuestras penas y cargó con nuestros dolores. ¡Nuestras simpatías son tan estrechas! Si alguna pena entra en el pequeño círculo de nuestras familias y amistades, lo sentimos, pero ¿qué es para nosotros el vasto mundo? El pequeño lago puede ser a veces sacudido con tempestades dentro de su estrecho valle, pero si el sol brilla allí, sonrío pacíficamente entre los árboles que lo rodean, no importando cómo las tormentas se desaten en otros lugares. No así con el gran océano, cuyos poderosos brazos abarcan todas las tierras. Lleva el gran mundo en su corazón. Siente el estremecimiento de la agonía de cada sacudida sísmica, y sus olas se agitan al soplo de cada tormenta. Así, el Salvador tomó al mundo sufriente en sus brazos y lo estrechó contra su corazón. Se puso *en contacto* con la humanidad. La gran masa de vida humana que se esfuerza, se aflige y lucha, yace en su alma compasiva. Llevó nuestros dolores, cargó con nuestras penas. Lo mismo ocurre hoy. "No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestros dolores."

¿Pero para qué estaba Jesús en el mundo? -- Para revelar al Padre. Él dijo: "Yo y mi Padre somos uno". "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Reveló a un Dios que es "nuestro Padre", cuyo gran corazón de amor late siempre en simpatía con una humanidad doliente y enferma de pecado, y que nos ama siempre, incluso en nuestros pecados, porque nos hizo para tener alguien a quien amar.

Alma cargada, ¿por qué no vienes a él y confiesas tu pecado, y aceptas el Consuelo de su amor? ¿Por qué alejarte por miedo? ¿Por qué pensar que te ama sólo cuando puedes sentir que has hecho algo bueno y noble? ¿Por qué

pensar que son necesarios días de penitencia y llanto después de haber pecado antes de que te reciba?

Ahora mismo sus brazos están abiertos para ti. El Salvador llama a la puerta de tu corazón. ¿Acaso la madre ama al niño sólo cuando es bueno, y lo olvida y lo odia cuando es desobediente? ¿No se aferra su amor a él siempre, más tierno aún en la hora más oscura de su pecado? ¿Acaso no es el cordón que le atrae a la virtud y a la alegría?

¿Acaso la bondad de Dios no te lleva incluso ahora al arrepentimiento? ¿No oyes que te dice: "La madre puede olvidar al niño, pero yo no te olvidaré a ti"? Ojalá nos demos cuenta de que somos sus hijos y de que nos hizo por la alegría de amarnos y de que le amemos; y que, mientras estamos auto-exiliados, alimentándonos de las cáscaras de cerdo de las esperanzas y los placeres terrenales, nos llora como hijos suyos, aunque perdidos, manteniéndose siempre dispuesto a correr a nuestro encuentro tras nuestro regreso, y saludarnos con besos de alegría.

Conocer esto es conocer a Dios, y conocerlo es amarlo, y esto es la vida eterna.

6. LA GLORIA DE DIOS

*"¿Cómo haría menos el peso y la maravilla
Si, levantados de los hombros inmortales hacia abajo,
Los mundos fueran arrojados en mares de vacío,
En reinos sin corona? - Jean Ingelow*

Antes de dejar el tema del amor de Dios revelado en la creación, consideremos un texto más. En Apocalipsis 4:11 se dice que Dios creó todas las cosas *para su placer*. Hemos aprendido lo que era ese placer, y lo que nos revela del amor divino.

En Isa. 43:7 Dios dice del hombre: "Lo he creado *para mi gloria*". La gloria de Dios no es una mera gloria externa de arco iris y resplandor que ningún ojo puede mirar. Cuando Moisés, envalentonado por la preciosa promesa de Dios de su presencia y de su descanso, trató de acercarse aún más al Señor, y se atrevió a hacer peticiones aún mayores, dijo: "Te suplico que me muestres tu gloria". En respuesta, en lugar de cegar los ojos de Moisés quitando la nube

negra que oscurecía su brillo, el Señor dijo: "Haré pasar toda mi *bondad* ante ti". Entonces el Señor descendió en la nube... y proclamó el nombre del Señor. "Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y bondadoso, paciente y abundante en bondad y verdad". Esto, pues, según su propia expresa declaración, es la verdadera gloria de Dios: *su bondad*.

La gloria externa no es más que el resultado y la manifestación exterior de su bondad; y sin esta bondad el arco alrededor del trono se desvanecería, y el brillo inefable, ahora misericordiosamente sombreado de los ojos mortales, se palidecería hasta convertirse en una gloria enfermiza que parpadea en las tinieblas.

Cuando Moisés supo esto, se apresuró, e inclinó su cabeza hacia la tierra y adoró; y así lo haremos nosotros. ¡Oh, que el mundo entero lo pueda ver y conocer! ¡Entonces podrían volverse con amorosa obediencia hacia él! ¡Entonces, contemplando la gloria de su bondad, pudieran ver revelados en ella su egoísmo y pecado! Entonces, con Job, podrían decir: "He oído hablar de ti con el oído, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza". Fue para eso para lo que vino Jesús, para revelar a Dios.

Dios hizo al hombre "para su gloria", para su bondad. Es decir, Dios, para su gloria - su bondad - porque es Amor, hizo al hombre un ser sensible, inteligente, moralmente responsable, y moralmente apreciativo, para poder revelarle a él y en él su propia bondad y gloria; para que el hombre, así, volviendo a Dios con la debida necesidad de amor y acción de gracias" pueda llegar a ser para alabanza de la gloria de su gracia." Y todo esto se cumplirá a pesar del pecado y del dolor; pues Pablo dice: "Considero que los sufrimientos de este tiempo no son dignos de compararse con la *gloria* que se revelará *en nosotros*". Y que esta gloria es la gloria de la bondad divina que se revelará *en sus hijos*, lo demuestra inmediatamente añadiendo: "La expectativa fervien-

te de la criatura espera la manifestación de los *hijos de Dios*." Si esta gloria - esta bondad - puede ser revelada en nosotros, toda otra gloria seguirá a su debido tiempo.

Pero Dios nos creó para revelar esta gloria a nosotros y en nosotros. En el principio colocó a nuestra raza infantil bajo la tutela de los ángeles, -- niños parados ante los misterios de la creación, cada uno de cuyos hechos, a medida que se abren ante ellos, revelan el amor de un Padre, la bondad de un Padre, la gloria de un Padre.

El niño puede despertar a la conciencia en un lugar, rodeado de asistentes y todo para su comodidad, pero con el padre ausente. Al principio sus necesidades son puramente físicas. No necesita más que comer y dormir; y el alimento se le proporciona, y los medios para descansar. Poco a poco, el intelecto comienza a despertarse y exige alimento para el pensamiento. El niño va a otra habitación y encuentra estantes de libros adecuados a sus necesidades, y a medida que su mente se desarrolla, exigiendo un alimento más fuerte, descubre un volumen tras otro, una magnífica biblioteca, cada libro almacenado con los más grandes pensamientos de los más grandes pensadores. Entre otros, descubre un hermoso volumen, cada palabra escrita con letras de una autobiografía de la vida de su padre, que cuenta cuándo construyó el palacio, dónde está ahora, por qué está ausente y cuándo volverá.

El amor por lo bello, que es la base de todo arte, empieza a manifestarse en el niño y a exigir satisfacción. He aquí que un día el niño prueba una llave en una puerta descuidada de la gran mansión, y he aquí una espléndida galería de arte, un pequeño mundo en sí mismo, creado para él por manos dotadas, y reunido aquí en este cosmos de belleza para su disfrute. Más allá hay una sala de música con varios instrumentos que le invitan, y músicos dotados con sus propias dulces canciones que le enseñan a tocar las primeras notas. Con la conciencia de cada nueva necesidad viene el descubrimiento de

los medios para satisfacerla, hasta que cada día el niño se ve obligado a decir con sorpresa: "Papá sabe, papá me ama, y ha provisto para todas las necesidades".

¡Tal palacio es este mundo, con su música y su variada belleza de montañas y valles, con sus magníficas glorias de nubes al atardecer, y con sus cielos nocturnos iluminados por la luna y las estrellas! Es cierto que un enemigo se ha colado en este lugar, y ahora algunas de las puertas están cerradas, para ser abiertas sólo con llaves de oro. Pero sabemos que el Padre ha proporcionado los medios para la rápida exterminación de este demonio egoísta; e incluso ahora podemos ver el propósito original del Amor a través de todo esto: que cada necesidad sea satisfecha, y cada noble deseo gratificado. Hay belleza para el ojo, y el ojo para la belleza; música para el oído, y el oído para la música; la fragancia para la nariz, y la nariz para la fragancia; lo dulce para el gusto, y el gusto para lo dulce; y el querido Padre los hizo y los emparejó a todos. No todas las necesidades crecientes de esta poderosa familia pueden adelantarse un ápice a la omnisciente previsión del Amor, que guió su mano en el amanecer de la creación. Cuando la leña es insuficiente para el combustible, y la vela para la luz, el carbón y el aceite son descubiertos en otra habitación del palacio, donde el Padre los almacenó hace tiempo. A cada paso reflexivo tenemos que decir: "El Padre sabe, y el Padre ama."

¿Por qué todo esto? Porque Dios creó este mundo y el universo para su placer y su gloria, y el placer y la gloria del Amor es manifestarse a sí mismo, así como para recibir de vuelta el amor de los oyentes amorosos y dispuestos. Dios creó todo el mundo por Jesucristo. "Todas las cosas fueron hechas por él [Cristo]; y sin él no se hizo nada de lo que se hizo." "Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció." No hizo más que una familia en este mundo en el principio, para que "todas las naciones de hombres que habitaran en toda la faz de la tierra" fueran de una

sola sangre. Jesucristo fue el Padre de esa única familia que iba a poblar este mundo. También fue el Padre de las familias que iban a poblar todos los demás mundos, de modo que en él los habitantes de todos los mundos encuentran un Padre común y una hermandad universal del ser. Así fue concebido que todos los seres inteligentes constituyeran una sola familia, y que Cristo fuera el Padre. Esto es lo que quiere decir el profeta cuando dice de Jesús: "Porque nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo; y el gobierno estará sobre su hombro; y su nombre se llamará Maravilloso, Consejero, Dios Fuerte, PADRE ETERNO, Príncipe de Paz".

Pero Jesús mismo era el único Hijo engendrado del Padre. Así que Dios Padre es nuestro Padre por medio de Cristo; y los habitantes de todos los mundos debían ser una hermandad, una familia, en él, para que Dios, por medio de Cristo, les revelara a ellos y en ellos su amor y su bondad, para que pudieran contemplar su gloria; porque al Padre le complacía que en él (Cristo) habitara toda la plenitud de la deidad.

De esta familia y de este amor habla Pablo cuando dice: "Por esto doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, por quien toda la familia es nombrada en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, que seáis fortalecidos con la fuerza de su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite en vuestros corazones por la fe; para que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, profundidad y altura; y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios".

Esta gloria -esta bondad-este amor- que Dios quiso revelar a sus hijos en la creación, ha sido oscurecida por el pecado, y por el dolor, resultado del pecado, pero una voz más dulce que la de la madre al hijo que sufre dice, "Consolad, consolad a mi pueblo". "Todo valle será exaltado, y todo monte y

colina será rebajado; y lo torcido será enderezado y las asperezas se allanarán, y la gloria del Señor se manifestará, y toda la carne la verá junta". Esa voz es la de Jesús, y por él se realizará la obra, y el propósito original de la creación, con todo su amor, se revelará.

¡Oh, los profundos y oscuros valles de humillación y sufrimiento por los que a veces somos llamados a pasar -el más bajo de todos, el valle de la sombra de la muerte! Pero su amor iluminará el camino, y el valle por su presencia será exaltado hasta las puertas del cielo. Las altas montañas de la miseria humana que han arrojado su sombra sobre nuestras vidas, impidiendo que el sol del cielo llegue a nuestros corazones, serán abatidas.

Lo que aquí nos ha parecido tan torcido e injusto -la prosperidad de los malvados, la adversidad de los justos, esas misteriosas providencias que a veces parecen una casualidad y nos hacen pensar que Él no conoce nuestras penas, ni se preocupa de nuestros dolores, todo esto será aclarado y enderezado. Y los caminos ásperos sobre los que nuestros pies magullados y sangrantes han pisado tan cansadamente, también serán aclarados. Nuestros ojos ávidos, escudriñando el escarpado camino, verán las huellas de sus sangrientas pisadas; y desde las distantes alturas, a las que él también ha ascendido por el sufrimiento, oiremos su voz diciendo: "Venid a mí y os haré descansar". Unidos a él, Dios enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos. Todo esto se cumplirá, pues este fue el placer de Dios en la creación. El pecado puede parecer que ha frustrado su plan por un tiempo; pero "la ayuda ha sido puesta en Uno que es poderoso", y "la voluntad del Señor prosperará en sus manos".

7. LA UNIDAD DE LA LEY Y EL EVANGELIO

"La ley del Señor es perfecta y convierte el alma". - David |

Dios creó todas las cosas por medio de Jesucristo, y por lo tanto Cristo es el "poderoso Dios", el "Padre eterno" de todos los seres inteligentes en todos los mundos. Dios el Padre es el Padre de Cristo, y por lo tanto a través de él, de todos estos seres creados por Cristo. Así, Dios, Padre e Hijo, unen en sí mismos a todos los seres moralmente responsables del universo en una sola familia; y fue el plan que conozcamos y poseamos nuestra hermandad, no sólo con todos los hombres, sino también con los ángeles y con los habitantes de todos los mundos.

Ahora bien, el Padre Todopoderoso dio a sus hijos ciertas reglas o leyes para regular su conducta. Estas leyes no eran arbitrarias, no estaban destinadas a mostrar su derecho o poder para mandar o dominar a sus hijos, sino

que, como las reglas de todas las familias bien reguladas, estaban diseñadas para promover la felicidad de todos los hijos y la unidad de la vida familiar.

Aunque muchos duden en expresarlo así, el pensamiento que persiste en sus mentes es más o menos así: "Dios es arbitrario y obstinado, y no permitirá la más mínima variación de sus leyes sin sumirnos en la muerte eterna." Esto es lo que Satanás ha dicho siempre de Dios y de su gobierno.

Deseo mostrar lo contrario para que todos puedan ver. Deseo mostrar que es la propia variación misma la que nos sumerge en la muerte eterna, y no el decreto arbitrario de Dios. Es el amor de Dios el que no tolerará de ninguna manera esa variación, porque conduce a resultados tan terribles.

La ley de Dios no es simplemente un decreto suyo, sino que se basa en principios eternos de placer y dolor, principios tan inmutables en su propia naturaleza como las leyes que rigen las estaciones o controlan el movimiento de los planetas. La ley no es así simplemente porque fue así, sino porque debe serlo eterna y universalmente.

De la correcta comprensión de estos principios de la naturaleza de la ley de Dios, depende nuestro poder para comprender el amor de Dios en todos sus tratos con sus criaturas. En esto se basa toda la filosofía del propósito de la creación y del plan de redención. La existencia de la miseria y del sufrimiento, esa necesidad de una expiación, y cómo esa expiación es llevada a cabo por Cristo, sólo puede entenderse a la luz del amor de Dios en la medida en que se revela la naturaleza de su ley revelada. Por eso nos proponemos detenernos en estas páginas en la naturaleza de la ley de Dios.

Siempre hemos pensado que los Diez Mandamientos exigen nuestro amor a Dios y a todas sus criaturas; ¿hemos pensado alguna vez en ellos como expresión de su amor hacia nosotros? Sería absolutamente insensato exigir nuestro amor por decreto arbitrario; el amor no puede darse de esa

manera; el amor sólo nace del amor. El Estado podría legislar para que el sol no brille o para que el agua no fluya cuesta abajo, como que el Señor exija el amor de forma tan arbitraria. En ambos casos, la ley no podría afectar en lo más mínimo a la cosa legislada.

Sin embargo, sigue siendo cierto que todo lo que la ley de Dios exige es amor, y que, como dice el apóstol, el amor es el cumplimiento de la ley, de toda la ley. ¿Cómo es esto? - Simplemente porque la ley misma, cuando la entendemos, es una revelación de tal amor infinito que puede y quiere cumplir la ley.

"Dios es amor". Cada palabra, cada jota y tilde de esa ley, que proviene del amor, requiere sólo el servicio que el amor dicta. Cuando el mismo amor que esa ley nos expresa es engendrado por ella en nuestros corazones, y fluye hacia Dios y hacia todas sus criaturas en acciones de amor, entonces la ley se cumple.

Se puede objetar que el amor divino, para engendrar en nosotros el amor que se devuelve, se revela, sólo en la vida y muerte de Jesucristo. En un sentido esto es cierto, y en otro no lo es. El amor que Dios quiso revelar en su ley, y en toda la administración de la ley en su gobierno, ha sido negado por Satanás desde el principio; "porque es un mentiroso," "y no permaneció en la verdad". También ha sido tan oscurecido y escondido por el pecado y el dolor que muchos no lo han contemplado. Pero el amor de Dios revelado en Jesucristo no es un amor nuevo para nosotros. *Dios es el mismo*; "con él no hay mudanza, ni sombra de variación". Todo este amor por nosotros lo tuvo desde el principio y lo expresó en su ley; sólo el diablo lo negó y el pecado lo oscureció. Cristo simplemente reveló el amor que Dios nos tenía desde siempre, y que subyace en todas sus leyes y gobierno.

La vida de Cristo es la ley de Dios en acción; su muerte, no es sino el resultado natural de cumplir perfectamente esa ley, y de proclamarla perfectamente a los demás, en un mundo que odiaba la verdad y el bien. Mirad esa vida y esa muerte de amor inmaculado. En todo esto, ¿hizo Cristo más de lo que exige la ley? - Imposible, porque entonces él fue más que perfecto; pues el salmista dice: "la ley del Señor es perfecta". La vida de Cristo, pues, no revela ningún amor nuevo, sino que a los corazones que estaban endurecidos y a los ojos cegados por el pecado, revela de nuevo el mismo amor que dictaba cada palabra de esa ley.

No hay conflicto entre el Sinaí y el Calvario. "Tu ley es la verdad", dijo David, y "todos tus mandamientos son justicia". De nuevo, "Hazme ir por la senda de tus mandamientos. "Jesús era el "siervo justo" que iba a justificar a muchos por su justicia. Él dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Él era y es el Príncipe de Paz y la manifestación de misericordia. En él "la misericordia y la verdad se han encontrado; la justicia y la paz se han besado." Hemos visto que todos los seres inteligentes creados encuentran un Padre común, y por tanto una hermandad universal, en Dios; ahora queremos que todos los tratos de Dios con sus criaturas moralmente responsables sean simplemente los tratos de un padre amoroso con sus hijos. Esto debe ser así si él es "nuestro Padre." ¿No es él un Padre bueno? La misma palabra Dios significa bueno. Si se le convence de no ser bueno en algo, ya no es Dios. Esto lo destronaría, y entonces...

*"Quién guía a la luna huérfana,
y quién a las esferas no emparejadas."*

¿No es el amor? ¿Y puede el amor actuar de otra manera que no sea amorosa? Mostrar que Dios actúa por otro motivo que el amor es mostrar que

no es Dios, pues "Dios es amor." Escuchadle: "Vosotros sois mis testigos, dice el Señor, de que yo soy Dios." ¿Hemos sido siempre testigos de ello? ¿No hemos dudado mil veces en nuestros corazones de su amor, mientras creíamos plenamente en el amor de algún amigo humano? Ah, esto es exaltar lo humano por encima de lo divino; esto es idolatría.

Tal vez nuestra vida ha sido triste y oscura, y nos hemos preguntado por qué, y nos ha llevado a dudar. Jesús fue el único Hijo engendrado del Padre, amado por él antes de que los mundos fueran

Creados y sin embargo, mientras estuvo aquí fue un "varón de dolores y experimentado en el quebranto." Él, el Capitán de nuestra salvación, fue "hecho perfecto mediante el sufrimiento." Este es el ministerio del dolor. ¿No sabéis, que la sombra no puede caer si el sol no brilla por encima? "Cuando las nieblas se hayan disipado, y veamos el rostro del Padre, y conozcamos como somos conocidos, ah, entonces veremos que –

*"La oscuridad en el camino de la vida del hombre
no es más que la sombra de la providencia de Dios,
Por el gran Sol de la sabiduría arrojado sobre ella;
Y lo que es oscuro abajo será luz en el cielo".*

8. LA NATURALEZA DEL GOBIERNO DI- VINO.

"Mis tiempos están en Tu mano.

¿Por qué he de dudar o temer?

La mano de mi Padre nunca causará

A su hijo una lágrima innecesaria".

- William F. Lloyd

Dios es "nuestro Padre", y fue su designio que lo reconociéramos como tal, y que, así unidos en él, todos los seres inteligentes encontraran una hermandad universal. Siendo esto cierto, se deduce que las leyes de Dios y sus métodos para hacerlas cumplir -en resumen, todo su trato con nosotros en este mundo- son los de un padre amoroso y sabio con sus hijos.

Tomemos una ilustración común y casera. El niño pequeño quiere comer la fruta inmadura. ¿Por qué? - Por el placer de comerla. El hecho es que, mirándolo en el sentido más amplio, el placer - la felicidad - es la búsqueda universal de la vida. Con este problema todas las religiones y filosofías tienen que tratar.

El epicureísmo enseña a sus votantes a buscar el placer en los fantasmas fugaces de la hora que pasa. El estoicismo trata de hacer a los hombres indiferentes al deseo de felicidad, es decir, por extraño que parezca, busca que los hombres estén contentos o *felices* sin la felicidad. El budismo enseña que la existencia consciente es la miseria, y que por lo tanto la felicidad es inalcanzable salvo en el nirvana, o extinción del ser, mediante la absorción en la Deidad.

El cristianismo tiene el honor de haber enseñado el único camino posible para conseguir esta búsqueda universal. Hemos de encontrarla olvidándola; y hemos de olvidarla para nosotros mismos en el ansioso deseo de ganarla para los que nos rodean. La felicidad es una doncella tímida que siempre elude el asimiento demasiado ansioso del buscador egoísta; pero cuando se olvida el yo al servicio de los demás, el corazón emocionado se da cuenta de su presencia, y la mirada, por un momento, se posa en su rostro sonriente.

Pero volvamos a la ilustración: El niño, en su deseo de comer la manzana verde sólo tiene en cuenta los pocos minutos que tarda en comerla. Se olvida del futuro en el deseo del placer presente. El padre le dice: "Basta, niño, no comas esa manzana". ¿Por qué esta prohibición? ¿Es que el padre desea ejercer su autoridad? -- No. El padre ama al niño. Él toma más el tiempo en consideración que el niño. No sólo piensa en esos pocos minutos mientras el sabor de la manzana está en la boca, sino que piensa en el día siguiente de enfermedad y dolor, y la posible muerte, y con amor dice: "No lo harás".

Supongamos que el niño es sorprendido de nuevo comiendo la fruta. El padre le dice, "Johnnie, si vuelves a comer una de estas manzanas, te azotaré". ¿Por qué? ¿Está el padre enfadado con el niño? ¿Y se propone vengarse azotándolo? ¡Ah, no! Dice en su corazón: "El niño no comprende del todo mi razón para negarle ese codiciado placer; pero no debe comer esa fruta, le matará. Le daré un motivo para que se abstenga que él entenderá".

Todo esto es amor por parte de los padres. Para el niño en ese momento puede parecer arbitrario y duro, pero cuando llegue a verlo desde el punto de vista del padre y sepa por qué se lo prohibió, le agradecerá y amará por la prohibición.

Así es también el trato de Dios con nosotros. Somos niños aquí abajo en la oscuridad. Vemos niños aquí abajo en la oscuridad. Vemos sólo un pequeño camino, envueltos como estamos en esas sombras. Nuestra vida, mirada con otros ojos que el ojo de la fe, "es un valle estrecho entre las frías y áridas cumbres de dos extremos." "Nos esforzamos en vano por mirar más allá de las alturas." En el mejor de los casos, al principio sólo tenemos en cuenta esta pequeña vida, limitada por el estrecho espacio entre la vigilia y el sueño.

Pero esto es sólo el *hoy* de nuestra existencia. El mañana - ¡ah, ese ¡mañana! Cómo se abre para nosotros, a la vista de Dios, en el gran y profundo mar de la eternidad. La eternidad. ¿Quién puede decirnos lo que nos depara? Porque también viene de la mano amorosa de un Padre, y rebosa de sus bendiciones. ¡Qué posibilidades de placer se encuentran aquí, superando nuestro más alto sueño! "El ojo no ha visto, ni el oído ha escuchado, ni ha entrado en el corazón del hombre, lo que Dios ha preparado Dios para los que le aman."

Pero todas estas posibilidades del mañana dependen del buen uso del hoy. Dios ve el final desde el principio. Él sabe lo que tiene para nosotros en

esas distancias más allá del alcance de nuestra visión. Él ve las edades que se levantan y a nosotros levantándonos para enfrentarnos a ellas, con una capacidad cada vez mayor de felicidad, y sin embargo, esa capacidad siempre llena hasta desbordarse. Dios conoce el único camino que nos lleva por ahí, y es el camino de la justicia. Él dice con amor, "Este camino, hijo mío, este camino".

Amplios y numerosos son los caminos que conducen a la muerte. Cuántas veces, atrapados por el brillo de alguna promesa actual de placer, nos desviamos por algunos de estos caminos, sólo para oír al Padre decir: "No lo debes hacer, hijo mío, no lo debes hacer." Si en lo que parece ser la pendiente soleada de la indulgencia sensual y egoísta vemos la señal de "No pasar por aquí", la mano del Padre la puso allí para devolvernos al camino que lleva a la fuente del sol.

Satanás nos tentaría siempre a olvidar el futuro, con sus ilimitadas posibilidades, en la búsqueda del presente voluble, con sus alegrías fugaces. Él nunca levanta la copa de cristal de la felicidad al labio humano, sino para arrojarla a los pies tan pronto como se beba una sola gota, y entonces se queda señalando los fragmentos rotos con una risa diabólica. Todos los anzuelos con los que tienta al alma a pecar no son sino la fabulosa bolsa de oro al final del arco de la promesa. A medida que perseguimos, el arco retrocede ante nosotros, y finalmente se pierde de vista en la negrura de la tormenta que se avecina, y hasta la promesa de placer se desvanece.

Así los hombres abandonan al Señor, la única fuente verdadera de agua viva, para seguir algún espejismo tentador en el desierto. Siguen y siguen, sin tener en cuenta las sombras que se alargan, estimulados siempre por una sed que sólo el agua viva puede satisfacer, y por la que Dios quiso conducirlos a él. El espejismo se desvanece con el sol poniente, y el alma se

encuentra sola en la oscuridad creciente, rodeada sólo por las arenas estériles de una vida mal empleada.

Escucha el testimonio de uno que ha recorrido este camino hasta el borde mismo del precipicio de la desesperación, aferrándose a cada nueva promesa y confiando al final solo en el consuelo del afecto humano. Mientras este último objeto de su esperanza y confianza se le escapaba de las manos, arrastrado irresistiblemente por la cruel garra de la tisis, se desprende de este lamento: --

*"¿Qué es nuestro amor con su tinte de lujuria,
Sus placeres que nos duelen, su dolor que nos enternece,
sino la alegría en un brazo lleno de polvo hermoso,
que se desmorona y vuela en las alas de los años."*

Dios no quiere que confiemos en estos placeres fugaces. Todo lo que hay de verdadera felicidad, incluso aquí, viene de él. Su ley revela esos principios, cuya obediencia hace posible la felicidad tanto aquí como en el futuro. Él está siempre tratando de persuadirnos de que vivamos y actuemos, no en el hoy y el mañana como vienen y van, sino en la eternidad con él.

Su ley es el camino de la santidad por el que caminarán los rescatados cuando regresen y lleguen a Sión con cánticos y alegría eterna, para obtener gozo y alegría, mientras huyen la tristeza y los suspiros. Es para volvernos a este camino que él, por amor, nos aflige aquí. Una vez en este camino, el sendero se eleva y se ensancha ante nosotros, llegando hacia arriba a través de vistas ilimitadas, hasta perderse en la gloria que rodea el trono.

Herbert Spencer, en sus "Datos de Ética", dice que la base de las distinciones éticas no es la voluntad revelada de Dios. El hombre no necesita tal revelación. Puede, a través de la experiencia, elaborar su propia ley. Luego continúa mostrando que todo principio justo es justo porque tiende a la felicidad de todos los seres inteligentes creados, y que todo principio erróneo es erróneo porque tiende a su miseria. Con esto cree haber eliminado la necesidad de una revelación de la voluntad divina; y como cree que no hay necesidad, niega el hecho de tal revelación.

¿Quién no ve que su lógica, en lugar de negar la necesidad de tal revelación, simplemente eleva esa revelación por encima del reino del mero decreto arbitrario, a la región del amor paternal? Es cierto que el niño, *si no muriera del cólera morbus*, podría haber descubierto con mucho dolor que comer fruta inmadura no conducía a la felicidad. El amor del padre le ahorraría esa pena. Si no existiera el diablo tentador, el hombre a través de incontables edades de sufrimiento, y cuando generación tras generación se hubiesen perdido irremediabilmente sin haber descubierto el camino correcto, -- el hombre podría por fin llegar a conocer algo de estos principios de los que depende la felicidad, y así "evolucionar su propia ley". Pero incluso entonces se encontraría tan atado por las cadenas de los malos hábitos ya contraídos, que el bien que quisiera hacer, no lo podría hacer; y así incluso entonces necesitaría un Salvador, y la revelación divina de él.

Dios, en la revelación de su ley, salvaría al hombre de todo esto, y daría al primer hombre una oportunidad de felicidad y vida eterna igual a la del último hombre, que una ciencia falsamente llamada siempre balbucea como la esperanza de las edades venideras, la corona de la evolución.

Sí, el camino de Dios es siempre el mejor, porque su camino es el del amor. El amor del Padre no se contenta con hacer posible la felicidad de la raza, después de siglos de miseria y



sufrimiento, sino también al individuo, y trae la posibilidad de felicidad sin fin a todo corazón hambriento. Este es el "por qué" de la ley de Dios. Por eso se la dio a Adán en el principio. Este "por qué", como el motivo de todo lo que hace Dios, es simplemente el amor, porque Dios es amor.

9. LA LEY DEL AMOR

" ¡Oh, maravillosa credulidad del hombre!

Si Dios se mantuviera en secreto, ¿podrías saber

O seguir al poderoso Artesano

A no ser que él lo quisiera?"

- Jean Ingelow.

Se ha dicho que deberíamos estar satisfechos con saber lo que Dios dice, lo *que* hace y lo *que* manda, sin preguntar *por qué*. Esto último, se piensa, sería hurgar impíamente en los secretos de Dios, y tratar de desentrañar sus motivos. La respuesta es que toda la vida de Cristo y toda la palabra inspirada es una revelación de los motivos de Dios; y Juan condensa toda esta revelación en una sola palabra cuando dice: "Dios es *amor*".

Podemos conocer los actos de un hombre hasta cierto punto y, sin embargo, no saber realmente nada del hombre. Sólo en la medida en que conozcamos los motivos que subyacen a estos actos, lo conoceremos.

Esto es tan cierto para Dios como para el hombre. Pero Dios nos ha invitado a conocerlo; ha querido revelarse a nosotros por medio de Jesucristo; y nos ha dicho que en él están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. El mismo Jesús dijo: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado". Así que este pequeño libro es un humilde esfuerzo por mirar debajo del "qué", y descubrir algo del "por qué" de los hechos y palabras de Dios.

Es cierto que este es un terreno sagrado, en el que hay que caminar, como lo hacía uno de los antiguos con los pies desnudos y la cabeza descubierta. También es cierto que es un misterio en el que los ángeles desean mirar; pero no es un misterio porque Dios nos lo oculte sino porque es el misterio de un amor que sobrepasa el conocimiento. Aquí hay profundidades y alturas y longitudes y anchuras que la eternidad no será lo suficientemente larga como para que podamos comprenderla por completo, pero ahora podemos conocerla por la fe. Es cierto que si Dios quiere mantener el secreto en algún punto, no tendremos temor de descubrirlo; pero él es la Fuente de la Vida, y ha dicho que quien quiera puede venir y tomar *libremente*.

El hijo sabe muy bien que cuando puede ver el amor en el mandato del padre, es mucho más fácil obedecer; así que cuando el mismo amor divino que dicta los mandatos de Dios se mete en nuestros corazones, sabremos, con Juan, que "este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos".

"No tendrás otros dioses delante de mí". ¿Por qué esta prohibición? Es cierto que Dios es nuestro Creador, y que a él debemos nuestro amor y adoración supremos. Es cierto que tiene derecho a ordenarlo, y que debemos rendirle porque él lo ordena. Ese derecho a ordenar nuestro amor y adoración se basa, sin embargo, en su amor por nosotros, del que este mismo mandato es una manifestación. ¿No hay aquí más razón que el hecho de que Dios, te-

niendo el deseo de ser amado y adorado, y teniendo derecho a nuestro amor y adoración, lo ordena?

Podríamos detenernos y preguntar por qué desea nuestro amor. Es sólo el amor el que anhela amor. El corazón que anhela con inexpresable ternura a otro encuentra en su propio amor la verdadera medida de su anhelo de retorno de amor. El lenguaje de Dios a Israel, al romper este precepto, fue siempre el del amor herido. "Mi pacto rompieron, aunque fui un esposo para ellos, dice el Señor."

"Convertíos, hijos descarriados, dice el Señor, porque estoy casado con vosotros." "Ciertamente, como la esposa se aparta a traición de su marido, así habéis hecho traición a mí, casa de Israel, dice el Señor." Todas estas expresiones revelan el amor anhelante de Dios que subyace en este precepto. Es el verdadero anhelo del amor verdadero por los afectos supremos del objeto amado.

Pero hay aquí un significado más profundo y amplio que éste. Así como la felicidad de la familia depende de que haya devoción mutua, así es con la familia universal de la que hemos hablado. Al contemplar la luna llena navegando por el cielo superior y derramando su suave luz sobre todo lo que le rodea, ¿nunca has pensado que algún amigo, aunque esté a miles de kilómetros de distancia, podría estar mirando en ese momento el mismo objeto? ¿Y no ha sido ese un cordón misterioso para acercar vuestros corazones, a pesar de la distancia y la oscuridad? Así que esa suprema mirada de amor lanzada por cada uno sobre el Dios único debía acercar los corazones de la humanidad y mantenerlos en una feliz unidad.

En una ocasión, mientras hacía colportaje en el oeste de Iowa, el escritor entró en una casa y comenzó a exponer su libro. No había avanzado mu-

cho cuando se produjo la siguiente conversación. El caballero de la casa, notando algo peculiar en su acento, dijo:

"Usted es un yanqui, ¿verdad?"

"Sí; ¿lo ha descubierto por mi forma de hablar?" "Sí; ¿de qué Estado es usted?"

"De New Hampshire."

"¿De veras? ¿De qué condado?" "Condado de Hillsborough."

"¡Quiero saber! ¿Alguna vez conociste a un hombre llamado Hanson, que vive en la antigua granja de Horace Greeley en Amherst?"

"Sí, es un amigo mío. Cené con él en la vieja casa de madera no mucho antes de llegar al Oeste."

Se levantó de su asiento, y extendiendo su mano, que yo tomé, mientras sus labios temblaban y las lágrimas corrían por su rostro, dijo: "Ese hombre es mi hermano. Hace treinta años que no lo veo. Esposa, ¿no está la cena preparada? Me llevaré ese libro, Sr. Fifield, y usted debe quedarse con nosotros a cenar."

Yo era un perfecto desconocido para aquel hombre, pero me trataba como a un hermano. Quería que me quedara con él una semana, y que viniera a verlo cuando pudiera. ¿Qué nos hizo conocernos de inmediato y unir nuestros corazones? Teníamos un objeto común de afecto, y cada uno conociendo y amando a la misma persona, nos conocimos y amamos el uno al otro. Así, uniendo a todos los hombres en el culto amoroso a un solo Padre, Dios haría de todos ellos una feliz familia de hermanos y hermanas.

Para ilustrar esto, hay una pequeña historia de un pobre vagabundo que fue admitido una fría mañana en la puerta trasera de una casa por un ministro, que le dio un mendrugo muy pequeño y muy seco, y luego comenzó a interrogarlo. El muchacho era muy ignorante, y el ministro comenzó a hablarle de Dios. Él le dijo que Dios era el Creador, que había hecho todas las cosas y que vivía en el cielo. El niño, hambriento, trató de comer la corteza, sin apenas darse cuenta de lo que se decía. Finalmente, el ministro hizo el comentario casual de que Dios era nuestro Padre. Esto llamó la atención del niño. Dijo: "¿Es tu Padre?". El ministro respondió: "Sí". "¿Es mi Padre?" De nuevo el ministro dijo: "Sí." El niño pensó un momento, y luego dijo: "Tú y yo somos hermanos, ¿no?" De mala gana, el ministro dijo: "Sí". Entonces dijo el niño: "¿No te da vergüenza darme un mendrugo tan seco?"

Esta historia, por simple que sea, puede traer convicción y condena a muchos de nosotros. ¿Hemos apreciado la gracia de la bondad fraternal para todos? ¿hemos sentido, al considerar a Dios como nuestro Padre, nuestra relación y nuestro deber para con todos sus hijos? Esta pequeña historia lleva en sí el principio del primer precepto; y en resumen, de todos los diez, pues todos están incluidos en la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. El incumplimiento de este precepto ha llevado a la adoración de diferentes dioses. Esto ha dividido al mundo en diferentes familias y diferentes naciones, cada una con sus propios dioses, y cada una diciendo que los dioses de las otras naciones no son dioses, cada uno de ellos tiene su propia hermandad para su pequeña tribu o clan, pero negándola a todos los demás. Así, el mundo se ha llenado de guerras y derramamiento de sangre. Los hombres han luchado porque estaban celosos por la preeminencia y la supremacía de sus dioses; y así los mismos dioses que sus miedos y supersticiones crearon, han participado en la destrucción de la vida humana.

No es demasiado decir que se ha causado más miseria por la violación directa de este mandamiento que por todo lo demás. En efecto, cuando recordamos que los otros nueve mandamientos no son más que indicaciones especiales para la observancia de los dos principios contenidos en este precepto, veremos entonces que todo pecado, y por tanto toda miseria, es el resultado de la violación de este mandamiento.

Dios conocía desde el principio el inevitable resultado que implicaría para sus hijos el alejarse de él. No había egoísmo en el amor que dijo: "No tendrás otros dioses delante de mí". Fue Jesucristo quien retomó este precepto y nos enseñó a decir: "Padre nuestro que estás en el cielo". Él quiso realizar en la iglesia lo que se habría realizado en el mundo si no hubiera sido por el pecado. A esa iglesia le dijo: "No llaméis a nadie vuestro padre en la tierra porque uno es vuestro Padre, el que está en el cielo". "No os llaméis Rabí, porque uno es vuestro Maestro, Cristo, y todos vosotros sois hermanos."

Con nuestro divino Señor, Dios fue siempre "Padre nuestro", un Padre que se deleitaba en dar buenos regalos a sus hijos, un Padre que alimentaba al cuervo y vestía de belleza al lirio, y sin el cual no cayó ni un gorrión a la tierra. Toda la vida de Jesús fue una ilustración de este precepto. Para él todos los hombres eran hermanos y trató de llevarlos a reconocer esa hermandad. Aunque él salió de la gloria inefable que tenía con el Padre antes de que los mundos fueran, se rebajó a nuestras necesidades y no se avergonzó de llamarnos hermanos.

Ojalá todos fuéramos como él; entonces podríamos llevar a los hombres y mujeres hambrientos y cansados del mundo a Jesús, esa manifestación del amor divino, donde nacidos de nuevo del único Padre, podrían llegar a ser miembros de la única y verdadera hermandad. Ojalá podamos realizar esta hermandad más en nuestras iglesias, para que la respuesta compasiva de corazón a corazón pueda siempre esparcir una lágrima por el dolor de los

demás, y una sonrisa por la alegría de los demás. Entonces, nuestros corazones no estarían, necesariamente, mirando hacia arriba con el lento fuego del dolor, ardiendo en la oscuridad; pero incluso aquí, como Él lo diseñó, podría haber una imagen del cielo en la tierra, un lugar donde pudiéramos encontrarnos, no solo cara a cara, sino también de corazón a corazón, y conocer como somos conocidos. El amor que nos daría esta alegría se revela en el primer principio del Decálogo e ilustrado en la vida de Jesucristo.

El "por qué" de ese mandamiento es el amor, porque "Dios es amor".

10. LOS DOS CAMINOS

"Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan."

Mt. 7:13,14

Habiendo visto que la observancia del primer precepto del Decálogo es absolutamente indispensable para la felicidad de los seres inteligentes, veremos también lo mismo de todos los demás. En efecto, los tres mandamientos restantes de la primera tabla no son más que guardias contra el alejamiento del culto amoroso al Padre único; y los seis preceptos de la última tabla son indicaciones indispensables para preservar la armoniosa unidad de la única hermandad.

Pero, ¿quién es este Padre único? - Es el Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas. Por lo tanto, todo abandono de su culto por el de otro

dios no puede ser otra cosa que el abandono del Creador por lo creado, un olvido del obrero en una falsa admiración por la obra.

Toda obra comienza en la mente del obrero. Por grande y maravillosa que sea, no es más que una revelación de esa mente que, siendo capaz de concebir y ejecutar tal obra, es aún más maravillosa. Toda verdadera apreciación de las obras de Dios, en su infinita variedad y belleza, no es más que una escalera dorada y glorificada, sobre la cual, subiendo sin aliento, la mente no se detiene hasta que, en la cima, cargada de inexpresable e incesante admiración exclama: "¡Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso!" "Digno eres, Señor, de recibir la gloria, el honor y el poder; porque tú has creado todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron creadas." Toda idolatría es una pausa en algún lugar de este ascenso, para dar la suprema adoración y amor a algún objeto pasajero, en vez de subir hacia él.

Luego, no sólo están las obras de Dios, sino también las obras de Satanás, que son simplemente una deformación de las obras de Dios, siendo Satanás mismo la principal deformidad. Desde el punto en la ascensión hacia Dios donde la mente se detiene, rehusando ascender más alto, Satanás la conduce de la admiración de las puras obras de Dios a la de sus propias obras deformadas, y luego gradualmente hacia abajo, hacia él.

Los preceptos segundo y cuarto del Decálogo fueron diseñados para ser barreras seguras contra este pecado. El sábado era un memorial semanal de que el único Dios verdadero, el único digno de adoración, era el Creador de todas las cosas. "Acuérdate del día de reposo para santificarlo." ¿Por qué? "Porque en seis días hizo Jehová el cielo y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo, y lo santificó." Dondequiera que en la Biblia el objeto del escritor es distinguir entre dioses falsos y el Dios verdadero, se alude a este hecho. Pablo dice: "Toda casa es edificada por algún hombre; pero el que edificó todas las

cosas es Dios." Jeremías dice: "Los dioses que no han hecho los cielos y la tierra, ellos perecerán de la tierra y de debajo de estos cielos. El hizo la tierra con su poder, el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos por su discreción."

A los idólatras atenienses, que, temiendo pasar por alto el culto a alguna deidad e incurrir así en su ira, habían erigido un altar con la inscripción, "Al Dios Desconocido", Pablo dijo: "A quien, pues, adoráis ignorantemente, a él os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él."

Es un hecho maravilloso que las naciones paganas hayan admitido casi siempre que sus dioses formaban parte de la creación, y que han tenido una idea de otro dios detrás de ellos, y por encima de ellos, que era el Creador. Si los hombres hubieran guardado siempre el Sábado en su verdadero espíritu, esta falsa adoración habría sido imposible. Cada semana todos los hombres habrían conmemorado el hecho de que el único Dios verdadero y Padre de todos era el Creador. Y así habrían continuado adorando al único Dios, al único Padre.

Iba a ser un día para que todas las mentes subieran juntas esa escalera de oro, y encontraran juntos la comunión gozosa en él. Dice el salmista, en ese cántico para el día de reposo: "Tú, Señor, me has alegrado con tus obras. ¡Oh Señor, ¡qué grandes son tus obras! Y tus pensamientos son muy profundos." Este es el verdadero espíritu del día de reposo, un día para olvidar el mundo y sus preocupaciones, mientras alma con alma nos elevamos para respirar el aire puro de las alturas celestiales.

Siempre ha habido dos caminos: el estrecho y angosto, que conduce hacia arriba; y el camino ancho, que lleva hacia abajo. Cuando los hombres adoran al Creador, su obra está a su alrededor, para mostrarles que es más alto de lo que ellos sueñan acerca de él. Hay una infinidad en cada sol y estrella y mundo, en cada hoja y planta y flor, que el hombre no puede com-

prender. Si la mente no puede comprender la obra, ¿cómo puede comprender al obrero? ¿Cómo puede hacer otra cosa que decir con humilde devoción: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso." Debe recordar que su más alto ideal de él es todavía sólo una idea, y que Dios es mucho más alto y grandioso. Como al contemplar nos convertimos en su semejanza, hasta que nos acercamos a ese ideal, ahora podemos construir ese ideal más alto y verdadero. Y así el alma se lanza a otro vuelo, siempre hacia arriba, hacia arriba, de fe en fe, de gloria en gloria, hasta que, perdidos en la ilimitada distancia glorificada, seamos perfectamente transformados a su imagen.

Al santificarnos así por medio de su verdad, no sólo nos hacemos uno con él, sino uno con los demás. "Santifícalos en tu verdad, para que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros." Estas son las palabras de Jesús, y este es el espíritu y el objeto de todo verdadero culto. Cuanto más nos acercamos a Él, más nos acercamos los unos a los otros.

Cuanto más lo poseemos como Padre, más nos poseemos unos a otros como hermanos y hermanas, hasta que, cuando la obra esté terminada, Jesús diga: "En aquel día conoceréis que yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros."

¡Oh, qué dichosa unidad! Este es el camino que conduce hacia arriba, en gozo creciente hacia Dios. Por eso el Padre dijo de su camino: "Tú harás." El "por qué" era el amor, porque Dios es amor.

Pero hay otro camino en el que los hombres siempre han sido propensos a caminar. Han adorado y servido más a la criatura que al Creador. No solo se han detenido, en la ascensión, a adorar lo creado, sino que han simbolizado lo creado por las obras de sus propias manos, y luego adorado su propio ideal así representado. Así, primero se negaron a glorificar a Dios como

Dios, creyendo que era aún más elevado y mejor que su concepción actual de él, y así caminar hacia adelante y hacia arriba en la luz de apertura de su verdad. Al contrario, profesándose demasiado sabios para caminar así, hicieron lo que los hombres siempre hacen cuando escriben su credo: dijeron en sus corazones, "Él no es más alto que nuestro presente conocimiento de él;" y así se volvieron necios al cambiar la gloria del Dios incorruptible por una imagen hecha primero a semejanza del hombre corruptible, luego de bestias cuadrúpedas y reptiles, hasta llegar a la misma serpiente antigua, que es el diablo y Satanás.

Así Satanás fue puesto en el lugar de Dios; y los hombres, al adorarle, en lugar de ser llevados a las alturas, a la unidad en él, fueron llevados hacia abajo a toda deformidad y contienda, aborreciéndose y odiándose unos a otros, hasta que la mano de cada uno fue puesta en contra de su prójimo, y la imaginación de los pensamientos del corazón de los hombres era el mal y solamente el mal. Este era el camino descendente que conducía a la miseria y a la muerte. Dios sabía de antemano el resultado de cada acción. Por eso dijo en el segundo mandamiento de este curso. "No te harás." El "por qué" era amor, pues Dios es Amor.

Por la misma razón el tercer precepto del Decálogo ordena un uso reverencial del nombre de Dios, para que este nombre sagrado tenga siempre un poder de engendrar en nosotros concepciones más elevadas y verdaderas del objeto nombrado, elevándonos así a la unidad con Él y entre nosotros. Entre estos dos caminos, el uno que conduce siempre hacia arriba a alturas ilimitadas de vida, de alegría y de gloria, y el otro hacia abajo, a través de las tinieblas, hacia la muerte, Dios estableció la institución del sábado. Su objetivo era obstruir el camino de la senda descendente y desviar los pies de los hombres hacia el camino ascendente.

Por esto puede verse el designio maligno de Satanás al arrancar esa institución de su lugar y poner una falsa en su lugar. Así como el verdadero sábado es un poder del Creador para elevarnos siempre hacia él, así el falso sábado es un símbolo del poder de lo creado (de aquel que pensó en exaltarse a sí mismo por encima de todo lo que se llama Dios o que es adorado) para arrastrarnos a la muerte. ¿Por dónde iremos, por el camino del amor, de la luz y la gloria, o el camino de las tinieblas, la discordia y la muerte?

II. EL DISEÑO DE LA LEY.

*"Amplio como el mundo es tu mandato,
Vasto como la eternidad tu amor;
Firme como una roca permanecerá tu verdad,
Cuando los años dejen de moverse".*
-- Isaac Watts

La primera tabla de la ley fue diseñada, al mantener a los hombres en la adoración del Dios y único Padre, para unirlos en una sola familia y elevarlos cada vez más alto, hacia la realización de todo el gozo y la paz posibles.

La segunda tabla de la ley fue escrita por el mismo dedo y salió del corazón del mismo Padre amoroso. Es simplemente su declaración de los pocos y breves principios que subyacen a toda posible unidad familiar y felicidad en la relación del hombre con el hombre. Esto es demasiado evidente como para necesitar ningún argumento. Incluso la ley civil impone, en cierta

medida, la observancia externa de la letra de estos preceptos como base de la sociedad civil. Sobre esta observancia externa la sociedad civil descansa, y sin ella todo el tejido social se desmoronaría.

La diferencia entre la civilización y el salvajismo absoluto del peor tipo es simplemente una diferencia que se hace posible gracias a esa observancia externa. Cuando la mayoría del pueblo, por su propia voluntad, al menos externamente, observa estos mandamientos, y, combinándolos juntos forman una influencia lo suficientemente fuerte como para mantener a raya a la minoría díscola, entonces, y no hasta entonces, la civilización es posible. Pero si la gran diferencia entre la civilización y el salvajismo se debe a la observancia externa de la letra de esa ley, aun cuando esa observancia sea de la letra de la ley, incluso cuando se impone a la minoría, ¿qué puede decirse del posible gozo en ese estado ideal en el que todos, por su propia voluntad, cumplen no sólo la letra sino también el espíritu de la ley? ¡Qué dichosas amistades, qué perfecta seguridad y confianza en todos! En efecto, los habitantes de ese país podrían "habitar con seguridad en el desierto, y dormir en los bosques." En la medida en que nos elevamos por encima de la mera observancia externa a lo espiritual, nos elevamos por encima de lo puramente civil a lo cristiano.

Fue por medio de Jesucristo que se nos dio el Espíritu Santo, para escribir la ley, no sólo en la letra y en las tablas de piedra, sino en el espíritu y en las tablas de carne del corazón. En todo esto, Dios no sólo tuvo en cuenta su propio placer, sino la felicidad de sus hijos. Ambos eran idénticos, pues Dios es amor. Repito: el mayor placer posible de Dios es idéntico a la mayor felicidad posible de todas sus criaturas. La familia más feliz, en igualdad de condiciones es la que más honra a su padre y a su madre. El escritor recuerda algunas familias de este tipo, con las que ha tenido el privilegio de habitar durante un tiempo, -- las recuerda como oasis en el desierto de la vida, como

puntos brillantes donde el cielo ha bajado y tocado esta tierra. Si la obediencia a este precepto hará feliz a una familia, ¿no lo hará a dos? ¿No lo hará a tres? ¿No lo hará a todas? Por eso Dios lo ordenó.

El mandamiento "No matarás", que en el espíritu significa "no odiarás", protege la alegría de vivir.

"No cometerás adulterio", guarda las alegrías sagradas de la relación familiar.

"No robarás", protege el derecho y la alegría de la propiedad.

"No darás falso testimonio." Esto protege el derecho a la propiedad, y las alegrías de la amistad y la reputación.

"No codiciarás", prohíbe el fomento del primer germen del deseo que conduce a todo el mal y a toda la miseria.

¡Cuánto cuida nuestro Padre de nosotros! Cuánto desea para nosotros el mayor gozo posible. Esta es la solicitud del amor.

A causa de la ruptura de estos preceptos, el mundo se divide en los pobres, con la interminable y agotadora lucha por la existencia; y los ricos, con la inquietante preocupación por el oro incontable, -- ansiedad y desasosiego en ambos extremos, en lugar de abundancia y placer para todos. Debido a la violación de estos principios, el mundo no tiene para nosotros ni una sola alegría segura, ni una esperanza que no engañe, ni un solo placer que no vaya acompañado de su posible dolor. La transgresión de estos mandatos ha hecho necesarias nuestras prisiones, nuestros manicomios y nuestros asilos; ha puesto cerraduras no sólo en nuestras casas y tiendas, sino también en nuestros corazones.

Cuántas veces nos vemos obligados a recorrer nuestro camino solos y solitarios, aunque en medio de la multitud y del gentío de los hombres. Ningún ojo humano ve nuestro dolor ni simpatiza con nuestro gozo; el templo

sagrado del corazón se mantiene abierto sólo para las pisadas fantasmales, nosotros, los únicos adoradores en el santuario de sus recuerdos. Si, por casualidad, para algún amigo de confianza la puerta exterior se deja por un momento entreabierta, se cierra apresuradamente y enrejada, no sea que alguna mano vandálica arrebate, para la mirada vulgar, el cuadro de la pared o la estatua de su nicho.

Ah, qué diferente es esta vida que estamos obligados a llevar aquí, a causa del pecado, de la que hubiera sido posible si estos principios hubieran sido siempre la regla de la acción humana. Es cierto que el Espíritu Santo, si lo invitamos, hará de este templo del corazón su morada, e incluso ahora lo llenará e inundará con la luz de ese otro mundo donde todos nuestros ideales y aspiraciones se realizarán, y más que se realizarán, en él. Todavía el corazón anhela la simpatía humana. ¿Acaso Jesús, en la hora más cercana a Dios, no se acercó con anhelo humano a sus discípulos, y dijo "Padre, aquellos que me has dado quiero que también estén conmigo donde yo estoy?"

El mundo vive en abierta indiferencia al espíritu, si no a la letra, de estos preceptos - viviendo en envidia y celos, en contienda y lucha por la vanagloria, llenos de odio y odiándonos unos a otros. Pero Jesucristo dice de su iglesia: "No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo." han sido elegidos del mundo, para tener esta ley escrita en sus corazones, y andar por el camino de santidad con él. Ese camino es el camino de la paz, porque Jesús es el Príncipe de Paz. Cada paso del camino los acercará no sólo a Dios, sino más cerca uno del otro.

Incluso aquí se puede ver a los redimidos del Señor regresando y viniendo a Sión con cánticos y gozo eterno en sus corazones. Pero si las penas llegan, nosotros también llevaremos las penas de los demás, y "de corazón a corazón, aguantaremos las sombras hasta que las nieblas se hayan disipado." Este es el principio que subyace en la ley: el amoroso deseo del Padre por el

bienestar y la felicidad de sus hijos. Cada jota y tilde fue dictada por el amor, porque “Dios es amor”.

Aquí hemos tocado una base que el anti-nomianismo nunca puede tocar; ahora sabemos por qué la ley nunca puede cambiar; es porque su amor nunca cambia. Él es el mismo ayer, hoy y siempre; y nos ha amado con un amor eterno. Jesús dice: “Es más fácil que pasen el cielo y la tierra, que falte una tilde de la ley.” Esto no es una hipérbole; es la simple declaración de un hecho que podemos entender. Hubo un tiempo en que el cielo y la tierra no existían. Es concebible que llegue de nuevo el momento en que no vuelva a existir. El Dios que los hizo podría destruirlos. Esto es pensable, pero es absolutamente impensable que algún mundo alguna vez haya existido o pueda existir, poblado con seres inteligentes, donde la obediencia a estos principios no condujera a la alegría, y la desobediencia de ellos a miseria y muerte.

No es concebible que Dios pueda tener una idea del derecho en Júpiter y otra en Saturno, y otra en otro lugar. Él es el mismo Dios, no sólo ayer, hoy y siempre, pero, como en todas partes en el tiempo, así en todas partes, en espacio, desde el centro de los centros hasta el borde exterior de su gobierno moral para todas sus criaturas moralmente responsables. Como los diferentes estados de nuestra Unión se rigen por la misma ley federal del capitolio, así todos los mundos son gobernados desde su trono. Su sábado puede no coincidir con el nuestro en tiempo absoluto, pero el principio es el mismo. El que descubrió el plan de una flor descubrió un plan que recorre todo el reino floral. hay una infinidad de variaciones, es cierto, pero el plan sigue siendo el mismo. Entonces el plan de un animal recorre todo el reino animal, y sobre este hecho se funda la ciencia de la anatomía comparada.

La Biblia nos da, en un lenguaje sencillo, el plan de Dios al crear los mundos, poblándolos, y poniéndolos bajo su gobierno moral. Puede haber variaciones en los detalles, pero el principio es el mismo. Ni siquiera Dios

mismo podría cambiar la ley y seguir siendo Dios. La palabra "Dios" significa el bien. Dios es el Bien supremo y omnipresente. Porque en él están todos los tesoros de sabiduría y conocimiento, y todo el verdadero aprendizaje no es más que descubrirlo a Él; así, que en Él está toda la bondad, y todos, llegando a ser buenos, es simplemente llegar a ser como Él. La ley es un registro de la bondad de Dios, del carácter de Dios; por lo tanto, como dice David, "es perfecta, como él es perfecto." Cuando Salomón dice: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre", es sólo otra forma de decir que todo el deber del hombre es ser como su Hacedor. La vida de Dios, en cuanto a los principios morales, está escrita en esa ley, y fue vivida en la tierra por Jesucristo.

Como esa ley es la voluntad y el carácter de Dios, ni siquiera él puede cambiarla sin cambiarse a sí mismo. Pero como ahora incluye toda la bondad, no puede cambiarse a sí mismo sin cambiar al mal. Pero para que Dios se convierta en malvado sería que dejara de ser Dios, pues la palabra "Dios" significa bien. Si Dios mismo cambiara, y mandara lo que ha prohibido, y prohibiera lo que ha ordenado, no cambiaría las tendencias subyacentes de esos preceptos a la felicidad o a la miseria. Cambiaría a Dios en la encarnación de todo el mal, en lugar de todo el bien. Él estaría entonces trabajando para la miseria de todos sus hijos, como ahora lo hace para su felicidad y alegría. Entonces sería cierto que Dios era odio, como ahora es cierto que Dios es amor.

Todo el argumento de la absoluta estabilidad y perpetuidad de la ley de Dios se basa en una verdad axiomática. Como es totalmente inconcebible para la mente humana que pueda haber un mundo en el que, o un tiempo en el que, dos y dos sean cinco en lugar de cuatro, así es impensable que pueda haber un mundo en el que, o un tiempo en el que estos principios, si se obedecen, no conduzcan a la unidad y a la felicidad, y si se desobedecen, a la división, la discordia, la miseria y la lucha. Se leen sobre el amor, y el amor

nunca falla. "Si hay profecías, fallarán; si lenguas, cesarán; si hay conocimiento, se desvanecerá", pero en el pleno amanecer de ese día más luminoso, ante el cual el conocimiento del presente se desvanecerá como la luz de la vela ante el sol naciente, el amor será la regla de acción para todos; y estos son los principios del amor.

12. CÓMO EL HOMBRE MALINTERPRETÓ A SU HACEDOR

*"Ningún arroyo desde su fuente
Fluye hacia el mar, por solitario que sea su curso,
Sin que alguna tierra se alegre.*

*No hay estrella que se levante Y se ponga, sin influencia en alguna parte.
¿Quién sabe lo que la tierra necesita de la criatura más humilde de la tierra?
Ninguna vida puede ser pura en su propósito y fuerte en su lucha,
Y toda la vida no ser más pura y más fuerte por ello."*

-- Owen Meredith.

*"Nuestros ecos ruedan de alma en alma.
Y crecen para siempre jamás". - Tennyson.*

No hay más que dos caminos en la vida para que los hombres viajen, aquél que lleva hacia arriba con felicidad que aumenta constantemente, a Dios, el otro hacia abajo a través de la oscuridad y hacia la muerte. El primer camino es el de la ley de

Dios. A menudo oímos decir a los hombres cuando han hecho algo peculiar: "Bueno, ese es mi camino". Esta ley es el camino de Dios. Es el camino de los ángeles, y por eso son felices. Esta es la ley de la libertad. Define los límites de los derechos de cada persona. *Fuera de su camino*, los hombres tienen que sufrir, no sólo por sus propias fechorías, sino también por los pecados de los demás, -- no sólo pecan, sino que se peca contra ellos; de este modo pueden caminar como hermanos, en armonía, unidad y alegría.

No hay, ni puede haber en ninguna parte del universo, verdadera felicidad que no sea la de caminar así. Por eso Dios, en "Fidelidad y verdad" nos aconsejó a todos caminar de esta manera, y sus consejos son "maravillosos en sabiduría y excelentes en su obra".

Todo esto y más vio David cuando dijo: " Bienaventurados [o felices] los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová." No es de extrañar que oró, como es nuestro privilegio también orar: "Enséñame, Señor, el camino de tus estatutos y los guardaré hasta el fin". "Hazme seguir la senda de tus mandamientos, porque en ellos me complazco."

Todo desvío de este camino es seguir los consejos de los impíos hacia el dolor y la muerte. Así fue como nuestros primeros padres siguieron los consejos de Satanás; y la raza, que podría haber subido, antes de esto, a alturas indecibles de gloria y alegría, ha seguido el camino descendente hacia la miseria y el dolor. No es que Dios esté arriba y con mano arbitraria y vengativa derrame su cólera sobre los pecadores, sino que es el alejamiento de los simples lo que los mata. Ellos simplemente "comen del fruto de su propio camino," y esto porque ellos "no quisieron" los consejos de Dios, y despreciaron sus reprensiones.

Este es el único punto que Satanás siempre ha tratado de ocultar de nuestros ojos, para hacernos descender. Siempre nos ha engañado con la

promesa del placer, pero el seguimiento de sus consejos sólo trajo dolor. Entonces, señalando la miseria que resultaba de nuestras propias acciones, dijo: "Mirad, Dios está enojado y vengativo, o no permitiría que esto os sucediera".

Puede ser que nuestro dolor no sea el resultado de nuestro propio pecado, sino de los pecados de los que nos rodean. El hombre no es un ser solitario, sino social. "Ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nadie muere para sí mismo", dice Pablo; y en esto están las profundidades de la filosofía. El hombre más egoísta no vive para sí más que el más desinteresado, más altruista; la diferencia está sólo en la naturaleza de su influencia sobre los que le rodean. Una vida es una bendición, la otra una constante amenaza y maldición. Una piedra arrojada a un lago provoca una serie de círculos que se multiplican y agrandan constantemente. Pueden volverse invisibles para nosotros pero si nuestra vista fuera lo suficientemente perfecta, descubriríamos que no cesaron hasta que ondularon las aguas contra la orilla más lejana.

La Biblia representa a menudo la masa de la humanidad como un lago o mar de aguas. La vida de cada hombre es una burbuja sumergida en su océano. Para bien o para mal, para alegría o dolor su influencia se extiende de alma en alma en círculos cada vez más amplios, que no cesan hasta alcanzar el margen extremo de la vida humana. No podemos vivir, pensar y actuar solos. Somos partes de un gran todo, y nuestra vida afecta a toda vida.

He aquí la terrible injusticia del mal. No fue sólo Jesús quien sufrió, ese inocente por el culpable. Todos tenemos que cargar con los pecados y las penas de los que nos rodean. Dios lo sabía cuando en amor señaló el camino correcto. Satanás lo sabía cuando en odio maligno a Dios condujo al hombre por el camino descendente. Ahora, observando, descubre alguna pobre alma inocente sufriendo en agonía el resultado de los pecados de los que le rodean. El corazón afligido busca elevarse con fe temblorosa al consuelo de la conciencia de que Dios es amor. Pero Satanás susurra: "¿Qué has hecho para su-

frir tanto? Qué injusto es Dios al permitir esto? Seguramente no puede amar-te, o esto no sería así". Así Satanás acusa siempre a Dios de los resultados que han tenido los hombres por rechazar el consejo de Dios. Con razón Santiago nos amonesta: "No erréis, amados hermanos míos. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación."

Satanás siempre ha estado llevando a los hombres a errar aquí, y así los ha cegado al amor de Dios, y ha engendrado en ellos odio a Dios, en lugar de amor. Nosotros hemos visto que el amor a Dios, Padre único, incluía el amor a los hombres, sus hijos, y es, por tanto, el cumplimiento de toda la ley. Así, el odio a Dios incluye odio a todas sus criaturas, y es la violación de toda la ley. Por el pecado vino el dolor y la muerte sobre todos. Por el dolor y el sufrimiento vino la idea de que Dios está enojado y nos castiga injustamente, a los inocentes con los culpables. Así llegó al corazón humano el odio en lugar del amor. Pero el odio lleva a más pecado, a quebrantar todos los preceptos de la ley divina. Así pues, por el odio vino más pecado; y por el pecado más sufrimiento, y por su causa y su medio más odio, y a través del odio más pecado, girando en el oscuro círculo del odio creciente, y del pecado creciente, y de la creciente miseria, odiosos y odiándose unos a otros, la mano de cada hombre contra su prójimo, las imaginaciones de sus pensamientos sólo al mal, y al mal continuamente. Esta es la tendencia acumulativa descendente del pecado.

Además, a través del pecado vino una mala herencia. Los hombres nacieron con la tendencia a pensar mal y hacer el mal. A través de esto vino después un ambiente maligno, ejerciendo su influencia maligna sobre el niño desde sus primeros momentos de conciencia. Así, cada inmersión más profunda del alma en el pecado traía una peor herencia, y esto trajo un ambiente peor, y éstos trajeron el pecado de los hombres para bajar aún más el nivel

tanto de la herencia como del ambiente. ¡Ah, ¡este fue el camino descendente hacia la muerte!

Y Satanás estaba todo el tiempo achacando toda esta miseria al olvido de Dios o a su odio e ira. ¡Con razón perdieron los hombres el conocimiento del Dios verdadero! ¡Con razón lo rebajaron cada vez más a la encarnación de todo el mal, en lugar de todo el bien! ¡Poniendo así al diablo en el lugar de Dios! Y así lo hicieron, pues todo paganismo era en parte adoración al diablo. Pablo dice, "Las cosas que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios, y no a Dios". Así los hombres se alejaron de Dios. No es que Dios dejara de amarlos, sino que ellos dejaron de amar a Dios; y dejando de amar al único Padre, dejaron de amarse unos a otros. El pecado levantó un alto muro, o separación, entre el hombre y Dios, y entre el hombre y el hombre.

Dios no necesita reconciliarse con el hombre, pues, como el amor de la madre, su amor nos sigue siempre, incluso cuando estamos en el camino hacia abajo, tratando de llevarnos a Él. Pero el hombre necesita reconciliarse con Dios. De alguna manera debe haber una expiación. *No es que la ira de Dios deba ser satisfecha, de modo que vea con buenos ojos al hombre ofensor, sino que el amor de Dios debe ser tan manifiesto, a pesar de la existencia del sufrimiento y del pecado, que los hombres se vuelvan como la flor hacia el sol. El poder del sol para calentar la tierra después de la noche de tormenta es su poder de hacer brillar para que la niebla y las tinieblas desaparezcan, para que los hombres contemplen su rostro glorioso. Así el poder de Dios para calentar los corazones fríos y duros de los hombres en un nuevo amor y vida es su poder para desaparecer la niebla y las tinieblas casi impenetrables, para que los hombres lo vean tal como es y sepan que Dios es amor.*

Esta es la obra de Cristo, el Sol de justicia. Cómo la realiza trataré de mostrarlo en los capítulos sucesivos. Alabémosle aquí porque su amor no nos abandonó cuando estábamos alejados de él, sino que estando muertos en pecados, por su gran amor con que nos amó, nos dio vida con Cristo, para que por esta manifestación de su inmerecido favor nos salvara. "De tal manera amó Dios al mundo." La palabra "mundo" aquí es cosmos, que significa orden, armonía, disposición. Pero el mundo estaba fuera de orden, y fuera de armonía, casi un caos en lugar de un cosmos. Dios creó el mundo para su placer, para su gloria; pero todos pecamos y estamos destituidos de la gloria de Dios. Su elevado ideal seguía sin realizarse en nosotros. Todo lo que no fuera amor divino nos habría abandonado a nuestra suerte, a la destrucción sin esperanza de las tendencias descendentes culminantes de miseria y pecado.

Aquí el amor de Dios nos miró, no como éramos, sino como podemos llegar a ser. Nos contempló, no en las tinieblas del pecado presente, sino en la gloriosa luz del futuro posible. Bajo el caos, contempló el cosmos, cada criatura en bendita unidad, diciendo: "Bendición, honor, gloria y poder sean a Él, al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos." Todavía, su amor se aferró a nosotros, y dio a su Hijo para llevar a cabo esta posibilidad en nosotros. De esto habla Pablo cuando dice: "Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse."

¿Qué es este amor de Dios, sino el amor paternal y maternal que sigue siempre al hijo descarriado en todos sus extravíos, que lo sigue aunque el mundo lo haya abandonado y desechado, creyendo siempre en un futuro posible para él que el mundo no ve, y busca siempre, con amor y anhelo casi infinitos esa posibilidad en él? Esto es lo que Dios quiere decir cuando dice: "La madre puede olvidar a su hijo, pero yo no te olvidaré".

¡Qué consolador es saber que Él nos mira ahora siempre así, no contemplando nuestros pecados y el caos de las pasiones humanas y del egoísmo que reina en nuestro interior, sino la belleza ideal del carácter para el que nos hizo y que siempre trata de hacer surgir en nosotros! ¡Ah! ¡Esto es amor, pues Dios es amor! Como dijo al mar encrespado por la tempestad, así espera Jesús al alma encrespada por la pasión, y espera en el amor, para decir: "Paz, tranquila" -sólo espera el ojo levantado de la fe y la confianza que clama: "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?".

13. LA EXPIACIÓN

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra", - Pablo

La palabra "expiación" significa unión. El **pecado había traído la miseria, y la miseria había traído una incomprensión del carácter de Dios.** Así, los hombres habían llegado a odiar a Dios en lugar de amarlo; y odiándolo, al único Padre, los hombres también odiaron al hombre, su hermano. Así, en lugar de la única familia y el único Padre, los hombres estaban separados de Dios y de los demás, y apartados por el odio y el egoísmo. Debe haber una expiación.

La expiación sólo puede hacerse revelando el amor de Dios, a pesar del pecado y el dolor, para que los corazones de los hombres sean tocados por la ternura; y ellos, siendo liberados de los engaños de Satanás, puedan ver cuán completa y terriblemente han malinterpretado al Divino, y así han despreciado el Espíritu de su gracia. Así podrán ser conducidos, como hermanos que regresan, a la casa del Padre en feliz unidad.

La expiación no es para apaciguar la ira de Dios, para que los hombres se atrevan a acudir a él sino para revelar su amor, para que *puedan venir a él.* No fue Cristo reconciliando a Dios con el mundo, sino Dios en Cristo

reconciliando al mundo a sí mismo. En ninguna parte se dice que Dios necesitaba reconciliarse con nosotros; él dice: "No os he abandonado, sino que vosotros me habéis abandonado." Y Pablo dice: "Os ruego en nombre de Cristo que os reconciliéis con Dios." Esta era la pregunta que necesitaba ser respondida: ¿Cómo puede ser que Dios sea nuestro Padre, y que él es amor, cuando sufrimos tanto, y a menudo tan injustamente, y sin embargo ninguna voz rompe el silencio, ningún toque del Padre alivia nuestro dolor? La pregunta debía ser respondida por Dios, a través de Cristo, rompiendo el silencio, y a través de él, sanando a los enfermos y resucitando a los muertos, profecía del tiempo en que, roto el poder de Satanás, todas las lágrimas serán enjugadas.

Así se reveló que la miseria no era la voluntad de Dios, el resultado de su ira, sino que era la voluntad del diablo, el resultado del pecado. **Toda la vida de Cristo, desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, fue una vida de amor inmaculado, de amor puro y sin adulterar.** ¿Pero quién era Cristo? La palabra significa "ungido." Él fue el ungido de Dios, ungido con el Espíritu de Dios para vivir la vida de Dios en la tierra. Dijo el ángel: "Llamarán su nombre Emmanuel, que traducido es, DIOS CON NOSOTROS.

¡Ah, sí! Ya había habido suficientes dioses antes de que Jesús viniera a revelar al mundo perdido el conocimiento del Padre. En Egipto se decía que era más fácil encontrar un dios que un hombre; tan numerosos eran. El problema era que ninguno de ellos era "nuestro Padre." Ninguno estaba "con nosotros." Todos eran dioses lejanos, en la distancia y en la penumbra, y ninguno de ellos amaba el alma humana. Había dioses de la guerra, y dioses de la tormenta, y dioses de la lujuria, y del robo, y de la borrachera, hasta que toda pasión vil y furiosa del alma perdida, era deificada y adorada, para arrastrar el alma al pecado y a la miseria resultante. Había un dios en las nubes que lanzaba las flechas de los relámpagos furiosos; un dios en el océano para agitar las olas en lo alto y hacer naufragar los barcos cargados con vida

humana; un dios en la tierra para hacerla temblar de espanto, y verter lava desde lo alto de la montaña, desolando las ciudades en su base; un dios en todas partes para la ira y la destrucción; un dios en todas partes cuya ira debe ser apaciguada por algún sacrificio sangriento; un dios en todas partes pero siempre demasiado lejos para ser alcanzado por las oraciones de la fe temblorosa, que surgen de las almas que sufren.

Pero cuando Jesús vino, era Dios con nosotros: con nosotros en el dolor, pues era varón de dolores y experimentado en quebranto; con nosotros en la alegría, pues también él se alegró en las bodas; con nosotros en la infancia, porque fue un niño, y hasta la tímida oración del niño puede llegar a su corazón; con nosotros en la juventud, porque conoce todos sus resbaladizos caminos, todos sus inquietantes temores, que tan silenciosamente ocupan el lugar de los fantasmas fugaces de sus altos ideales, y de sus altas esperanzas no realizadas; con nosotros en la pobreza, pues no tenía dónde recostar la cabeza; con nosotros en el trabajo y el cansancio, pues era carpintero e hijo de carpintero; con nosotros en la persecución, pues fue llevado como un cordero al matadero; con nosotros en la triste hora de la despedida definitiva de los seres queridos, pues ¿no dijo en la cruz a Juan: "Ahí tienes a tu madre?", con nosotros cuando nuestra fe está a punto de fracasar, porque ¿no dijo él también en la angustia del espíritu, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Con nosotros en el oscuro valle de la muerte, pues él "también participó de ella, para destruir por medio de la muerte al que tenía el poder de la muerte" es decir, al diablo". ¡Ah, sí! Él era

"Emanuel, que traducido es, Dios con nosotros." **¡Cómo desaparecen las falsedades del diablo al contemplar a Dios revelado en Jesucristo! ¡Cómo el alma alejada vuelve a su casa natal, y se convierte en uno con Dios!** "Sí, el gorrión ha encontrado una casa, y un nido para sí mismo, donde puede poner sus crías, hasta tus altares, oh Señor de los ejércitos, mi Rey y mi

Dios". ¡Qué maravilla que el recién convertido Pablo predicara a los idólatras atenienses la verdad de que Dios no está lejos de cada uno de nosotros! Lo descubrió en el viaje a Damasco, cuando la luz brilló a su alrededor, y una voz le dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?".

Esta misma verdad gloriosa había sido revelada a los fieles en el pasado. Fue así como Enoc había caminado con Dios. Fue esto lo que Jacob aprendió aquella noche en Betel. ¿Hubo alguna vez en que Dios *pareciera* estar más lejos de cualquier alma humana que de Jacob aquella noche? Exiliado de su casa a causa de su propio pecado y el de su madre, un vagabundo cansado en el desierto sin casa a la vista, con la noche creciendo a su alrededor, y sólo una piedra como almohada, la tierra húmeda debajo, y aparentemente sólo las estrellas vigilantes en lo alto... ¡ah! Si alguna vez hubo un momento en que Dios *parecía* estar lejos, y el corazón estaba solo y desolado, y el futuro era desconocido, era entonces. Pero Dios reveló incluso al pecador Jacob la verdad de que de cada alma humana hay una escalera que llega al cielo, y que por ella suben y bajan los ángeles de Dios, y que desde la cima nuestro Padre mira amorosamente a su hijo con promesas y bendiciones. También nosotros, desde la hora de la oscuridad más profunda, podemos despertarnos sabiendo que "ésta no es otra cosa que la casa de Dios. Y esta es la "puerta del cielo."

Fue esto también lo que vio Job cuando, en medio de sus aflicciones, la propiedad consumida, la salud perdida, abandonado por los amigos, incluso su esposa instándole a maldecir a Dios y morir, aun así con una fe magnífica, que mostraba lo cerca que estaba Dios de su alma a pesar de todas las desgracias de la vida, dijo: "Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo: Y después de deshecha esta mi piel, Aun he de ver en mi carne a Dios."

Estas personas, como Abraham, vieron de antemano el día de Cristo, y al verlo, se alegraron. En Cristo se reveló así el amor de Dios a pesar del dolor que ha traído el pecado, un amor que se rebajó voluntariamente a cargar con

nuestros pecados y a compartir nuestras penas, para llevarnos a Dios; un amor que, incluso ahora, en la nube de tormenta más oscura, pinta el arco de la promesa, y que enderezará lo torcido y suavizará las asperezas, para que toda carne vea su gloria.

En verdad, "él es nuestra paz, que ha hecho de ambos una sola cosa, y ha derribado la pared intermedia de separación entre nosotros", de modo que ya no somos "extraños y advenedizos, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios". Él ha hecho la expiación, habiéndonos reconciliado con Dios, de modo que, por medio de él, el hombre con el hombre y el hombre con la familia de Dios serán llevados a la feliz unidad. Y no sólo el hombre con el hombre y el hombre con Dios, sino que en el amor de Dios revelado en Jesucristo, todas las criaturas inteligentes y moralmente responsables encontrarán su punto de encuentro, su descanso y la hermandad universal del ser, "para que en la dispensación de la plenitud de los tiempos reúna en uno todas las cosas en Cristo, tanto las que están en el cielo como las que están en la tierra, en él, en quien también hemos obtenido una herencia."

Es la bondad de Dios la que nos lleva a la casa del Padre en arrepentimiento. Esta bondad se revela por medio de Cristo; porque "a él ha exaltado Dios como Príncipe y Salvador, para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados."

El mundo teológico se divide en dos grandes escuelas. La primera de ellas está representada por la llamada ortodoxia, la última por el unitarismo. La primera de estas escuelas habla siempre de la muerte de Cristo; la última, de su vida.

Ahora bien, es imposible insistir demasiado en la muerte de Cristo; y es también imposible detenerse demasiado amorosamente en el recuerdo de su vida, pero esos dos tampoco deben estar separados en pensamiento.

Nada terrenal es más capaz de inspirar el alma y elevarla hacia el noble esfuerzo que la abnegada y heroica muerte del mero héroe humano; **pero esa muerte es inspiradora, se vuelve heroico, de hecho, sólo cuando se toma en conexión con la vida**, con las circunstancias que lo llevaron a la muerte. Así con la muerte del divino Hijo de Dios; no es solamente la muerte, sino también la vida, porque Pablo dice: "Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, mucho más, siendo reconciliados, seremos salvos por su vida."

La muerte de Cristo se vuelve significativa sólo cuando se toma en conexión con su vida de abnegación, que condujo a y fue la causa de su muerte. Sólo así la muerte tiene poder para revelar el amor de Dios a fin de reconciliarnos con él; y fue durante esa vida que Dios tejió en él el manto perfecto e inmaculado de su justicia que, por la fe, se atribuye primeramente a nosotros y luego forjada en nosotros, cubriendo y subyugando así todos nuestros pecados. Por tanto exaltemos por siempre la vida y la muerte del hijo de Dios como la esperanza de salvación del mundo. Fueron estos los que hicieron esa expiación; y no hay "ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos."

La primera de estas escuelas teológicas, descuidando casi por completo y fallando en comprender la humanidad de Cristo, exclama siempre: "*¡Ecce Deus!*" (Mirad el Dios); mientras que el último, negando la divinidad de Cristo, retoma el grito: "*Ecce ¡homo!*" (He aquí el hombre) Al autor le parece que ambos cometen un error grave o fatal.

Con referencia al primero diría, Dios es amor. Amor, y por lo tanto Dios, se revela más en Jesucristo cuando recordamos que en él, para nuestro bien, **la divinidad tomó sobre sí la humanidad, con toda su debilidad y cansancio, con todas sus pasiones, y amores, y anhelos, y con todas sus tenta-**

ciones. De hecho, sólo así Cristo revela a Dios, y es él mismo divino, porque Dios es amor.

Por otro lado, si Jesús era sólo humano, y no el Hijo divino, ¿cómo es que su vida trasciende tanto a todas las demás vidas jamás vividas en el mundo, imponiéndose tan por encima de todos los hombres de su tiempo y de todos los otros tiempos, como para estar solo, el centro de tipo y memorial, de profecía e historia, de esperanza y fe, para edades pasadas y venideras? Si sólo es humano, ¿cómo revela más que lo humano? ¿Cómo es que revela a Dios de tal manera que atrae el mundo de vuelta a Él? si solo es humano, ¿qué puede hacer por la raza humana, sólo para levantar, tal vez, la marea de sus aspiraciones y anhelos un poco más altos sin aumentar el poder para una posible realización? Esto no fue sino para aumentar su miseria burlándose de ellos con imposibilidades. No sería más que sostener sobre ellos la manzana de la vida, sólo manteniéndolo siempre fuera de su alcance. ¡Ay, no! Esto no es como Dios. Cualquiera de estos extremos es fatal.

Simplemente necesitamos creer en el registro bíblico de la encarnación. No podemos entenderlo. ¿Qué hemos entendido siquiera del misterio, incluso de la vida vegetal y animal? Aquí la razón falla, y la ciencia más descarada permanece muda, y sin embargo aquí creemos y sabemos. ¿Por qué deberíamos maravillarnos de que la vida divina en Cristo, y por él en nosotros, debe ser un misterio; y por qué negarse a creer en ello porque es un misterio? ¿Qué significa la encarnación? – Simplemente esto, que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo; que Jesús era divino y sin embargo humano, Dios perfecto y hombre perfecto, Hijo de Dios, e Hijo del hombre; que con el brazo divino pudiera asirse del trono del Infinito, mientras con el brazo humano pudiera rodear a la humanidad, con todos sus males y necesidades, con todas sus hambres y angustias, y rodearla para levantarla, para unirla con Dios, haciendo así la expiación. Esto, repito, como el misterio de la vida infe-

rior, puede estar más allá de nuestros razonamientos, pero no es irrazonable, porque es como Dios; porque esto es amor y “Dios es amor.”

I4. LA EXPIACIÓN VICARIA

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados." - Isa. 53:4,5

Después de leer el último capítulo, algún alma concienzuda pero tímida puede preguntar, "¿No es esto negar la expiación vicaria?" Yo respondo: **NO**; mil veces no. Sólo está elevando y ampliando nuestra concepción de la expiación vicaria, y ponerla en armonía con lo que conocemos del carácter de Dios, tal como se revela en su obra y en su palabra. Jesús sigue siendo el único Salvador del mundo. Tanto en la vida como en la muerte sufrió vicariamente, soportando nuestras penas y llevando nuestros dolores, -- "sufriendo el justo por el injusto para llevarnos a Dios", es decir, para hacer una expiación.

La muerte de Cristo no fue el resultado de una efusión de la ira del Padre; fue el resultado de la violación del mundo de la ley de amor del Padre. Su muerte fue simplemente el clímax de su vida. En la labor de amor de

cada día ha dado su vida, su corazón y su alma, para elevar y redimir a la humanidad; pero los corazones de los hombres estaban tan fríos y duros por el pecado que no lo sabían. En el Calvario completó el don, mientras el mundo se burlaba al pie de la cruz. Vivió una vida perfectamente desinteresada, en un mundo de pecado y egoísmo; y el mundo lo odiaba porque su vida mostraba el egoísmo y la hipocresía de su propia vida. Pablo dijo que si predicaba la circuncisión, se libraría de la persecución, pues entonces cesaría la ofensa de la cruz. Así con Jesús; si él se hubiera desviado a la derecha o a la izquierda de la línea recta de la verdad, podría haber escapado de la crucifixión.

El diablo y los hombres malvados odiaban la verdad, no el error; sin embargo, es la verdad la única que puede salvar a los hombres. Jesús lo tuvo siempre presente, y decía constantemente, "No se haga mi voluntad, sino la tuya", **fue siempre fiel a la verdad, y su vida le llevó a la muerte; la cruz fue el final de la avenida del autosacrificio.** En todo esto no hizo más que llevar nuestras penas y cargar con nuestros dolores. Su vida y su muerte fueron como las de los profetas que le precedieron y las de los apóstoles que le sucedieron, sólo que en él se alcanzó y realizó el ideal. Esteban dijo a los judíos: "Vosotros, de cuello duro e incircuncisos de corazón y de oídos, siempre os resistís al Espíritu Santo; como lo hicieron vuestros padres, así lo hacéis vosotros. ¿A cuál de los profetas no han perseguido vuestros padres? Y han matado a los que mostraron antes de la venida del Justo; de los cuales vosotros habéis sido ahora los traidores y asesinos." Así, como Jesús en su vida fue en todo semejante a sus hermanos, así en su muerte es clasificado con los fieles que le precedieron y los que vendrían después.

En la parábola (Mt. 21:33-41), el dueño de casa envió a su viña siervo tras siervo; a uno lo golpearon, a otro lo mataron y a otro lo apedrearon. Finalmente, envió a su propio hijo, y a él también lo trataron de igual manera, y

lo mataron. Al contemplar Jesús la enormidad de sus culpas pasadas, y ver lo que la iglesia haría en el futuro, con angustia de espíritu exclamó: "Oh, Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¿cuántas veces quise juntaros, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis." Así es como cada época ha perseguido a sus profetas y apóstoles, dejando que la posteridad construya sus sepulcros y los honre.

Todos los apóstoles, excepto uno, sufrieron el martirio, y la tradición dice de él que fue liberado milagrosamente. Cuando Pablo sufría la persecución y el encarcelamiento que precedieron a su crucifixión, escribió de sí mismo a los hermanos colosenses así: Yo, Pablo... " Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia." Cuando estaba a punto de ser crucificado, dijo: "Ahora estoy listo para ser ofrecido."

¡Ah, sí! Cometemos un gran error cuando hacemos separación entre la vida y la muerte de Cristo, o la vida y la muerte del cristiano, como si fueran dos cosas distintas. Perdemos el consuelo de que, así como él fue "perfeccionado por el sufrimiento", así nosotros, a través del mismo sufrimiento, somos hechos uno con él. Como él era el misterio de Dios, Dios manifestado en la carne, así Pablo dice: "Las riquezas de la gloria de este misterio... es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria". (Compara 1 Tim. 3:16 con Col 1:27.)

Jesús era inocente. Sólo sufrió por los pecados de los demás. Todo su dolor fue por llevar *nuestras* angustias, y cargar con *nuestros* dolores, y esto lo hizo para acercarnos a Dios. Nosotros, a diferencia de Jesús, todos hemos pecado, y sufrimos por nuestros propios pecados y llevamos nuestras propias penas; pero, además de esto y más allá de esto, nosotros, como él sufrimos por los pecados y llevamos las penas de los demás. No sólo hemos pecado, sino que han pecado contra nosotros.

Oh, alma cansada, expectante y angustiada, ¿tu vida ha sido arruinada, y tu corazón desolado por lo que no fue tu culpa? ¿Las brillantes esperanzas de la juventud se han desvanecido y han caído como las hojas del otoño, encontrando una tumba en tu anhelante y solitario corazón, y todo porque otro era falso cuando tú lo creías verdadero? ¿Te han abandonado la fortuna y los amigos por el pecado de otro? ¿Te persiguen y desprecian porque el mundo odia lo que Dios y tú aman? ¿Has sido tentado por todo esto a dudar de la justicia y el amor del Divino? Esto no es la injusticia de Dios. Esta es la injusticia del pecado, el resultado inevitable, ineludible, del pecado del mundo. Incluso Jesús, el Hijo propio y unigénito del Padre, cuando estuvo en el mundo, sufrió todo esto.

¿Dudas por ello del amor de Dios por ti? No es más que dudar del amor de Dios por su Hijo. Más bien recuerda que en esto tú, si confías en él, eres hecho uno con él, ya que "todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios." Fue llevado "como un cordero al matadero, y como una oveja ante sus trasquiladores", y no abrió su boca. Recuerda que si tú también lo soportas pacientemente, y por él, tu vida también, con la suya, se presenta como un sacrificio vivo santo y agradable, una parte del gran sacrificio del mundo por el pecado. También recuerda que en esta tu vida de paciencia el amor puede llegar a alguna otra vida, que lo lleve a la redención, para que tú también entres en su gozo. Recordando esto, ¿no palpita tu corazón con un nuevo consuelo y esperanza, y un nuevo valor para seguir adelante con valentía y afrontar el conflicto de la vida?

Pero, dice uno, si esta es la naturaleza del sacrificio de Cristo, un sacrificio vivo así como un sacrificio de muerte, ¿por qué la sangre es siempre el símbolo de ese sacrificio? Y *¿por qué se dice que sin el derramamiento de sangre no hay remisión?*

¡Ah, en esto hay profundidades de significado! Es porque Jesús fue fiel hasta la muerte. Con él no hubo vacilación, ni se apartó, aunque contempló la cruz al final del camino. Dijo: "Padre, no sea mi voluntad, sino la tuya." Su muerte sólo tiene sentido cuando se toma como una sola cosa con su vida, y su vida adquiere una nueva gloria cuando la contemplamos así, como conduciendo a su muerte.

Él nos pide que vivamos esa vida. Dice: "Si amáis a vuestro padre o a vuestra madre, o a las casas, o a las tierras, o a cualquier tesoro terrenal, incluso a vuestra propia vida, más que a mí, no sois dignos de mí." Si algo, incluso la cruz al final del camino que pisamos, nos desvía del camino, no somos suyos; y si no somos suyos no hay remisión. Nada más que la sangre podría significar un sacrificio tan completo.

Entonces no es sólo en la muerte donde se da la sangre de la vida, fue Pablo quien habló de "llevar siempre en el cuerpo la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo." No puede ser manifestada de ninguna otra manera. El corazón que se ensancha y se hace tierno por el sufrimiento, hasta que, como el suyo, acoge a la humanidad con todas sus necesidades y todos sus anhelos, dando su simpatía y su ayuda a todos sin pedirlo, -- este corazón sabe lo que es dar su sangre vital cada día, morir cada día, para que la vida de Cristo se manifieste en él. Hay momentos en que se necesita más valor y verdadero heroísmo para vivir, y vivir rectamente, que para morir. El corazón, después que la tormenta y la lucha han terminado, late tranquilamente hacia el final. Sí, Carlyle bien dice: "Mi hermano, el hombre valiente tiene que dar su vida. Entrégala, te aconsejo; no esperes vender tu vida de manera adecuada? El "salario" de cada trabajo noble está en el cielo y no en ninguna otra parte." Es una entrega diaria de la vida, como sólo el derramamiento de la sangre de la vida puede significar. Esto es cristianismo.

¿Y no son sus experiencias las nuestras? Contempladlo en el bautismo en el Jordán. El Espíritu desciende como una paloma sobre él, y se oye la voz que dice: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco." Seguramente, habríamos dicho, con tal comienzo de su misión, sólo le espera una vida de triunfo y gozo. Pero fue a partir de esto que fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo ¿No recordamos la alegría de nuestra conversión, cuando nos consagramos a él, y su dulce perdón vino a nuestros corazones? ¿No descendió el Espíritu, y no se oyó la voz del Padre, tal vez por primera vez, diciendo a nuestras almas felices: "Este es mi hijo amado, en quien me complazco?" ¿Cómo creímos que la lucha había terminado y la victoria estaba ganada! Pero, desde entonces, ¿no hemos encontrado a menudo el camino de la vida como un desierto, lúgubre y lleno de demonios, en el que hemos deambulado hambrientos y cansados? ¿No fue en el momento en que nuestras fuerzas flaquearon, que el demonio nos abandonó por alguna promesa de la palabra escrita, y algún ángel bondadoso vino a servirnos?

Entonces la vida ha tenido sus días ordinarios de servicio, cuando de sol a sol hemos trabajado en su viña. Hubo la frescura de la mañana, y el calor del mediodía, y el cansancio de la tarde. Ha habido noches de vigilancia y oración a solas en alguna ladera de la montaña iluminada por la luna. Hubo días de trabajo que parecían no traer ninguna recompensa pasajera; y ¿quién de nosotros no ha llorado y se ha preguntado por los diez que fueron curados por nuestro amor y cuidado, y nueve de ellos no volvieron a dar las debidas gracias?

Tal vez hayamos sentido a veces que nosotros tampoco teníamos dónde apoyar la cabeza; pero, ¿quién de nosotros no ha tenido su casa de Betania, donde puede descansar por un tiempo, y encontrar un ministerio amoroso y agradecido, donde los vientos del mundo pueden soplar pero no nos tocan allí? Nosotros también hemos tenido momentos en los que con él nos hemos

transfigurado en la cima de la montaña de la fe. Por el tiempo que nos hemos visto a nosotros mismos, no como éramos, sino como podríamos llegar a ser. El mundo, con sus prisas, sus rugidos, sus locas ambiciones y sus voces discordantes, estaba muy por debajo. Podía estar cerca algún amigo que no nos conociera, o que lo hiciera a medias, pero estábamos solos con Él. La voz del Padre volvía a hablar y nos reconocía como suyos, y visiones brillantes de encuentro con formas glorificadas vinieron a hablar del futuro reino en el que también nosotros reinaremos con Él. ¿No hemos bajado, o podemos bajar de esta montaña para encontrar nuestro Getsemaní y nuestro Calvario; la duda que decía con angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado." - feliz si al fin la fe inquebrantable y triunfante, que, en medio de un sol oscurecido y el relámpago furioso y las rocas desgarradas, dijo: "Consumado es", "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

¿No podemos aprender de su vida que el amor de Dios es la única cantidad invariable a través de todos estos temores y fluctuaciones, siempre el mismo, de eternidad a eternidad? ¿No podemos alegrarnos de que a través de estas experiencias podamos ser uno con Jesús aquí, y uno con él en el más allá? Fue todo esto lo que Pablo vio cuando dijo: "No sólo eso, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, experiencia, y la experiencia, esperanza; y la esperanza no se avergüenza, porque el amor de Dios se derrama en nuestros corazones."

15. LOS MILAGROS Y SU SIGNIFICADO

"El padre que mora en mí, hace las obras". – Jesús

Cuando se dice que en la encarnación el Hijo de Dios se hizo realmente Hijo del hombre, dándonos no sólo su gloria y honor, sino también su poder, y tomando a cambio sólo nuestra pobreza y debilidad, se suele preguntar: "¿Y qué hay de los milagros? ¿No prueban que Jesús tuvo, en sí mismo, mientras estuvo aquí, el divino poder creador?" Yo respondo: No; --

1. Porque, si prueban esto de Jesús, prueban lo mismo para todos los apóstoles. ¿No curaron también a los enfermos, e incluso resucitaron a los muertos? ¿No fueron los pañuelos tomados de sus personas potentes para curar enfermedades? ¿No dijo Jesús a su iglesia en referencia a sus obras: "Las obras que yo hago las haréis también vosotros, y mayores que éstas haréis; porque yo voy a mi Padre?"

2. Porque, si ese poder divino era inherente a él mientras estaba aquí, no fue "en todo semejante a sus hermanos", y no pudo ser "tentado en todo según

nuestra semejanza", para ser "tocado con el sentimiento de nuestras debilidades."

3. Si tenía este poder en sí mismo mientras estaba aquí, ¿por qué pasó noches en paciente oración, suplicando fuerza y liberación? ¿Por qué, cuando fue tentado por el diablo, en lugar de enfrentarse a Satanás con poder directo y vencerlo, recurrió, como tenemos que hacer nosotros, a las promesas de la palabra escrita para hacer huir a Satanás? ¿Por qué cuando le fallaron las fuerzas, fue necesario que los ángeles vinieran a ministrarle?

4. ¿Por qué nunca reclama el poder como propio, sino que, por el contrario, siempre da la gloria al Padre, como en la tumba de Lázaro, donde dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado; pero a causa de la gente que está a mi lado lo dije, para que crean que tú me has enviado?" ¿Por qué no dice: "Si por mi propia fuerza expulso a los demonios", en lugar de: "Si expulso los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros"? ¿Por qué se dice que fue por el Espíritu eterno que se ofreció sin mancha por nosotros?

5. ¿Por qué dice Jesús enfáticamente: "Yo no puedo hacer nada por mí mismo, el Padre que mora en mí, él hace las obras?"

Todo esto es suficiente para mostrar que Jesús, mientras estaba aquí, era por sí mismo realmente débil e impotente, como uno de nosotros. Su vida no es una prueba de lo que Dios podría hacer él mismo si estuviera aquí en persona y con poder. El mundo no necesita una nueva evidencia de ello. La tierra, con su herbosa y verde alfombra bajo nuestros pies, y el universo de soles y mundos que nos rodea, y que se mantiene suspendido en el espacio sobre nuestras cabezas, es ciertamente una prueba presente y suficiente de ello. La vida de Jesús es una prueba de lo que Dios puede hacer, y de lo que

está dispuesto a hacer, por su Espíritu actuando a través de la debilidad humana. Era Dios manifestado en la carne. Olvídate de esto, e imagina que Cristo mismo tenía un poder inherente, más que humano, mientras estuvo aquí, y habréis despojado a toda su vida de su lección de sentido y utilidad para nosotros.

El mundo, perdido en el pecado y separado de Dios, necesitaba más que tener a Dios y que se le indicara el camino correcto hacia él. Sólo esto les habría dejado anhelante, pero impotente, como lo fue Pablo cuando dijo: "¡Oh, miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" Los hombres necesitaban, además, que se les presentara la fuente de poder, por la que pudieran ser capaces de caminar en este camino de santidad.

Esta fuente de poder debía ser revelada antes de que la expiación pudiera realizarse; porque los hombres, para ser uno con Dios y uno con los demás, deben ser capacitados, a pesar del pecado y de la debilidad hereditaria inherente al pecado, para caminar por este hacia arriba. "Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu." La ley era débil para condenar al hombre porque no podía dar a la carne debilitada el poder de cumplirla. Cristo reveló el poder de Dios para cumplir la ley en nosotros, si nos sometemos al control de su Espíritu.

Este es el sentido de todos los milagros, y de toda la vida de pureza sin mancha de Cristo, que fue en sí misma el mayor milagro de todos. Jesús se despojó de sí mismo. Él renunció a su propia voluntad, a su propio camino, a su propio poder, a sus propias palabras; y Dios puso su voluntad en él, obró en él y habló a través de él. Tan íntima fue esta unión que Jesús dijo: "Yo y mi Padre somos uno;" "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre."

Pero así como Dios obró por medio de él, así Jesús espera obrar por medio de nosotros. Pablo dice: "Porque por un solo Espíritu hemos sido bautizados en un solo cuerpo." Ahora el bautismo significa muerte y sepultura. Cuando presentamos nuestros cuerpos como un sacrificio vivo cada día, como lo hizo Jesús; cuando nuestra voluntad independiente muere, de modo que en toda la iglesia no haya más que una sola mente, un solo poder de control, entonces la expiación será completa, entonces la iglesia será realmente un cuerpo con Cristo, entonces Cristo querrá y obrará en nosotros para hacer su buena voluntad, como el Padre lo hizo en él. Porque, repito, si el misterio de Dios era Dios manifestado en la carne de Cristo, Pablo dice que las riquezas de la gloria de ese misterio para ti y para mí es: "Cristo en nosotros la esperanza de gloria." Entonces no será meramente Cristo en el Padre, y el Padre en Cristo, de modo que estos dos son uno, sino que Jesús dice: "En aquel día sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros." Cuando esto sea cierto, entonces, en verdad, es completada la expiación.

Cada milagro de Cristo es una prueba del poder del amor divino para obrar en nosotros y elevarnos a él. Cuántas veces los hemos considerado como meras manifestaciones de fuerza física, dadas para que el mundo mire y se asombre, y casi obligarle a creer. ¡Ah, no, ese no era el significado! Si lo fuera, ¿por qué Jesús, después de sus más grandes milagros, dijo tan a menudo al sanado: "Mira no se lo digas a nadie?" ¿Por qué no dijo más bien: "Publicadlo por todas partes, para que anunciéis al mundo que yo soy el Mesías?"

El hecho es que el milagro separado del motivo de amor que estaba detrás del milagro, considerado meramente como un milagro, no era evidencia del Mesías en absoluto. Satanás siempre tiene sus milagros, pero no tienen amor, y por lo tanto no tienen poder espiritual para el bien. Mediante estos

milagros, como en el tiempo de Moisés, siempre se resiste a la verdad. En los últimos días trabajará con todo poder, y señales, y prodigios mentirosos, y todo engaño de iniquidad en los que se pierden. Cuando obra así, Jesús mismo lo llama un falso Cristo, con poder para engañar a todos menos a los elegidos.

¿Por qué no tiene poder para engañar a los elegidos? - Porque son guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación; porque han aprendido que Dios es amor, y que un milagro, para ser una evidencia de la misión y el poder divinos del obrero, debe ser un milagro que manifieste sólo el poder del amor. Así fueron los milagros de Jesús. Todos fueron realizados por amor; no para exhibir un mero poder físico, no para ganar popularidad o fama, sino para revelar al mundo el poder del amor divino, que es el único poder que puede curar el alma, así como el cuerpo, y unirlos a él.

Un día, un ciego llamó a Jesús, diciendo: "¡Hijo de David, ten misericordia de mí!" Él, que había contemplado toda la gloria del cielo, y contemplado incluso desde dentro la belleza del arco que rodea el trono; el que incluso aquí, en el mundo, maldito por el pecado, sintió que su alma sensible se estremecía de placer en cada remanente de la antigua grandeza, extrayendo lecciones de esperanza y alegría del cuervo y del gorrión, y de la pureza inmaculada de la hoja blanca del lirio, sintió que su corazón se conmovía con la más tierna simpatía por este hombre, encerrado en la oscuridad perpetua, y, fuerte en el poder del amor a través de la fe, tocó sus ojos, y se curaron. Luego le encargó que no se lo dijera a nadie. No había deseo de un reconocimiento público. Al Amor le bastaba con saber que la alegría había sido dada y recibida con gratitud.

Un día le trajeron a un sordo, y lo apartó de la multitud. Y el que participó cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría; el que había escuchado las majestuosas sinfonías de

los coros de ángeles; el que incluso aquí se regocijaba en cada tono de la música de la naturaleza, y en cada canto de alabanza, sintió que su alma se estremecía con el anhelo del amor por aquel hombre encerrado en un silencio perpetuo, y lo curó para que pudiera escuchar y unirse al salmo universal de alabanza. Pero de nuevo le ordenó que no se lo dijera a nadie.

El que había ayunado cuarenta días y tuvo hambre, no quiso despedir a la multitud hambrienta para que no se desmayara en el camino. Incluso en la tumba de Lázaro, donde se manifestó tan maravilloso poder, no consta que en aquel momento la gente estuviera tan asombrada por el mero poder; pero sí consta que allí, mientras Jesús lloraba, decían: "¡Mira cómo lo amó!" ¡Mirad cómo le ha amado! Sí, este es el sentido de los milagros de Cristo. Revelan el amor divino, que se estremece de compasión por las necesidades y los sufrimientos humanos, y que, por tanto, es poderoso para sanarnos.

"Dios es amor." Los milagros de Jesús revelaron el amor; por tanto, revelaron a Dios, y proclamaron a Jesús como el Mesías, el Ungido de Dios. ¿Y por qué lloró Jesús? - Amaba a Lázaro. Amaba a María y a Marta, ahora desconsoladas. Él amaba el hogar de Betania, donde él también había descansado cuando estaba cansado, y el círculo de cuyos corazones amorosos estaban ahora rotos. Pero, además, esto era para él una imagen de todo el dolor que la muerte había traído al mundo; esta familia, una imagen de otras familias; y esta triste separación de la persona amada, una imagen de todas esas tristes separaciones. Su corazón abrazó a toda la humanidad hambrienta y cansada, que esperaba aquí, con dolor y lágrimas, el amanecer de un día mejor.

Oh, alma triste y sufriente, separada de los que amas, las fibras del corazón desgarradas, desnudas y sangrantes, ¿crees que ningún ojo ve tu dolor, que ningún corazón palpita en respuesta a tu dolor? El mismo cielo ha conocido el dolor de la separación de su Señor, y todos los portales refulgentes de

esas mansiones de los cielos, tan acostumbrados a que suenan al canto de los serafines, se silenciaron y se cubrieron de luto. Y en algún lugar, sabemos que, aunque sus lágrimas no lleguen a esta tierra, los ángeles aún lloran la tristeza de nuestras horas de despedida. Y no sólo los ángeles, sino que en ese llanto ante la tumba de Lázaro, Jesús lloró por todos nosotros. **Él nos reveló a Dios, y tanto el Padre como el Hijo no cambian, sino que son los mismos ayer, hoy y para siempre. Se inclinan a la unidad con nosotros, incluso ahora, en nuestro dolor, para que podamos ser levantados en unidad con ellos en su alegría. Es así como Jesús se rebajó para vencer el pecado y llevar a cabo la expiación. Esto es amor, porque Dios es amor.**

16. EL SACRIFICIO DE CRISTO HONRA LA LEY DE DIOS

"Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley." - Salmo 119:18

Satanás siempre ha dicho que la ley de Dios es arbitraria e injusta, y su gobierno tiránico. Por este medio trata de justificar su secesión del gobierno, y su intento de exaltar su propio trono por encima de las estrellas de Dios.

En los capítulos anteriores nos hemos esforzado por demostrar que, a pesar de las cavilaciones de Satanás, la ley es una revelación divina de un amor infinito e inmutable. Es nuestro objetivo en este capítulo mostrar cómo en el sacrificio de Cristo la ley de Dios fue exaltada, y su amor revelado, y sin embargo el transgresor fue misericordiosamente perdonado, para que el hombre pecador pudiera ser hecho uno con Dios.

Pablo dice: "¿Acaso anulamos la ley por la fe?" Esto es precisamente lo que afirman muchos teólogos modernos. Estos deberían escuchar la respuesta de Pablo: " ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley." (por la fe, entiéndase). ¿Cómo es que nosotros establecemos la ley de Dios cuando tenemos fe en Cristo? Hagamos otra pregunta: ¿Por qué Dios no perdonó al pecador sin el sacrificio de Cristo? ¿Fue porque no amó suficientemente al hombre? -¡Oh, no! Dios se revela a través de Jesucristo. Cristo dice: "Yo y mi Padre somos uno". En la crucifixión, tanto la expresión del amor divino como la revelación de las profundidades del pecado desafiante del mundo llegaron al clímax. Pero incluso allí Jesús, muriendo en la cruz mientras el mundo impenitente se burlaba a sus pies, derramó sus anhelos del alma por el hombre en estas palabras: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Así se revela lo que Dios siente incluso hacia un mundo impenitente. Él anhela perdonarlos. ¿Por qué no lo hace? - Tal acto ignoraría su ley y la anularía, llevando a otros a violarla irreflexivamente. Pero la violación de esa ley trae como resultado inevitable la miseria y la muerte. Ningún perdón que no pueda eliminar la miseria y la muerte valdría la pena. Un perdón que llevara a más hombres a ellas sería una maldición en lugar de una bendición. Todo buen padre ha sentido a veces el deseo de conceder a su hijo algún placer presente, pero se ha visto obligado a abstenerse, por temor al dolor futuro.

Pablo dice de Cristo: "En quien tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia, en la que abundó para con nosotros en toda sabiduría y prudencia." Esto muestra claramente que el amor y el favor de Dios, si Dios hubiera sido imprudente, podría haber abundado hacia nosotros de manera imprudente; pero por medio de Jesús se manifestaron de manera tan prudente que el pecador puede tener el perdón y la paz, y sin embargo no ser llevado por ello a considerar el pecado liviana-

mente, puede tener el perdón y la paz, y sin embargo, la ley sea tan exaltada y magnificada que las multitudes sean conducidas de nuevo a su lealtad. Si el gobernador de un Estado perdonara indiscriminadamente todas las ofensas contra la ley, aboliría absolutamente toda restricción de la ley. El motivo en su mente podría ser el amor, pero el amor se manifestaría de manera tan imprudente y poco sabia que conduciría a la anarquía y a la miseria. Lo mismo ocurre con el Gobernador del universo. Su amor y su sabiduría son uno. Su poder de perdón debe ser ejercido con "sabiduría y prudencia" para conducir a los hombres a la unidad y a la alegría, y no a la anarquía y a la miseria, pues de lo contrario no es amor.

Cuando el Fuerte Sumter fue atacado, si en un sentimentalismo enfermizo los Estados Unidos hubiera dicho: "Ahora no queremos hacer daño a estos hombres; los dejaremos a todos libres, en lugar de castigarlos y causar miseria a sus familias", nuestras leyes, nuestro gobierno, habría sido deshonrado. Los hombres habrían dicho: "Los americanos no respetan sus leyes; no defenderán su gobierno." Nuestra unidad se habría perdido. Otras naciones habrían venido cada una por su parte de nuestro territorio, y el resultado habría sido la miseria, la esclavitud y la muerte. En lugar de esto, enviamos a nuestros hijos más nobles. Derramaron la sangre de su vida, se entregaron como un sacrificio vivo para acabar con la rebelión. Cuando la rebelión fue sofocada, y los separatistas se rindieron, entonces manifestamos nuestra disposición a perdonar. Perdonamos a todo aquel que depusiera las armas. Incluso los líderes de la rebelión fueron perdonados libremente. Esto lo podríamos hacer ahora, y nadie diría que no respetamos nuestras leyes. Esto lo podríamos hacer ahora, y no se prestaría a más miseria.¹

¹ La idea de esta ilustración está tomada del "Plan de Salvación" de Walker. [Una problemática ilustración que compara el ejército del Norte de los Estados Unidos con la obra de sacrificio de Cristo. Otra ilustración sería mucho mejor. Jesús nunca llevó un arma. editor]

El pecado es la secesión del gobierno de Dios. Satanás se separó y trató de exaltar su trono por encima del de Dios. Los pecadores son aquellos que se han unido a las fuerzas de Satanás en la secesión. Dios, en su infinito amor, envía a su propio y único Hijo para sofocar la rebelión. No puede perdonar a los que aún están en rebeldía, pues esto no haría más que justificar la rebelión y deshonar la ley, y así perpetuar y multiplicar la miseria. Pero a través de Jesús esta rebelión va a ser finalmente sofocada por completo. "La semilla de la mujer herirá la cabeza de la serpiente." Sobre cada cima de la tierra y el cielo, donde por un corto tiempo ha ondeado el estandarte negro del hombre de pecado, flotará para siempre el blanco estandarte del Príncipe de la Paz.

Todo aquel que deponga las armas y rinda su voluntad oposicional a Dios tiene la promesa del perdón. Este perdón Dios puede concederlo, y no deshonar su ley. Más aún, es a través de este perdón que se revelan la misericordia y el amor de la ley y el gobierno de Dios, un amor que sólo ordena el camino correcto, no para ser arbitrario y dominante, sino para que los hombres sean felices-un amor que, cuando los hombres se arrepienten del mal, y vuelven sus corazones hacia la ley quebrantada, está siempre dispuesto a perdonar el pasado y a dar poder para la obediencia futura. Es así como Dios puede ser justo y justificar a los que creen en Jesús. Es así como la fe en Jesús exalta la ley de Dios a los más altos cielos, y la establece para siempre.

La cruz del Calvario, para todo el universo de los seres inteligentes, es la mayor demostración que se ha dado o se podrá dar de que la ley de Dios es eterna y universal, y que su amor es infinito, que descende con ternura y anhelo paternal para elevar al más bajo transgresor. **En efecto, su amor es su ley, y la ley es inmutable porque su amor es eterno. Cuando los hombres contemplan esto, son llevados a arrepentirse de las transgresiones pasadas y a pedir poder para la obediencia futura. Así es como Cristo es exaltado como Príncipe y Salvador, para dar el arrepentimiento a Israel y el perdón**

de los pecados. Es así como se realiza la expiación, y los hombres rebeldes son conducidos de nuevo a la unidad con Dios y con los demás.

La vida y la muerte de Jesús - ahí está y estará por los siglos de los siglos, un argumento incontestable para todos los seres inteligentes del indecible amor de Dios, que primero se expresó en la ley, y luego, cuando los hombres violaron la ley, se reveló más plenamente a través de Cristo; un argumento divino e incontestable para demostrar que:

1. Si los hombres sufren, no es porque sean culpables personalmente, sino por los pecados de otros. Jesús también sufrió, el justo por los injustos.

2. No es porque Dios esté enojado con nosotros, o nos odie, que sufrimos; porque amó a Jesús, su Hijo unigénito, pero Jesús sufrió más que todos nosotros.

3. Toda la miseria del mundo es el resultado de la violación de la ley de amor de Dios, cuyo cumplimiento es el único modo posible de que los seres inteligentes pueden ser felices.

Por tanto, la miseria no sólo no es una evidencia del olvido u odio del Padre, sino una prueba directa incontestable de ese amor paternal y solícito que en la ley decía: "No lo harás, hijo mío, no lo harás".

4. La única manera de salir de este pozo de oscuridad en el que hemos caído es arrepentirnos del pecado y entregar nuestro corazón para cumplir la ley divina. Podemos entonces ser perdonados sin que Dios ignore esta ley, y entonces Dios puede darnos poder, como hizo con Jesús, para condenar el pecado en la carne, y él, por su Espíritu, puede cumplir la justicia de la ley en nosotros.

5. Una vez hecho esto, no debemos buscar la liberación de la pena en este mundo, pues nosotros, con él, soportaremos los pecados y las penas de los demás;

sino que podemos buscar el descanso que queda para el pueblo de Dios, -- para la gran eternidad donde todos los males de la tierra serán corregidos, y donde lo que es oscuro aquí será luz en el cielo. Con Job, decimos: "Yo sé que mi redentor vive", y con David: "Estaré satisfecho cuando despierte con tu semejanza." Con toda la innumerable compañía nos consideraremos peregrinos y forasteros aquí, en busca de la ciudad que tiene fundamentos, cuyo constructor y artífice es Dios.

6. En lugar de que el dolor sea una evidencia de la ira de Dios, Él, en su infinita sabiduría y amor, la utiliza como medio de disciplina y desarrollo que nos preparará mejor para las alegrías del cielo. De hecho, tenemos su promesa de que todas las cosas se combinan para nuestro bien, si lo amamos. Incluso Jesús se perfeccionó a través del sufrimiento antes de Ser el capitán de nuestra salvación, y ¿nos quejaremos si se nos pide que sigamos a nuestro Líder hasta la perfección y la alegría, por el mismo camino que él recorrió?

7. Toda la vida y la muerte de Cristo son una evidencia, una demostración de la posibilidad de que la debilidad humana pueda asir el poder divino por la fe como para vivir en este mundo una vida justa y morir una muerte triunfante.

Todas estas lecciones debe aprenderlas un mundo perdido antes de poder ser redimido. Jesús las enseñó todas, y él es el Redentor. En su vida y en su muerte todo el problema del dolor es considerado y cada pregunta es contestada, y contestada en armonía con un Dios que es amor.

Este ha sido el problema de los problemas. Todas las filosofías lo han tratado en vano. El epicureísmo, al negar la posibilidad de una vida futura, sumergió a los hombres en la loca carrera por el placer aquí, multiplicando así su miseria e hizo de cada pena un mal sin mezcla que ocultaba a los hombres el rostro de un Padre amoroso. El estoicismo trató de entumecer el sen-

timiento del hombre hacia el sufrimiento, y así, de hecho, los hacía indiferentes a las penas de los demás. Buda abandonó el problema. Dijo que existir es sufrir, el único descanso es el Nirvana de la nada. Incluso los consoladores de Job respondieron mal a todas estas preguntas; y la esposa de Job le rogó, a causa de su dolor, que maldijera a Dios y muriera.

Este ha sido el camino del mundo, todos los hombres a través del sufrimiento llegaron a odiar a Dios, y así se metían constantemente en más pecados y más sufrimientos, hasta que todo el conocimiento de un Dios que es amor se perdió. Pero después de que los hombres, por sabiduría, no conocen a Dios, le agradó a Dios, por medio de Jesús, revelarse y resolver todos estos problemas. La única razón por la que Job no fue con la multitud a la maldición y la muerte fue que por la fe había captado la promesa y el hecho de un Salvador, y a través de él, de un futuro en el que debería "ver a Dios", y llegar a comprender todas sus providencias aquí. ¿Y qué nos queda a nosotros? ¿Que soportemos con paciencia, sí, con alegría, todas las penas que vengan, y así llenar aquello que está detrás de los sufrimientos de Cristo por el bien de su cuerpo, que es la iglesia?

¿Por qué no hemos de alegrarnos en la tribulación? Si estamos en la cárcel, el Amor tiene las llaves, y nosotros, como Pablo, no somos prisioneros del César, sino prisioneros del Señor. Nuestro propio bien y el bien de su causa son uno, y cuando sea para ese bien nos liberará, como lo hizo con Pedro.

Ninguna pena nos puede alcanzar hasta que su amor la haya transformado en una bendición. Nos hace más tiernos, más bondadosos, nuestras simpatías se amplían, nuestros corazones se ensanchan, y nos elevamos más y más en la atmósfera del amor divino, hasta que la expiación es completa, y nos convertimos en uno con la humanidad que sufre, y al mismo tiempo uno con el Padre y uno con el Hijo.

17. EL TRATO DE DIOS CON LOS MALVADOS

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna". - Juan 3:36

"El alma que pecare, esa morirá". - Exe. 18:20

"No habrá más muerte". - Apocalipsis 21:4

Habiendo considerado el amor de Dios como se revela en su obra, como es revelado en su ley, y como se revela en la expiación por la que los hombres son rescatados de los resultados definitivos de la violación de esa ley, consideraremos ahora ese amor tal como es revelado en el trato de Dios con los que persisten en el pecado.

Hemos visto que toda la miseria es el resultado del pecado, y el pecado es la violación de la ley de Dios. La ley de Dios, por lo tanto, es simplemente el camino de la felicidad y la alegría. Es el camino que recorren los redimidos cuando regresan y llegan a Sión, con cantos y la alegría eterna sobre

sus cabezas. Se puede preguntar: Si Dios es amor, ¿por qué existe el pecado? ¿Por qué se permitió su existencia? ¿Por qué se le permite continuar existiendo a través de estos largos y cansados siglos? ¿Y cuándo, y cómo, si es que lo hay, llegará a su fin y se instaurará el reino eterno y universal de la justicia y la paz?

Creemos que todas estas preguntas pueden ser contestadas de manera razonable, lógica y coherente y en armonía con el carácter de un Dios que es amor, y sólo amor. Sabemos muy bien que la teología de hoy no puede tratar satisfactoriamente con estas preguntas, pero creemos que la teología de la Biblia puede hacerlo.

Para que el hombre sea algo más que un simple robot, una máquina para manifestar la mente de Dios, para que el hombre sea una personalidad independiente, capaz de vivir, pensar y actuar por sí mismo, y así honrar a Dios, devolviéndole amor por amor y alabando su bondad; para que el hombre pueda ser todo esto, es necesario que sea libre. Pero hacer al hombre libre era correr el riesgo de que pecara. En otras palabras, para que el hombre pudiera ser justo, era necesario que fuera capaz de ser malvado. Dios no hizo al hombre malvado; tampoco lo hizo en el sentido más completo, justo. Simplemente lo hizo capaz de ambas cosas; capaz de lo uno, para que pudiera ser de lo otro. Dios no puede dar arbitrariamente el carácter bueno o malo; si pudiera, sería culpable de no dar a todos los hombres la justicia, y la consiguiente alegría.

Hay una diferencia entre la inocencia y el carácter, ya sea bueno o malo. La inocencia es, en cierto sentido, la ausencia de carácter. Si tengo un libro en blanco con todas las páginas blancas y limpias, a menos que el lenguaje se refiera exclusivamente a la ejecución mecánica del libro, no se puede decir que sea bueno o malo; es inocente. A medida que escribo en él día a día,

asume carácter, y se vuelve bueno o malo, según escriba en él cosas buenas o malas.

Así pues, Dios hizo al hombre inocente, puro y libre para elegir, y lo puso en condiciones favorables para alcanzar un carácter justo. Él hizo así a todos los seres inteligentes y moralmente responsables de su universo. Algunos de ellos eligieron el mal en lugar del bien, y esto explica la existencia del pecado y la miseria. Dios no hizo el pecado ni la miseria. No era una necesidad absoluta de que existieran el pecado y la miseria; pero sí lo era que el hombre fuera capaz de ellos, pues de lo contrario no podría ser capaz de la justicia y la alegría.

Nadie puede negar que Dios corrió el riesgo del pecado, porque eso sería negar la existencia del pecado. Por eso corrió ese riesgo, porque ese riesgo era necesario para la posibilidad de la justicia y la alegría. Pero el pecado eterno sería una eterna frustración de los planes de Dios para un universo en el que todas las criaturas se regocijen en su amor y le devuelvan la alabanza y la acción de gracias. Por eso, aunque Dios corrió el riesgo del pecado, no corrió el riesgo del pecado eterno.

Para evitar el pecado eterno, el hombre recibió una existencia condicional y acceso al árbol de la vida para perpetuar esa existencia; pero cuando pecó, para que no extendiera su mano y tomara y comiera del árbol de la vida, y viviera para siempre, un pecador inmortal, el Señor lo expulsó del jardín y puso a un ángel a guardar el camino al árbol de la vida.

Mira el mundo tal como es, lleno de dolor y sufrimiento. Cada ciudad y pueblo tiene su campamento de "tiendas bajas y verdes" donde está la mayoría silenciosa. Cada montículo guarda el tesoro de algún corazón. Cada hogar tiene su silla vacía, Cada corazón tiene su cámara embrujada, donde cae la luz de la luna silenciosa sobre el recuerdo pesaroso. Cada alma conoce su

propia amargura, y en vano imagina que otros caminan a la luz del sol, mientras que su camino sólo se encuentra en las sombras.

Si se levantara el telón, y todos viéramos a los hombres de corazón a corazón, como ahora de frente ¡cuánta miseria desconocida se revelaría! ¡Cuántos buscarían rostros sonrientes, multiplicando las sonrisas, para ocultar el corazón que está sangrando! Si toda la miseria y el sufrimiento de una sola ciudad fueran expuestos ante nuestros ojos, nos quedaríamos atónitos de horror; y sin embargo, el mundo está hecho de muchas ciudades así. Pregúntate si Dios sería bueno, si sería amor, para dar a todo esto un sello de inmortalidad? La respuesta es: ¡No! Rotundamente no. ¿Podría ser bueno o sabio para arriesgarse a una existencia eterna de sufrimiento? Pero Dios es bueno, es amor. Por lo tanto, no corrió tales riesgos, sino que condicionó la inmortalidad a la obediencia a su ley divina para que el pecado y la miseria, si se producen, sean hijos de unos breves años, mientras que la justicia y la alegría son eternas.

El pecado es la causa de toda miseria. El pecado eterno sería la miseria eterna. El pecado eterno sería una miseria eterna y sin esperanza. La existencia eterna del pecador sería su eterno sufrimiento consciente. El único escape de esto es en la suposición del universalismo, pero esto no es sólo una suposición, sino que está en directa contradicción no solo con la Biblia, sino también con todo lo que sabemos de la naturaleza del pecado.

Sabemos que la naturaleza del pecado es endurecer el corazón contra las buenas influencias. Cuanto más se persiste en él, más seguro es que continúe. No se necesita ninguna palabra inspirada para revelar a la mente filosófica el hecho de que a todo pecador persistente llega el fin de la libertad condicional, un tiempo en el que el pecado ha endurecido tanto su corazón contra las influencias del bien, y fortalecido las influencias del mal en su naturaleza, que es una certeza absoluta que nunca se convertirá del pecado a la jus-

ticia. La eterna existencia consciente de tal persona sería una miseria eterna, consciente y sin esperanza, descendiendo constantemente en las profundidades de la oscuridad y la desesperación. ¿Sería Dios bueno al permitir que existiera para siempre? Incluso en la condición de mezcla del bien y el mal aquí, ¿qué hombre reflexivo elegiría una eternidad de esto, si pudiera? Hay verdad en la vieja leyenda de la manzana de la vida, que tan bellamente Owen Meredith (Lord Lytton) convirtió en verso poético.

Al rey Salomón se le trajo una manzana del árbol de la vida que, si comía de ella, viviría para siempre. El rey filosofa sobre la vida y su fracaso en satisfacerlo, y concluye que no desea comerla; pero cree que conoce a una de sus esposas o concubinas favoritas y ligeras para quien será una gran bendición. Seguramente, para ella la vida es todo alegría, y deseará que se perpetúe. Él se la da; pero ella también filosofa, dando sus razones para no querer comerla. Ella se lo lleva a otro; así pasa por todos los rangos de la sociedad, desde el más alto hasta el más bajo, y finalmente vuelve al rey, y se conserva en una urna de plata, porque nadie quiere comerla.

Incluso aquí, es tan grande la miseria que el pecado ha causado, que toda mente reflexiva dudaría en decidir que una eternidad de este tipo de existencia sea una bendición en lugar de una maldición. Pero aquí queda la esperanza de algo mejor por venir. Si todas las demás esperanzas han desaparecido, para el alma más desesperada, que no conoce el consuelo del amor de Dios, le queda la esperanza de la muerte, el pensamiento de que la "fiebre irregular" terminará pronto, no tardará.

Quitad incluso esta esperanza, y dejad al alma absoluta y desesperadamente en la desesperación inmortal, por no hablar de un fuego literal, ¿podría un Dios que es amor dar tal existencia a una sola criatura que Él mismo ha hecho? La respuesta debe ser, No.

Supongamos que él pusiera al pecador en el otro mundo, restaurado a su belleza edénica, o al mismo cielo. El pecado ha traído toda la miseria al mundo; y pronto haría de este otro mundo uno tan miserable como éste. Supongamos que las almas pecadoras fueran separadas, y que sólo unos pocos pecadores fueran puestos en un mundo donde todos fueran justos. Este sería el peor castigo de todos. El pecador lleva un infierno con él, en su propio corazón, y sus fuegos arderían más ardientes en el aire puro del cielo. Imagina a un hombre con un ardiente apetito por beber, caminando por las calles doradas de la Nueva Jerusalén, buscando un lugar donde saciar su sed, y no encontrándolo; o una mujer cuya principal diversión aquí había sido chismorrear sobre las faltas de sus vecinos, encontrando que allí está privada de su diversión, por falta de material para el chisme. Tales personas querrían emigrar. Supongamos que se les pone donde todos son malvados y sólo malvados; allí reinaría la miseria.

Ahora hemos visto que Dios no puede hacer arbitrariamente justa al alma pecadora, pues la justicia implica libertad de elección y acción voluntaria. Hemos visto también, que el pecador persistente no se someterá a Dios, para ser hecho justo de su propia voluntad, ya que el pecado endurece constantemente su corazón cada vez más. Hemos visto que una eternidad de este tipo de vida sería una maldición y que en un estado en el que todos, excepto él, fueran buenos, sería completamente miserable; y que si se le pusiera en un estado en el que todos fueran malos, la miseria reinaría suprema.

¿Qué es lo único que el Amor infinito y omnipotente puede hacer con alguien así y a la vez seguir siendo fiel a sí mismo? - Puede quitarle la existencia que le ha dado, porque no ha cumplido con el objetivo de esa existencia, para llenar el lugar para el que fue creado. Esto es justicia, esto es amor, y esto es lo que Dios hará, pues dice: "Pues de aquí a poco no será el malo: Y contemplarás sobre su lugar, y no será más."

Esto no sólo es lo mejor, lo más amoroso que se puede hacer al pecador mismo, sino que, cuando consideramos ese interés de los justos, su amor es más manifiesto. Desde la misma naturaleza del pecado, y del hombre como ser social, hemos visto que debemos soportar las consecuencias de las penas y pecados de los demás. Esto continuará mientras continúe el pecado. Pero Jesús sufrió, el justo por los injustos, *para llevarnos a nosotros, los injustos, a Dios*. No nos quejaremos, sino que nos alegraremos de participar en ese sufrimiento, con ese fin; pero cuando llegue el momento en que el último pecador persistente esté tan endurecido que no quiera ser tocado por este amor sufriente y llevado de nuevo a Dios, ¿por qué hemos de sufrir más tiempo? Eso sería un sufrimiento inútil y sin esperanza. Dios es amor, y no permitirá que sus hijos sufran así.

Jesús nos permite sufrir aquí con él, como él sufrió, y con el mismo propósito para que también nosotros nos perfeccionemos con el sufrimiento y llevemos a los demás a él; pero cuando hayamos sido perfeccionados, y todos los demás que puedan ser llevados a él por nuestro amor sufriente hayan llegado a él, de modo que los que queden no sean más que paja sin valor y sin esperanza, entonces "el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que hacen iniquidad..." "Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre." "¿Qué es la paja comparada con el trigo? Dice el Señor". "Dios recogerá el trigo en su granero, pero la paja será quemada con fuego inextinguible." Dice Pablo a los fieles: "Todo es vuestro, ya sea el mundo, la vida, la muerte, lo presente o lo futuro; todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios."

Nosotros, con David, hemos tenido a veces la tentación de preocuparnos por la aparente prosperidad de los malvados aquí, pero todas las cosas son nuestras. Los malvados pueden retener nuestra herencia por un tiempo, dejándonos peregrinos y extranjeros aquí. ¿Debemos quejarnos, cuando Jesús

dijo de sí mismo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza?" - ¡Oh, ¡no! Sino que esperemos con alegría el momento en que los reinos de este mundo se conviertan en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo; porque cuando son suyos, son nuestros; porque él es nuestro, y nosotros somos suyos. "Y el dominio, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, será dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es un reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán a él.

El amor ha tenido esto en cuenta desde el principio, cuando hizo el mundo para su gloria y placer y para la alegría de sus hijos. A pesar del pecado y del dolor, el Amor siempre se ha encaminado hacia su gran realización, y el reino vendrá. Jesús enseñó a sus discípulos a orar esa oración: "Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino." Esa oración ha sido expresada con devoción y seriedad por la iglesia que espera y llora a través de todos estos siglos. Ha salido de las mazmorras, de las cuevas de la montaña, y desde la pira funeraria de los mártires. Y será respondido. El amor espera con paciencia, sin querer que nadie perezca, sino que todos se arrepientan. "Vivo yo, dice el Señor Dios, que no me agrada la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva; convertíos, convertíos de vuestros malos caminos; porque ¿por qué vais a morir?"

Sin embargo, la paja debe ser destruida y el reino devuelto a los fieles. Esta es la razón por la que Dios destruye a los malvados. Él es amor, y es mejor para todos que los malvados sean destruidos. Entonces el reino será devuelto a los justos, y "toda criatura que está en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y todas las que están en ellas, " se oirá diciendo: "La bendición, el honor, la gloria y el poder sean para el que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos." Al fin el objetivo

del amor será cumplido y sus constantes manifestaciones traerán el reconocimiento universal, y un retorno de amor ininterrumpido e ilimitado.

18. ¿POR QUÉ SE HA PERMITIDO EL PECADO DURANTE TANTO TIEMPO?

"El amor es sufrido, es benigno". - 1 Cor. 13:4

"El Señor es. . . paciente con nosotros, no queriendo que ninguno perezca". - 2 Pedro 3:9

La existencia del pecado y su miseria resultante no antagonizan en lo más mínimo la idea de que Dios es amor, y sólo amor. La posibilidad del pecado era una necesidad para la realización del amor. Todo padre que trae un hijo al mundo para satisfacer el instinto paternal de amor implantado por Dios corre el mismo riesgo. El niño puede ser una bendición o puede ser una maldición para su especie; sin embargo, se debe correr el riesgo, o la existencia misma de la raza debe interrumpirse, y no sólo el amor de Dios, sino que todo el amor paternal será defraudado de su realización.

Hemos visto cómo Dios ha de poner fin al pecado, de modo que toda criatura en el cielo y en la tierra se encuentre finalmente derramando su alabanza agradecida por una existencia que, siendo la alegría perfecta, será la más alta realización posible del amor. Esto se llevará a cabo manifestando su amor de tal manera que se gane todo lo que pueda ser ganado a la santidad y a la felicidad. El mundo redimido estará entonces poblado de éstos, y todos los demás serán como si no hubieran sido, esto es lo mejor que el Amor infinito puede hacer por todas sus criaturas, lo mejor tanto para los salvados como para los perdidos.

Sin embargo, la pregunta sigue siendo: ¿Por qué se ha permitido que el pecado continúe por tanto tiempo? ¿Por qué se han arrastrado tan lentamente los siglos cansados, cargados de su peso o la desdicha? ¿Por qué el Amor no ha traído el triunfo final antes de esto, y la liberación de sus hijos de la miseria y el dolor? Ciertamente, Dios supo quién sería incorregiblemente pecaminoso; ¿por qué no destruyó a Satanás y a sus ángeles desde el principio, o les impidió tentar a la raza humana? ¿Por qué, cuando Adán y Eva pecaron, no los destruyó, y creó otros dos para que poblaran este mundo, ni impidió que la maldición del pecado continuara así hasta que el mundo mismo se arruinara, y cada colina y valle se manchara de sangre y se ensuciara con lágrimas?

Hay que recordar que el conflicto entre el bien y el mal no se limita a este mundo. Es un conflicto universal. ¿Y por qué? - Simplemente porque, como Dios hizo al hombre libre, y con ello corrió el riesgo de que pecaran, por esa misma razón hizo a los ángeles libres, hizo libres a todos los seres moralmente responsables que poblarían los mundos. De hecho, no podrían haber sido moralmente responsables si no hubieran sido libres. Así, el riesgo del pecado era un riesgo universal. No digo que el pecado en sí mismo fuera universal; no lo creo; pero el conflicto entre el pecado y la justicia es universal.

Una parte de los ángeles pecó, y ellos, con su príncipe, el mismo Satanás, han estado reuniendo y dirigiendo las fuerzas del mal desde entonces. Una parte de los ángeles no pecó, y ellos, con el Príncipe Emanuel, el Capitán de nuestra salvación, han sido los mismos que comenzaron en el cielo, cuando Miguel luchó, y Satanás luchó, y sus ángeles. No hay un solo ser inteligente y moralmente responsable de todos los incontables millones que pueblan los incontables mundos que no esté interesado en este conflicto, y, en algún sentido, al menos, tiene una parte en él. Todos fueron hechos libres y fueron puestos en libertad condicional, al igual que los hombres y los ángeles. Algún día el conflicto terminará y la verdad y la justicia ganará la victoria; entonces se cerrará el período de prueba de todos, y todos los vencedores serán confirmados en su inmortalidad.

No sabemos cuántos de estos mundos no han sido tocados por el pecado. Es posible que los ángeles caídos y el hombre sean los únicos en guerra con Dios. Esto sí lo sabemos, nuestro Dios es el Dios de los ejércitos. Cuando el conflicto se hace duro a nuestro alrededor, y vemos el pecado por todas partes, a veces pensamos que los verdaderos justos son disminuidos de la tierra, y, con Elías, casi tememos que estamos solos, y que todos los demás han doblado la rodilla ante Baal. En esos momentos sólo tenemos que mirar hacia arriba con el ojo de la fe para saber que somos parte de la poderosa mayoría, y que nuestro Comandante, a la cabeza de sus huestes, nos lleva a la victoria.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la persistencia del pecado? Respondemos que mucho; todo, de hecho. Dios no hace nada arbitrariamente. Nos ha hecho libres para elegir entre el bien y el mal. Él nunca violará la libertad de ninguna de sus criaturas. Todo el conflicto entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, debe ser combatido hasta la conclusión ante los ojos de todos. Esa conclusión depende del poder de la verdad y del derecho

para vencer finalmente en un campo justo, en las mentes de los seres libres e inteligentes.

Dios está en juicio. Satanás le ha acusado de ser duro e injusto; ha dicho que sus leyes son arbitrarias y severas. Al universo de los seres inteligentes Dios dice: "Vosotros sois mis testigos, dice el Señor, de que yo soy Dios", es decir, de que soy bueno, que mis leyes y el trato con mis criaturas son propios del amor; en resumen, que Dios es amor.

Pero todo esto lleva algún tiempo. Supongamos que Dios hubiera borrado a Satanás y a sus ángeles cuando pecaron por primera vez. Su único objetivo al hacer esto habría sido poner fin al pecado y a la miseria allí mismo. ¿Habría logrado ese objetivo?

Satanás era un ángel honrado en el cielo, uno de los líderes de las huestes celestiales. Ellos no habían visto la terrible naturaleza del pecado. De hecho, no habían visto a Satanás hacer ningún gran mal. Simplemente acusó a Dios, y dijo que era arbitrario y duro. Esta misma acusación puso a Dios en juicio ante las mentes libres de sus criaturas. ¿Era verdadera o falsa? Si Dios hubiera borrado entonces y allí las huestes del mal, antes de que el mal pudiera desarrollarse y revelar su verdadera naturaleza, ¿no habrían dicho los que quedaron que las acusaciones de Satanás eran justas y que Dios, en ese mismo acto, había demostrado su culpabilidad? Pero esto sería, no poner fin al pecado, sino perpetuarlo y multiplicarlo. El mismo objetivo de Dios al hacer eso habría sido derrotado. Dios era demasiado sabio para eso.

Así que se debe permitir que el pecado se desarrolle hasta que todas las criaturas libres e inteligentes de Dios vean que el pecado es la miseria y que la justicia es la alegría; y esta es la misma razón por la que Dios, en su amor, dijo: "No harás" y "Lo harás". No hay nada arbitrario aquí. Dios es absuelto. Su placer y su gloria son la mayor alegría posible para todas sus cria-

turas. El pecado, continuado y llevado a cabo con éxito, significa el derrocamiento del Gobierno de Dios, el destronamiento de Dios mismo, y la destrucción de su placer y gloria; por lo tanto, el pecado es miseria, y no alegría. El pecado universal y eterno sería la miseria universal y eterna. Así, Dios es absuelto, y Satanás es condenado.

Cuando el pecado se desarrolla hasta que esto se vea, entonces Dios puede poner fin al pecado, y destruir al pecador incorregible, y todas las criaturas de su universo se unirán con él en este juicio, y lo declararán justo. Por eso los justos participan con él en el juicio. Es así como todo el conflicto será llevado a su fin y la victoria será definitiva, de modo que "la aflicción no se levantará por segunda vez".

Todo esto se llevará a cabo y, sin embargo, se mantendrá la perfecta libertad de cada mente individual a través de todo ello. Y cuando los finalmente redimidos derramen su canto incesante y universal de alabanza y adoración, ese canto provendrá de almas libres de pecado, pero que conservan el pleno poder de pecar, entidades separadas, conscientes e inteligentes, que nunca pecarán, simplemente porque han aprendido a amar la justicia y a odiar el mal. Serán, pues, seres capaces de apreciar a un Dios que es amor, y por lo tanto capaces de darle amor a cambio. Este fue el objetivo de Dios al crear los mundos, y Satanás y el pecado no lo derrotarán, ni le robarán su anhelado amor. Esperando el veredicto final, derramado en alabanza maravillosa de las mentes y corazones todavía libres de todos los seres inteligentes, será: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, tú, Rey de los santos". Digno es el Señor que creó, digno es el Cordero que fue sacrificado, para recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria, y las bendiciones.

Satanás no sólo se verá incapaz de derrotar el plan de Dios, sino que ni siquiera lo aplazará un año o un día. Cuando el hombre pecó, Dios le dijo, en

sustancia: "Multiplicaré en *gran manera* tu descendencia". ¿Por qué hizo esto? Si el hombre no hubiera pecado, en un momento determinado conocido por Dios, el mundo habría estado poblado de seres justos, que habían pasado su período de prueba, y habían sido confirmados en su inmortalidad. Cuando el hombre pecó, multiplicó grandemente la semilla, para que de las multitudes que debían nacer y morir, él, por medio de Cristo, en este mismo tiempo reuniría este mismo número que le sería "contado por una generación".

Él conoce el día y la hora, y cuando la dispensación de la plenitud de los tiempos llegue, todas las cosas se habrán reunido en Cristo, y el plan y el propósito original de Dios serán completados. El universo sabrá entonces que, si Satanás es "poder", Dios es todopoderoso, y que por lo tanto ningún poder puede retrasar sus planes.

Nuestras pequeñas vidas son vividas aquí abajo en el valle de la prueba y la oscuridad, y el tiempo nos parece largo; pero ¿qué son seis mil años comparados con la eternidad? Dice el Señor: "Por un breve momento te abandoné" - aparentemente, en comparación con el futuro estado de redimido-"por un breve momento te abandoné; pero con grandes misericordias te recogeré. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor."

Cuando se hayan pasado unos cuantos millones de años en el pleno gozo de los redimidos, las cosas anteriores no serán recordadas ni vendrán a la mente. No es que haya una pérdida arbitraria de la memoria, porque eso implicaría la pérdida de la identidad; pero ninguna sombra de tristeza pasada descansará por un momento en el alma. Los redimidos que han vivido mucho tiempo en la altura de Beulah, si echan una mirada hacia atrás, mirarán de la cima a la cima, del paraíso ganado al paraíso perdido. Si se piensa en el valle del pecado y del sufrimiento, en el pequeño momento de su ira, será sólo para que aumente nuestro gozo presente y para que nuestro amor hacia

él sea magnificado por la maravillosa revelación, a través de la redención, del gran hecho de que Dios es amor.

19. ¿HABRÁ GANANCIA?

"Nuestro es el tiempo de la semilla, sólo Dios contempla el fin de lo sembrado;

Más allá de nuestra visión, débil y tenue, el tiempo de la cosecha está oculto con él". – Whittier

Hemos visto por qué existe el pecado, y por qué se ha permitido su existencia durante tanto tiempo.

A través del misterio de Dios, se explica el misterio de la iniquidad. El León de la tribu de Judá es digno de abrir el libro y desatar sus sellos. Hemos visto también cómo el pecado llegará a su fin, y la gloria de Dios será revelada, para que toda carne la pueda ver. Una cuestión más queda en este punto: ¿Habrá alguna ganancia para Dios y para sus criaturas como resultado del pecado y de la redención? Cuando la redención esté completa, ¿el mundo y el universo estarán justo donde habrían estado si el pecado no hubiera existido? O ¿habrá una seguridad más perfecta contra el pecado en el futuro, un conocimiento más alto, más profundo y amplio del amor

de Dios, y por lo tanto una alegría más grande y mayor paz de lo que hubiera sido posible de otro modo?²

Vemos una ley de sufrimiento que recorre este mundo. Ese sufrimiento no es inútil; se permite para el bien de los demás. La flor muere para que el fruto pueda nacer. La tormenta que destruye la vida y la propiedad de un hombre, destierra la malaria, destruye los gérmenes peligrosos, y llena el aire de nuevas fuerzas vivificantes. bendiciendo así a miles de personas, de modo que a través de la pérdida de alguna vida y gozo se ha ganado mucha vida y alegría.

Casi todas las verdades que bendicen al mundo han tenido sus mártires. Los pocos han sufrido y muerto; los muchos han ganado así nueva vida y gozo. Para que el nuevo árbol pueda crecer y bendecir la tierra con su belleza, su sombra y sus frutos exuberantes, la semilla debe morir. Por todas partes se

² Cuando hablamos de una cosa como posible y de otra como imposible con Dios, queremos que se entienda que es imposible para él sólo en la medida en que nuestra comprensión humana de él, es decir, que es impensable para la mente humana que sea posible. En un sentido, con Dios no hay nada imposible, pero en otro sentido, esto no es cierto, porque Dios actúa a través de sus leyes, y ha elegido limitarse por estas leyes. Quiere que todos los hombres se salven, pero ha construido el universo de tal manera que la libre elección del bien es necesaria para la salvación; por tanto, no puede obligar a los hombres a ser buenos. Él no puede salvar a los hombres en contra de su voluntad, ni puede controlar arbitrariamente sus voluntades. No sabemos en absoluto que no haya podido hacer el universo de otra manera, pero para nosotros esto es impensable; además, si hubiera podido evitar el riesgo del pecado y alcanzar el fin de la justicia y la alegría universales, ¿por qué no lo hizo así? La deducción es que la forma en que lo hizo es la mejor y la única buena. Lo mismo ocurre con obtener ventaja del pecado para revelar su amor, su misericordia y su gracia, con el fin de elevar a los hombres a la mayor alegría posible. Para la mente humana es impensable que el mismo conocimiento de Dios y la misma alegría puedan ser alcanzados de otra manera. Si pudieran, ¿por qué no lo hizo Dios así, y así alcanzar este fin sin pecado ni peligro de que el pecado entrara en su universo? Dios nunca obligó ni sedujo a nadie a pecar, pero es omnisciente. Sabía que algunos pecarían, y por ello ha trazado su plan, aprovechando el pecado para revelar su más grande amor, y así conducir a sus criaturas a la más alta alegría. Es razonable creer que, cuando se alcance el fin, los redimidos verán que se ha alcanzado de la mejor manera posible.

manifiesta el misterio de esta muerte de la que brota la vida. ¿Es simplemente una ley de este mundo? ¿O es, en cierto sentido, universal? ¿Se aplica sólo a ciertos casos aislados de sufrimiento y de muerte? ¿O incluye todo el sufrimiento y toda la muerte? ¿Es el plan de Dios tan perfecto y tan amplio que no deja lugar a la pérdida real, sino que hace que todo sirva para una ganancia mayor?

Hemos visto que Satanás no podrá derrotar, ni siquiera aplazar, la plena realización del plan y el propósito de Dios. ¿Nos atrevemos a preguntar si es posible que él sea sólo una parte del plan? -No es que Dios haya deseado que Satanás o cualquier otro más pecara, y mucho menos que lo haya obligado a ello.

Dios hizo a los habitantes de todos los mundos libres, y trabaja con ellos solo a través de su libre albedrío. Pero al hacerlos libres corrió el riesgo del pecado. Esto lo hizo en todos los incontables millones de mundos creados y poblados por él. Un riesgo continuo implica una certeza final. ¿Fue el propósito de Dios, cuando llegó el pecado, utilizarlo de manera que sirviera para una mayor santidad y alegría posible para todas sus criaturas? ¿Puede ser que la suma total de la alegría pudiese aumentar, en lugar de disminuirla, por la suma de todos los sufrimientos? Esto sería como un Dios omnipotente y omnisciente, -- un Dios que dice que es amor. ¿Es posible que el plan de Dios sea tan amplio que incluya todos los demás planes, de tal manera que incluso Satanás, con todos sus planes rebeldes, caiga como parte del gran conjunto armónico que eleva el universo a la plena realización del ideal del amor? Afortunadamente, no se nos deja especular sobre esta cuestión. Pablo dice: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien." En este mismo sentido, habla de la tribulación, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada, en fin, del sufrimiento y de todos los resultados del pecado.

No dice que todas estas cosas sean buenas. Son los resultados del pecado, y el pecado es malo, y por lo tanto todas estas cosas son malas. Dios las odia más de lo que podemos hacerlo nosotros, porque él ama a todas sus criaturas más que nosotros. Donde se realice el ideal de Dios, no habrá

lugar en su universo para una pulsación de dolor o un gemido de angustia. Entonces, todo esto quedará en el pasado, pues es malo. Pero lo que dice el texto es que todo esto obra para el bien de los que aman a Dios. Fíjate en lo amplia que es esta afirmación: "todas las cosas." Eso incluye tanto el sufrimiento como la alegría. Incluye todos los resultados del pecado. "a los que aman a Dios" incluye no solo a todo hijo e hija justos de Adán, sino a todo ser justo e inteligente, cada una de las huestes que poblarán el universo cuando se complete la redención

Es evidente que si esto es cierto en la vida de cada individuo justo, es cierto en la suma total de todas las vidas justas. Si todas y cada una de las experiencias de sufrimiento trabaja en conjunto para el bien en la vida de todos y cada uno de los que aman a Dios, entonces todos los sufrimientos actúan juntos para el bien de todos los que aman a Dios. Pero todo sufrimiento es el resultado del pecado, por lo que, de alguna manera, Dios debe hacer que la propia existencia del pecado sirva para el bien superior de todos los que le aman, es decir, de todos los que habrán de poblar su universo una vez completada la redención. En esta vida de prueba la mayor alegría posible que el cristianismo puede proporcionar al individuo es la fe firme en este hecho; así, la mayor concepción y conciencia posible del amor de Dios llegarán al universo en la más amplia creencia en este hecho para todos.

Algunos pueden decir: ¿Cómo pueden ser estas cosas? Tanto si las comprendemos como si no, debemos creerlas si creemos en la palabra de

Dios. Esto sí sabemos, que la alegría perfecta sólo puede venir a través de la perfección del carácter, y en cierto sentido incluso Jesús se perfeccionó a través del sufrimiento. Todo su sufrimiento fue el resultado del pecado, aunque no de su propio pecado. Incluso Jesús será elevado a un mayor gozo y un honor más grande de lo que habría sido posible para él si no hubiera sido por el pecado. A través de su sufrimiento y humillación para redimir al mundo, será exaltado, y se le dará un nombre que es sobre todo nombre, "para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre." Isaías dice: "Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho." Esto será cierto no sólo de Cristo, sino de todos los cristianos. Con David estaremos satisfechos cuando despertemos a su semejanza. Veremos que el dolor y el sufrimiento que hemos pasado aquí nos han hecho capaces de una alegría más elevada por toda la eternidad.

Se ha dicho que nuestro conocimiento consiste únicamente en el reconocimiento de la semejanza y la diferencia. Esto es cierto. Si todas las cosas tuvieran el mismo sabor, no existirían las ideas de lo dulce y lo amargo; si todas las cosas tuvieran el mismo color, la idea del color sería imposible.

Si alguien viniera de algún otro mundo donde hubiera sabor y color, y nos hablara de estas cosas, sólo tendríamos una vaga idea de ellas. Así que el hombre, a través del pecado, no sólo llegó a conocer el mal, sino a conocer "tanto el bien como el mal". Los habitantes de otros mundos pueden saber mucho más de nosotros que nosotros de ellos. Los ángeles son sus tutores como lo fueron de nosotros antes de la caída, e incluso pueden tener el privilegio y el poder de visitar este mundo con los ángeles. Es cierto que todo el registro del pecado y de la redención del pecado estará abierto para su inspección.

Toda la miseria que ha resultado del pecado es una revelación de esa sabiduría y amor que dijo: "No harás." Es a través del poderoso contraste del pecado y la justicia: el misterio de la iniquidad, que es el misterio de la auto-exaltación que conduce a una degradación infinita; y el misterio de Dios, que es el misterio de la humillación divina, que exalta al hombre a una igualdad con los ángeles, y que eleva al mismo Cristo a un honor y a un gozo superiores; es a través de este poderoso contraste expuesto ante el universo, que todos los seres inteligentes llegarán a conocer el bien y el mal, a amar la justicia y a odiar la iniquidad, para que el peligro del pecado quede para siempre en el pasado.

¿Qué habrían podido conocer las criaturas de Dios de su amor si no fuera por el pecado y la redención? Podrían ver su amor tal como se revela en su obra, pero ¿qué es esto en comparación con el amor superior revelado por la redención? Este es un amor en el que los ángeles desean mirar, un amor que ni siquiera ellos llegan a comprender. Si ahora mismo pudiéramos dejar este mundo de pecado y sufrimiento, y, a los ángeles que ante el trono se bañan siempre en la perfecta luz del amor divino, preguntáramos qué es lo que más revela el amor de Dios, responderían: "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito." Incluso ellos, con todas las criaturas de Dios, conocerán más de su amor de lo que podrían haber conocido si no hubiera sido por el pecado y la redención del pecado; y conociendo más de ese amor descansarán más seguros en ese amor, y así conocerán un gozo más profundo.

La gracia es un favor inmerecido. ¿Qué habrían podido conocer los hijos de Dios de su gracia si todos hubieran merecido su favor? La misericordia es otro atributo de Dios. Él dice que su misericordia es desde la eternidad hasta la eternidad. La misericordia es la disposición de tratar a un delincuente mejor de lo que merece. Supongamos que nunca hubiera habido un delincuente en el universo de Dios, ¿qué podrían saber sus hijos de su infinita mi-

sericordia? Todo el plan de redención es la manifestación más maravillosa concebible de su gracia y misericordia. Pero la gracia y la misericordia son sólo nombres diferentes, o más bien, manifestaciones diferentes del amor. Así que esto es sólo otra forma de mostrar que por el pecado y la redención Dios hará una revelación más plena de su amor de lo que hubiera sido posible si el pecado no hubiera existido.

Pero ver a Dios así revelado, conocerlo, es la vida eterna; y la vida eterna es la alegría eterna. Es así como el pequeño dolor de los pocos, por este breve "momento", producirá la mayor alegría de los muchos por toda la eternidad. ¡Qué maravilla que Pablo dijera: "Nuestra ligera aflicción, que es sólo un momento, nos produce un más grande y eterno peso de gloria!"

Los capítulos cuarto y quinto del Apocalipsis se cierran con una gran doxología de alabanza. La del cuarto capítulo se basa totalmente en la creación, la del quinto, en la redención. Compara los dos. El cuarto capítulo dice: "Señor, digno eres de recibir la *gloria* y la *honra* y el *poder*; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas."

El quinto capítulo dice: "El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el *poder*, las *riquezas*, la *sabiduría*, la *fortaleza*, la *honra*, la *gloria* y la *alabanza*. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos."

La profusión de alabanza y adoración gozosa en la última sobre la primera es la ganancia para Dios y sus criaturas a través del pecado y la redención. Pablo dice que predicó las riquezas inescrutables de Cristo "para hacer ver a todos los hombres cuál es la comunión del misterio, que desde el principio del mundo ha estado oculto en Dios, quien creó todas las cosas por

medio de Jesucristo, con el fin de que ahora los principados y las potestades en los lugares celestiales conozcan por medio de la iglesia la multiforme sabiduría de Dios." Y la sabiduría de Dios es la sabiduría de ese amor que dijo: "No harás" y "harás". Otras traducciones dan en lugar de "lugares celestiales", *cielos*, o mundos celestiales.

¿Quién tiene aquí el carácter más grandioso? El que ha sido criado en la facilidad y el lujo, sin conocer las pruebas, o el que ha subido a través de las dificultades y luchas, y las ha conquistado todas? ¿Cuál será el mejor maestro? ¿Por qué la iglesia de Cristo, los que han pasado por grandes tribulaciones y han vencido con su poder, por qué no han de ser utilizados por él para iniciar a los habitantes de otros mundos, no tocados por el pecado, en los misterios más profundos de su amor y santidad? Y así lo harán, pues se dice que serán reyes y sacerdotes para Dios, y Pablo pasa inmediatamente a hablar de ese amor que sobrepasa el conocimiento, y de los hechos que para Dios serán la gloria *en la iglesia* por Cristo Jesús, a través de todas las edades, un mundo sin fin.

Así se ve que Satanás es burlado y superado por Dios en todo momento. Todos sus planes e intrigas para derrotar el propósito de amor de Dios han sido sólo una parte del plan más amplio de Dios por el que se realizará el ideal del amor. La muerte de Jesús fue obra del diablo, la mayor manifestación del pecado. Satanás pensó así frustrar el plan y el propósito de Dios, pero Pablo dice de esa misma muerte que Jesús triunfó sobre los principados y potestades, haciendo revelación abierta de ello. Estos eran los principados y potestades del mal, con Satanás a la cabeza. Así, lo que Satanás creía que era su mayor Victoria era en realidad la mayor victoria de Dios sobre él, una victoria que finalmente lo destruirá a él y a los suyos, y que unirá al universo bajo la suave y amorosa influencia del Príncipe Emanuel. Es así como Dios

hace que la ira del hombre y de los demonios y el resto de la ira, todo lo que no puede hacer para el bien, lo refrena.

Siempre es así en nuestras vidas. La hora de la mayor tentación y oscuridad puede ser, a través de él, la hora del mayor triunfo. Desde el mismo valle de la sombra de la muerte podemos levantarnos a una nueva vida y a una nueva alegría, porque todas las cosas obran a bien para los que aman a Dios, y amar a Dios es saber que Dios es amor.

20. EL CIERRE DE LA GRACIA

"El Señor es bueno; su misericordia es eterna y su verdad perdura por todas las generaciones." - Sal 100:5

A menudo oímos la expresión "mientras dure la misericordia", o "hasta que termine la misericordia." Estas expresiones no sólo son antibíblicas en sí mismas, sino que la idea que llevan consigo es ajena a toda la Biblia, y totalmente contraria al carácter de Dios. El pensamiento que a menudo subyace en ellas es algo así: Dios es misericordioso ahora, pero se acerca el momento en que dejará de serlo. Dios acepta el arrepentimiento ahora, pero se acerca el momento cuando los hombres pueden arrepentirse tan sinceramente como nunca, pero será demasiado tarde, Dios ya no aceptará su arrepentimiento. Dios ama al pecador ahora, pero se acerca el momento cuando ese amor se convertirá en ira consumidora y en una ira desenfrenada.

Nada puede ser más absolutamente falso que tales ideas. Pero dice uno: ¿No crees? ¿No enseña la Biblia claramente, que va a haber tal cosa como el cierre del período de gracia? Respondemos, ciertamente. ¿Y no ten-

drá el hombre pecador una relación diferente con Dios que ahora? Si no se salva antes de ese tiempo, ¿no será entonces imposible su salvación? De nuevo respondemos que sí, a ambas preguntas. ¿Dónde, entonces, está la falacia en estas expresiones? **En la idea de que Dios cambia, y que ha de ser un cambio en sus sentimientos hacia el hombre pecador lo que lleva al fin del tiempo de gracia.**

Habrá un cambio que traerá esa hora terrible en que el destino de todos los hombres será inalterable, cuando el que es sucio seguirá siendo sucio; pero ese cambio ocurre totalmente en el hombre, no en Dios.

La misma palabra "Dios" significa el bien. El salmista dice: "Desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios." Es decir, desde la eternidad hasta la eternidad tú eres el supremo, el que gobierna, el Bien que todo lo abarca y todo lo cambia. Dice el Señor: "Yo no cambio;" conmigo "no hay mudanza, ni sombra de variación." "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre." Él mismo es el "Padre eterno" de todos los seres creados; habita la eternidad. Conociendo todo el futuro, con su terrible clímax de culpa y rebelión, así como todo el pasado, con su historia de repetidos y constantes extravíos, no se ve perturbado ni sorprendido en su cólera por ningún desarrollo repentino del pecado. Por maravilloso que pueda parecer, con todo el oscuro hecho del pecado, pasado y futuro, ante él, todavía nos ama con un "amor eterno", y con su bondad siempre ha tratado de atraernos a él. David dice: "El Señor es bueno; su misericordia es eterna, y su verdad perdura por todas las generaciones".

Todo esto es suficiente para mostrar que cualquier cambio que se produzca en el fin del tiempo de gracia, ese cambio no está en Dios, sino en el hombre. "No os he abandonado, dice el Señor, sino que vosotros me habéis abandonado."

Dios es amor; es amor eterno. Nunca ha abandonado ni abandonará a nadie; pero los hombres lo abandonan a él, la Fuente de agua viva, y luego se cavan para sí cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener agua. El mundo abandonará por completo a Dios, y se entregará por completo al último gran engaño del error. Este es el cierre del período de gracia. El estudio del cierre de la gracia es el estudio del pecado imperdonable.

Jesucristo, es amor infinito, y por el poder del Espíritu de Dios, fue sanando enfermedades, perdonando pecados y expulsando demonios. Hubo quienes, mirando, admitieron que nunca el hombre habló tales palabras o realizó tales obras; y, sin embargo, estaban tan cegados y endurecidos por el pecado que no distinguían entre el Espíritu supremo del bien y el espíritu supremo del mal. Decían: "Expulsa los demonios por Belcebú, el príncipe de los demonios." Jesús dijo que este pecado no se les podía perdonar, ni en este mundo ni en el venidero. ¿Por qué fue esto? ¿Fue porque el pecado era tan grande que hizo que el Señor se enojara tanto que nunca podría superarlo? Esto sería hacer de Dios uno como nosotros, sólo que más grande, más furioso y persistente en su ira. Él pide que perdonemos al arrepentido sin límite, ¿y no hará él lo mismo? Condena que mantengamos la ira en nosotros, ¿y acaso él mismo guarda el odio? Esto sería su exigencia de que seamos santos como él no lo es. Dice Whittier:

*"El mal que duele a mi alma abajo
no me atrevo a tronar arriba".*

Debe haber alguna otra razón por la que ese pecado es imperdonable. Dios hizo a los hombres libres para elegir entre el bien y el mal. Si hubieran elegido el bien y continuado de esa manera, por la misma ley de la herencia y la ley de la influencia del medio ambiente, el poder del bien sobre ellos pronto se habría fortalecido, y el poder del mal se habría debilitado tanto, que el

peligro de pecar habría pasado para siempre. Pero los hombres eligieron el mal y continuaron en él, volviendo así esas leyes benéficas contra ellos mismos. A través de la acción de esas mismas leyes, el poder del bien sobre nosotros se ha debilitado tanto, y el poder del pecado se ha fortalecido tanto, que los hombres nacen esclavos del pecado.

Dios nos da su espíritu para restaurar esta libertad que se ha perdido por el pecado. Es por el Espíritu del Señor que estaba sobre Jesús, que vino a proclamar la libertad a los cautivos. Jesús dijo: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae;" y de nuevo: "Nadie puede venir a mí si no le es dado por mi Padre." No es que Dios atraiga a algunos y no a otros, y así haga posible la salvación sólo a unos pocos favorecidos; pues el mismo Jesús dice: "Yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a todos a mí", no los obligaré a venir, sino que los atraeré para que puedan venir, a fin de restaurar la libertad que se ha perdido por el pecado.

El espíritu de Dios nunca habría luchado con los hombres si no fuera por el plan de redención, que se centra en Cristo; pero ahora, por medio de él, todos los hombres son libertados. Él es la Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Ese espíritu nos alcanza justo donde estamos, tomando todas las circunstancias de nacimiento, de la herencia y del entorno. Por medio de él se restablece el equilibrio de la mente para que "venga el que quiera." Esto le da al hombre una segunda oportunidad; pero si el hombre se resiste al Espíritu, y vuelve a elegir el mal, vuelve a hacerse esclavo. El pecado, si se persiste en él, endurece el corazón contra la influencia del Espíritu de Dios, y refuerza el poder del mal sobre nosotros, hasta que se llega a un punto en el que es absolutamente seguro que nunca nos convertiremos ni arrepentiremos. Siempre que un hombre se haya endurecido y cegado tanto por el pecado como para que sea incapaz de distinguir entre las obras del Espíritu de Dios y las de Satanás, ese punto ha sido alcanzado por él y la gracia de ese hombre

ha llegado a su fin. Por eso el pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable.

Dios no puede perdonar ningún pecado hasta que haya arrepentimiento por él. Es la bondad de Dios manifestada a través de su espíritu que nos lleva al arrepentimiento. Pero, ¿cómo puede ese Espíritu conducir a un hombre al arrepentimiento hacia Dios cuando atribuye la propia obra del espíritu en su propio corazón al diablo y no a Dios? Es evidente que no puede. El tiempo de gracia del hombre se ha cerrado. Dios es el mismo; su misericordia y amor y tierna piedad no han cambiado; pero el hombre, al persistir en el pecado, se ha aislado de Dios y se ha puesto fuera del plan de redención. El pecado es imperdonable porque no ha habido arrepentimiento.

Este es el terrible peligro del pecado. Cada rayo de luz resistido, cada pecado voluntario cometido, acerca al hombre a ese punto en el que la corriente es tan fuerte y la fuerza es tan leve que no hay retorno. Nosotros no podemos decir, pero Dios sabe cuándo un hombre llega a este punto; y cuando lo hace, su gracia llega a su fin.

Ahora bien, ¿cuál es el cierre de la gracia para el mundo? Esto es seguro, no es el límite del amor de Dios por el mundo. Dios tiene una gran verdad para los habitantes de la tierra. El evangelio eterno en su plenitud debe ser predicado a toda nación, tribu, lengua y pueblo. El mensaje es un mensaje que marca; marca a los que desobedecen, o los sella para la "bestia." (Lea los capítulos trece y catorce del Apocalipsis).

¿Qué significa esto? Simplemente esto: Algunos aceptan la luz rayo a rayo, como Dios la da. Paso a paso son conducidos hasta que son santificados a través de la verdad. Cada paso hace que sus corazones sean más tiernos y susceptibles, y los coloca más completamente bajo el control del poder de Dios, hasta que finalmente en su boca no se encuentre ningún engaño, y si-

guen al Cordero por dondequiera que va. La ley de Dios es impresa por su espíritu en sus corazones, y son marcados ante la tierra y el cielo como suyos. Otros rechazan la luz como viene hasta que la luz en su interior se convierte en oscuridad. Su corazón se vuelve cada vez más duro, y su vista espiritual se oscurece. Dios está obrando con poderoso poder; el mensaje va con un "fuerte clamor." Satanás también está trabajando con todo engaño de injusticia en los que se pierden.

En la vida de cada hombre llega un momento en que debe hacer su elección final entre el bien y el mal. Si elige el mal, acepta la obra de Satanás como el gran poder de Dios, y rechaza la obra del Espíritu de Dios como la obra de Satanás. Cuando hace esto finalmente, ha cometido el pecado impenitente y, por tanto, imperdonable. No lo hace de una vez, sino paso a paso. Al resistirse a la luz, su corazón se endurece, y cuando se llega a este lugar y se toma esta posición, la gracia del hombre llega a su fin. Está marcado, o sellado, para la "bestia", o Satanás.

El mensaje continúa con creciente poder. Los hombres continúan resistiendo. Otra toma su posición final, luego otro, otro y otro; el tiempo llega en que todo hombre que no ha aceptado la verdad y ha sido sellado para Dios la ha rechazado finalmente, y ha atribuido todo su poder a Satanás. Todos ellos han cometido el pecado imperdonable, porque pone al hombre fuera del alcance del espíritu que conduce al arrepentimiento. Cuando se llega a este punto, no hay razón para que la obra continúe por más tiempo. Se oye la terrible voz de Dios anunciando el hecho solemne de que todos los hombres han hecho su elección final, y que el que es sucio será sucio todavía.

Esto no es Dios diciendo, he cambiado, sino Dios diciendo al hombre pecador, has cambiado. No es Dios diciendo, no aceptaré el arrepentimiento ni perdonaré los pecados, sino que es Dios quien dice: El hombre no se arrepiente y por eso no me permite perdonar los pecados.

Si la ministración en el santuario celestial ha terminado y la puerta del templo se cierra, no es que Dios se haya cansado de dispensar el perdón y la misericordia sino que no hay más solicitantes de perdón y misericordia. Dios es el mismo; su misericordia es eterna; su amor es infinito y eterno. Cuando Jesús dijo al pueblo judío: "Oh Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis." "¡Si hubieras sabido, tú mismo, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! Pero ahora están ocultas a tus ojos." Ese fue el cierre de la gracia para el pueblo judío como nación. Las promesas nacionales que Dios había hecho y condicionado a su obediencia ahora se escapaban para siempre de su alcance. Como la destrucción de Jerusalén prefiguró la destrucción final, esto prefigura el cierre final de la gracia.

Pero estas palabras no provenían de un Dios airado y vengativo, sino del gran corazón de un Dios tierno y compasivo. Jesús estaba llorando. Este es Dios, porque Dios es amor. "Vivo yo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva; volved, volved de vuestros malos caminos; porque ¿por qué vais a morir?" Ningún hombre se arrepentirá genuinamente y Dios no lo aceptará. Si se negara a aceptar al pecador arrepentido, se negaría a sí mismo.

Algunos pueden pensar en el pasaje de Amós donde se habla de la hambruna por la palabra del Señor, y dice que vagarán de mar a mar buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán. Es cierto que esto se refiere a ese tiempo, pero ¿quién es que así busca la palabra del Señor y no la encuentra? El siguiente versículo dice: "Los que juran por el pecado de Samaria, y dicen: Vive tu Dios, oh Dan." El pecado de Samaria fue el pecado de mezclar la adoración de Dios con la adoración del sol. El dios de Dan era un dios solar egipcio. Esto se refiere al tiempo cuando su falsa teocracia no les satisface ni les da

la paz que buscaban. Como dice el profeta, en lugar de realizar sus ideales fanáticos, "pasan por ella, apenas vencidos y hambrientos", y maldicen a su rey y a su dios (Satanás, que los dirige) y miran hacia arriba. ¿Por qué no encuentran el perdón y ven la luz? - Porque todavía se aferran a su adoración al sol, y juran que es del Señor. Como dice Moore: --

*"La fe, la fe fanática, una vez que se ha casado firmemente
a alguna querida falsedad, la abraza hasta el final."*

Dios no puede aceptarlos, porque no lo aceptan a él ni a su verdad. Sienten su necesidad de algo, pero, cegados y endurecidos por el pecado, siguen atribuyendo la obra del Señor a Satanás, y buscan otra cosa, e intentan hacer que el Señor venga a sus términos.

Aunque estos pensamientos nos revelan a un Dios cuyo amor es infinito e inmutable a lo largo de la eternidad, también revelan la terrible naturaleza endurecedora y cegadora del pecado, que a cada paso nos acerca al punto de no retorno, donde el retorno es imposible. De hecho, al revelar la terrible naturaleza del pecado, revelan el amor del Padre que dijo del pecado: "No lo harás, hijo mío, no lo harás."

21. "SU OBRA EXTRAÑA"

"Porque Jehová se levantará como en el monte Perazim, como en el valle de Gabaón se enojará; para hacer su obra, su extraña obra, y para hacer su operación, su extraña operación." - Isa. 28:21

Ha sido el objetivo de este pequeño libro mostrar que todos los actos de Dios en su trato con la humanidad proceden del amor. Contra esta proposición se ha argüido que su ira vengativa destruyó el mundo antiguo mediante un diluvio, y que un poco más tarde esa misma ira borró por completo las hermosas ciudades de la llanura, dejando sólo las mareas apagadas del Mar Muerto para cantar su réquiem. También exterminó a las tribus cananeas, hombres, mujeres y niños, y dio sus tierras y sus hogares a otros.

Se cree que estas cosas, tal como están registradas en la Biblia, revelan el carácter del Jehová judío y del Dios cristiano como cualquier cosa menos amor. Podemos estar de acuerdo que hay algunas cosas aquí que no podemos entender, porque no conocemos todas las circunstancias relacionadas con ellas. Creo firmemente, sin embargo, que la aplicación a estos casos especiales

del principio ya explicado en estos capítulos los aliviará en gran parte de su dificultad.

Hemos visto lo que es el cierre del período de gracia, -- ese endurecimiento del corazón contra el poder de la verdad y la justicia, que es el resultado natural del pecado persistente. No hay límite para la misericordia y el amor de Dios; pero como la justicia en el alma individual es el resultado de la obra de Dios en y por medio de ella, cuando se somete a Él por su propia voluntad, el poder de Dios para salvar a los hombres del pecado a la justicia está limitado por su voluntad de someterse a él. Cuando esa voluntad o poder se pierde por rebelión continúa hasta que los hábitos de la mente se han fijado, entonces el caso es desesperado.

No ciertos individuos simplemente, sino el mundo entero, ha de llegar a este punto finalmente, y entonces la gracia del mundo habrá llegado a su fin. El mundo llegó a ese punto anteriormente. Toda imaginación del corazón era sólo maldad, e iniquidad continuamente. A través de sólo el mal, y el mal continuamente. A través del pecar continuo de generación en generación, el mundo se volvió tan perverso que los deseos más nobles fueron totalmente borrados o irremediablemente bajo el control de las bajas pasiones. A través de las leyes de la herencia y el medio ambiente esta tendencia al pecado se transmitía al niño incluso antes de nacer, y era forzado por su entorno desde su primer momento de conciencia. Este había llegado tan lejos que incluso los niños estaban irremediablemente esclavizados. Esta era también la condición de las ciudades de Sodoma y Gomorra, y de las tribus cananeas después de haber colmado la copa de su iniquidad. Hemos visto que el pecado es miseria. Miseria continua, sin esperanza. Esto es la única cosa que el Amor no puede permitir, pero la única alternativa en tales momentos es la destrucción. *Hemos visto que era el amor el que guardaba el camino del árbol de la vida, para que*

*los hombres no comieran y vivieran para siempre, pecadores inmortales; y hemos visto que será el Amor el que destruya al fin a los malvados.*³

Pero todas las razones que tiene el amor para la destrucción final de los malvados, también la tuvo para la destrucción del mundo antiguo y de las ciudades de la llanura, y para el exterminio de las tribus cananeas.

En efecto, todos ellos son tomados por la inspiración como imágenes de la futura destrucción, y se presentan como ejemplos para los que después vivan impíamente. De haber continuado su existencia no sólo habría sido continuar su propia miseria, sino continuar trayendo a la existencia a millones de niños con una herencia y un ambiente que harían de su pecado y su sufrimiento continuo una certeza desde el mismo principio.

La existencia de tales naciones o ciudades en el mundo es también una amenaza constante para la felicidad y la virtud de todos los demás. *Cuando un tumor canceroso en la mano, o la gangrena actúa persistentemente en el pie, puede parecer cruel amputar el miembro, pero en esos momentos el Amor tiene el cuchillo.* La diferencia entre el salvajismo asesino y el amor más heroico puede no ser una diferencia en el acto en sí, sino sólo una diferencia en la motivación en la que subyace al acto.

Siendo esto cierto, no es extraño que aquellos que persistentemente han malinterpretado el carácter de Dios en casi todo, le hayan atribuido motivos equivocados. Quien sabe, tanto por experiencia como por revelación, que Dios es amor, y que mantiene siempre ante sí el hecho de que el amor no se complace en la muerte y la destrucción, verá, incluso en estas la revelación del mismo Amor vigilante, omnímodo y heroicamente desinteresado que no retuvo a su propio y único Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

³ [Nota del editor: El anciano Fifield ha adelantado varios pensamientos hermosos con respecto al amor, misericordia y gracia de Dios en la Expiación y el fin del tiempo de gracia. Sus pensamientos en este libro todavía no se habían extendido a la muerte de los impíos y cómo ocurre esto.]

Dios no se complace en la muerte de los malvados; pero el que considera su propio placer como de primera importancia, no es amor, sino egoísmo. *El verdadero amor siempre considera el bienestar del objeto amado como de primera importancia, y tal amor obliga a menudo a su poseedor a hacer lo que le aflige hasta el corazón.* Así es como el verdadero padre se ve obligado a veces a castigar a su hijo. Así ha tratado nuestro Padre al mundo, y así nos trata a nosotros como individuos. Si no nos castiga, somos bastardos y no hijos.

Hay una historia de cuatro hombres ciegos que visitaron una casa de fieras, y como no podían ver, se les permitió tocar al elefante. Uno palpó su cola, otro su costado, el tercero su pata, y el cuarto su oreja. Después, discutieron entre ellos para ponerse de acuerdo sobre cómo era el elefante. El que palpó su costado dijo que era como un gran muro, mientras que el que le palpó la cola dijo: "¡Oh, no! una gran cuerda". Los otros no estaban de acuerdo con ambos, y tampoco entre sí, pues uno que palpó su pierna dijo que el elefante era como el tronco de un árbol, y aquel cuya mano había tocado la oreja del elefante, dijo que el animal era muy particular, más parecido a un gran abanico de cuero que a cualquier otra cosa que se le ocurriera.

Cegados por el pecado y limitados por nuestras pequeñas vidas al estrecho lapso de estos pocos años, y por nuestras débiles inteligencias a unos pocos de los muchos hechos que subyacen a sus designios, nos vemos obligados a tocar las poderosas providencias de Dios en ciertos puntos, y nuestras impresiones pueden ser variadas, y todas ellas equivocadas.

Podemos criticar y condenar como injustas sus obras, hasta que nuestros propios corazones se moldeen y endurezcan a imagen de todo el mal que le atribuimos. Mucho mejor es que la fe capte y sostenga la gran verdad de que Dios es amor, y entonces, en lugar de juzgar y condenar a Dios porque ahora no podemos ver la perfecta simetría de la idea del Amor, esperaremos al futuro, cuando conoceremos como somos conocidos. Sí, esperar en la fe

perfecta, que cuando el conjunto del gran plan de Dios sea visto, se manifestará el amor que impregnó cada parte.

Y, esperando así, la fe barre el horizonte de nuestras vidas, hasta que nosotros también habitemos la eternidad con Él, nuestra ciudadanía más allá, nuestra vida, la vida eterna que él ha dado; y entonces, razonando sobre la más oscura de sus providencias, ya sea en la historia del mundo o en nuestras propias vidas, y razonando desde la confianza en su amor seremos sorprendidos por la luz del sol de su presencia viva que iluminará nuestra vida y glorificará muchos rincones oscuros de nuestro corazón, de los que, hasta ahora, nuestra incredulidad lo ha excluido.

22. LAS PLAGAS DE EGIPTO

"Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido." - Ex 15:21

En la mente de muchos, otra objeción a la idea de que Dios trata con sus criaturas solamente en amor se encuentra en los terribles juicios que cayeron sobre Egipto, por los que sus hijos fueron liberados de la esclavitud.

Se admite aquí que Dios amó a su propio pueblo, los israelitas, y obró poderosamente por su liberación; pero se piensa que sus tratos con los egipcios se caracterizaron únicamente por una ira y un furor desenfrenados. Los tales fallan en entender el significado de esas plagas, y también de las escrituras que dicen:

"Dad gracias al Dios de los dioses, porque es eterna su misericordia... A Aquel que hirió a Egipto en sus primogénitos; porque para siempre es su misericordia...y derribó al Faraón y a sus ejércitos en el Mar Rojo, porque es eterna su misericordia...Al que hirió a grandes reyes; porque es eterna su misericordia; y mató a reyes famosos, porque para siempre es su misericordia".

Es evidente que el salmista en la contemplación de estos mismos juicios de Dios quedó impresionado, no con su odio y su ira desenfrenada, sino más bien con la maravillosa resistencia de su amorosa misericordia. Tal será la actitud de nuestras mentes cuando también nosotros seamos guiados por el Espíritu divino hacia esa comunión con la Verdad, que nos hará también hombres según el corazón de Dios.

¿Cuál era el propósito de Dios en la liberación de Israel? - No sólo que fuesen salvos sino que, a través de ellos, Él pudiera ser revelado al mundo para alcanzar y salvar a todos los que podían ser salvados. El corazón del Padre anhelaba, como siempre, a todos sus hijos. Todo lo que dio a Israel fue "para nosotros" y para todo el mundo gentil. El más alto privilegio del pueblo judío, de haberlo alcanzado por una obediencia fiel, era simplemente ser el medio a través del cual todas las naciones serían bendecidas; y, de hecho, en cierto sentido, aunque no como hubiera podido ser, esto se realizará a pesar de su incredulidad, pues el plan de Dios nunca fracasa por nuestra falta de fe.

Los egipcios conocieron una vez al verdadero Dios, el Creador, y lo consideraban tan sagrado que no solo se negaban a pronunciar su nombre, sino que lo llamaban el Sagrado, el Auto existente, el Innombrable.

Aunque los egipcios habían recorrido el camino descendente desde la adoración de Dios al culto del sol, y del culto del sol al culto de las estrellas, y a las formas más bajas de adoración de la naturaleza, multiplicando sus dioses hasta que se convirtió en un proverbio que había más dioses en Egipto que hombres, pero el conocimiento de este Dios verdadero seguía existiendo como una creencia sombría, sostenida por la élite, los pocos educados. Estos consideraban a la multitud de dioses sólo como semidioses, o dioses menores, sin embargo los adoraban en lugar del supremo, porque creían la mentira del diablo, que el Creador estaba demasiado por encima de ellos y tenía de-

masiado que atender como para prestar atención a sus oraciones o a su adoración.

Cuando Dios envió a Moisés y Aarón al Faraón, dijo desde la zarza ardiente, "Así le dirás: YO SOY EL QUE SOY me ha enviado a ti;" Es decir, el Sagrado, Auto-existente, Innombrable en el que profesas creer, me ha enviado aquí para exigir que su pueblo, los israelitas sean liberados para que puedan ir a adorarlo. Faraón dijo: "¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz para dejar ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel."

En esto Faraón fue parcialmente honesto. No creía que este Dios supremo se preocupara por la adoración de los hombres, mucho menos que se preocupara por la adoración de aquellos esclavos hebreos.

El paganismo siempre atribuyó su éxito nacional a la grandeza de sus dioses guardianes. Así que al Faraón le parecía que si los israelitas tenían un Dios, era sólo el dios de los esclavos, y bajo el control de sus dioses, manteniendo con ellos la misma relación que el pueblo hebreo tenía con los egipcios. Para ellos, mientras estaban en esclavitud a los egipcios, el reclamar que su Dios era el Dios que incluso él admitía estar por encima de todo, era absurdo; es más, era una blasfemia contra los dioses de Egipto y, peor que eso, era una afirmación de su poder, y una demanda de su derecho de independencia del yugo egipcio. No es de extrañar que el Faraón aumentara sus cargas y aplicara el látigo, pensando en sacarles a latigazos semejante insensatez. Para él, el rey de Egipto, admitir la pretensión de estos esclavos de que su Dios, el dios que exigía su libertad era idéntico al Dios supremo de los dioses, al que consideraba por encima incluso de él, era admitir su derecho y poder de independencia, y su superioridad como raza en la estimación de Dios, hasta en lo que él reclamaba para los egipcios. ¡Con razón el altivo monarca se negó a admitir todo esto!

Pero cada acto de Dios en su trato con él desde este punto en adelante fue con el propósito de hacerle ver y admitir esta verdad; y no sólo a él, sino al mundo a través de él. Si el Faraón hubiera permanecido fiel a sí mismo y a la luz que Dios le reveló, podría haber perdido algunos esclavos, pero habría encontrado un Padre amoroso, donde antes sólo había creído de manera teórica en un dios severo, inamovible, indiferente e imperceptible. No es el único, que, al tener que decidir entre lo que se ve y lo que no se ve, lo temporal y lo eterno, se ha equivocado.

La primera señal que Moisés debía dar al Faraón tenía un significado maravilloso. Moisés bajó su vara y ésta se convirtió en una serpiente. Los magos hicieron lo mismo, o más bien por arte de magia hicieron parecer a la gente que hicieron lo mismo. Pero la serpiente que salió de la vara de Moisés devoró a las otras serpientes, y luego se convirtió de nuevo en una vara en su mano.

La serpiente en Egipto era considerada sagrada y adorada como un dios. Deificar reptiles y adorarlos es una de las formas más bajas de idolatría, el último paso en el camino descendente. Estos reptiles, desde que la serpiente tentó a Eva simbolizaban a Satanás, y su adoración era una adoración al diablo inspirada por el miedo. **En este acto, realizado con el poder de Dios y de acuerdo con su especial dirección Moisés demostró al Faraón que el Dios de los esclavos hebreos podía hacer y deshacer los dioses egipcios a su antojo.** Él podía crearlos y podía destruirlos, y por lo tanto él debía ser el Dios que incluso él admitía estar por encima de todo, el único que tenía el poder de triunfar sobre el mismo mal que ellos personificaban y adoraban por temor. En esto no sólo había una revelación del Dios verdadero, sino también una revelación del poder para triunfar sobre el pecado. Faraón vio la verdad, pero por orgullo y mundanalidad se negó a escucharla, y así su corazón se endureció.

Hay un proverbio antiguo y verdadero que dice: "Egipto es el regalo del Nilo". Del desbordamiento anual de este río dependía la maravillosa fertilidad del suelo, que de otro modo habría sido como el gran Sahara, completamente incapaz de sustentar la vida. Los egipcios, reconociendo este hecho, en lugar de dar gloria a Dios, personificaron y adoraron al río. Bebían de sus aguas con reverencia, creyendo que tenían el poder de curar enfermedades e impartir nueva vida. En sus orillas había un magnífico templo, donde estaba consagrada una colosal estatua del dios Nilo, a la que el rey y todos los nobles acudían a horas fijas para rendirle culto.

El Dios de los esclavos hebreos convirtió este río en sangre, haciéndolo mortal en lugar de dar vida. Los egipcios no podían beber de sus aguas, pues apestaban; y ni todos los poderes combinados de los dioses de Egipto podían restaurar el río a su estado anterior. Sólo el Dios de los hebreos podía restaurar el río, demostrando así que sólo a él se debía toda la reverencia y adoración que tontamente habían dado a su obra.

La rana también era un animal sagrado y los egipcios la veneraban con gran pompa. El Dios de los esclavos hebreos multiplicó las ranas hasta que se convirtieron en una plaga terrible y la tierra apestaba. El orgulloso Faraón tuvo que apelar al Dios de sus esclavos, para que los dioses de Egipto, que habían sido creados por él, fueran también destruidos por él, ya que no había poder en todas las deidades de Egipto para llevar a cabo este resultado tan deseado. Sin embargo, el Faraón se resistió a la verdad y endureció su corazón.

Por decreto de este mismo Dios omnipotente de los esclavos hebreos, el mismo polvo de Egipto se convirtió en piojos sobre todos los hombres en toda la tierra. Ahora el piojo era considerado impuro. Si tocaba a la persona, era necesario, entre los egipcios, como más tarde entre los judíos, un largo proceso de purificación antes de que el sacerdote pudiera officiar en el altar, o

que el ciudadano devoto se presentara allí aceptablemente para ofrecer sacrificios. Así, por decreto de Jehová, todos los templos de Egipto fueron cerrados y todos los santuarios quedaron desiertos por un tiempo. No había sacerdote que oficiara ni adorador que ofreciera sacrificios; todo aquel falso sistema de culto, con sus numerosos templos y sus multitudes de sacerdotes y sacerdotisas, y sus magníficos ceremoniales, existía solo por el permiso del supremo, que en su tierna misericordia buscaba conducir a todos hacia él.

En Egipto había una deidad cuyo deber especial era proteger la tierra del enjambre de moscas e insectos destructores que a veces la infestaban; y otra, a cuyo culto se atribuía el clima salubre y la ausencia de tormentas destructivas. A pesar de estas divinidades, y no obstante y a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para propiciarlos, al mandato del Dios de los hebreos, las moscas venían en enjambres con su venenoso aguijón, haciendo de la vida misma una carga; y a la misma orden los relámpagos destellaron, y los truenos rodaban por el suelo, mientras el terrible granizo destruía las cosechas y mataba a hombres y bestias que se encontraban desprotegidos en los campos. La plaga cayó sobre el ganado matando incluso al buey sagrado, centro del abominable y lascivo culto a Apis. El magnífico templo, el alarde de la arquitectura egipcia, fue dejado desierto, o lleno sólo con las silenciosas plañideras del dios muerto. Las trompetas de plata de los sacerdotes y los cantos de las doncellas que bailaban desnudas fueron silenciadas.

¡Qué revelación del hecho de que hay un Dios, y sólo uno! Ni en todo Egipto podía quedar un alma honesta y sincera engañada por la burla hueca de un politeísmo tan vil.

La adoración del sol era el centro mismo y el núcleo de la religión del estado. En diversas formas, concebido como poseedor de variados poderes, estaba a la cabeza de cada orden de dioses, y era personificado como el dios de dioses. Sin embargo, en orden del Dios que ahora exigía la libertad de los

pobres esclavos hebreos, la gloria de su supuesto supremo se desvaneció. Retiró su resplandor, y en Egipto había tinieblas que se podían sentir; pero en la tierra de Gosén, donde el Creador del sol era reconocido supremo, había luz.

Incluso en la muerte de los primogénitos, para que su pueblo pudiera ser liberado, si ellos no se hubiesen resistido a la luz hasta la perfecta ceguera, los egipcios podrían haber contemplado la revelación del Amor divino que no había retenido a su Primogénito, sí, a su Unigénito, sino que había permitido su muerte para que pudieran tener la liberación del poder de la muerte, a la vida eterna. Incluso esto no era tan difícil para ellos, pues el poder de la promesa original del Hijo divino sobre los corazones de la humanidad era atestiguado todavía, incluso en su religión, por muchas leyendas en las que se fabulaba que el sol literal desempeñaba el papel del Sol de justicia.

Una mayor condena de la idolatría y una revelación más grandiosa del verdadero Dios como el único omnipotente digno de adoración, no podía ser concebida por la mente humana. Sin embargo, Dios, en su misericordia, condescendió a decir así la verdad a las naciones antiguas, no a los egipcios solamente, para que conocieran a Israel, y la maravillosa liberación por el poder de su Dios se extendiera por toda la tierra hasta que el temor y el miedo a ellos se apoderara de todos los pueblos. A pesar de esta maravillosa revelación del poder de Dios, y del hecho de que el Dios supremo cuida de sus hijos, por lo que no hay excusa para la adoración de semidioses, podría decirse de los egipcios que "no se arrepintieron para darle gloria."

Sin embargo, hubo algunos que se arrepintieron, porque una multitud mixta de los egipcios eligió el lado de los israelitas y salieron con ellos. Qué maravilla que cuando fueron liberados con tan poderoso poder, y traídos a través del Mar Rojo en tierra seca, -- qué maravilla que cantaron una nueva canción, y canción de triunfo, diciendo: "Cantaré al Señor, porque ha triunfa-

do gloriosamente. . . El Señor es mi fuerza y mi cántico, y se ha convertido en mi salvación."

Quien contemple estas plagas a la luz verdadera, no verá en ellas ningún conflicto con la gran verdad de que Dios es amor; por el contrario, verá revelado en ellas un amor que siempre se cierne sobre nosotros, aunque sea en la prueba y en las tinieblas, aunque sea en la esclavitud y en la opresión; un amor que, al mismo tiempo que trata de llevarnos a la libertad y la alegría en la tierra del reposo que mana leche y miel, procura también revelarse a todos los demás de tal manera que también ellos, por medio de nuestra liberación encuentren a su libertador y su alegría suprema.



George Fifiel

Dios es Amor

El anciano Fifiel revela el tierno amor de un Padre y la naturaleza espiritual de la ley, la expiación y el plan de salvación.

Las ideas expresadas en este libro proporcionan un semillero de pensamiento para una verdadera comprensión del carácter de Dios

“Dios ama al dador alegre”
Si quiere colaborar con **NARDO PURO**,
Contáctenos al +54 9 3731 54-80

